

Nawal El Saadawi

La caída del Imán



Lectulandia

La caída del Imán, obra maestra de la narrativa árabe actual, no sólo constituye un testimonio humano excepcional, sino una insólita y bellísima pieza literaria de gran envergadura. En palabras de Doris Lessing, «el relato trata de las mujeres que sufren la áspera dominación islámica, pero podrían ser mujeres de cualquier lugar en el que haya crueldad y malos tratos. Es una novela diferente de todas las que he leído, es más un poema o una balada doliente, con una cualidad hipnótica que le imprime su lenguaje rítmico y acerbo, en el que describe el mismo hecho una y otra vez: una mujer a la que dan muerte, en nombre de la religión, los hombres que han abusado de ella».

Lectulandia

Nawal El Saadawi

La caída del Imán

ePub r1.0

Titivillus 29.09.16

Título original: *The Fall of the Imam*
Nawal El Saadawi, 1988
Traducción: Adelaida R. Gómez
Diseño de cubierta: Ripoll Arias

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A las cuatro mujeres a las que no puedo olvidar:
Shahbani Shiraz, de Irán,
Fatima Tag El Sirr, de Sudán,
Collette Itani, del Líbano
e Iitidal Mahmoud, de Egipto.
Por todo lo que sufrieron y por todo lo que tuvieron que
soportar.
A todas las chicas y chicos que aún están en la
niñez o en la juventud.
A todos ellos dedico esta novela.*

NAWAL EL SAADAWI

PRÓLOGO DE LA AUTORA

Cuando niña, solía ver a Dios en sueños. Tenía la cara de mi madre, la cara de un ser muy justo. O se parecía a mi padre, y sus facciones eran afables. Fatima Ahmed, mi compañera del colegio, también veía a Dios en sueños. Tenía la cara de su padre o, a veces, la de su tío. Era una cara cruel, la cara de una persona muy injusta.

Descubrí que la cara de Dios se aparece a todos los niños. Generalmente, tiene los rasgos de la madre, o del padre. Lo malo de la cara de Dios es que no pueden verla ni los ojos de los niños ni los de los mayores. A Dios sólo podemos verlo cuando dormimos, y su cara se parece a aquellos más cercanos a nosotros.

Traté de escribir este relato cuando era niña y todavía iba a la escuela, pero todos mis intentos fueron inútiles. Tenía en la cabeza la idea, los personajes y las impresiones. ¡Estaba todo tan vívido! Pero no encontraba las palabras para contarlo. Desde entonces me acompaña, sigue mis pasos. Durante los últimos diez años no me ha dado respiro. Los personajes me miraban de hito en hito cuando estaba despierta y hasta mientras dormía. Cuando viajaba por mi país o por el extranjero, adondequiera que fuera, allí estaban, observándome. Allí estaban cuando conocí a Shahbani Shiraz, la iraní que me contó la historia de su «niña», violada por sus carceleros. Allí estaban cuando la sudanesa Fatima Tag El Sirr me llevó a visitar la «Asociación de amputados», donde vi a su muchacho y a sus compañeros, a quienes habían cortado la mano a la altura de la muñeca, de acuerdo con la Shariah.^[1] Allí estaban durante los tres meses que pasé en la celda de la cárcel con Iitidal Mahmoud y otras jóvenes egipcias.

La historia vibraba dentro de mí cada vez que la cara familiar de una de esas autoridades me miraba desde una foto, con la cabeza cubierta bien por un turbante religioso o bien por una gorra militar, o sus ojos me observaban mientras dormía. Alentaba en mí cada vez que iba al Líbano y oía las bombas del Hizb Allah (partido de Dios) a las que respondía el eco de las bombas del Hizb El Shaitan (partido de Satán) en el otro campo. Fue conmigo a La Meca y estaba a mi lado mientras yo leía: «Bienvenidos los invitados del Sumo Misericordioso», escrito en el muro y, detrás del muro, veía al hombre inclinarse sobre la muchacha, rodeándola con el brazo (era delgada como un adolescente), y llamar a Satán con una seña. Me acompañaba siempre que visitaba mi pueblo natal de Kafr Tahla y veía los rostros tristes y demacrados de mis parientes campesinas. Miraba entre los barrotes desde las caras de las mujeres que cumplen condena a cadena perpetua en la prisión de Kanatir por haber matado a un hombre, o las caras de las mujeres que yacían en el depósito de la Facultad de Medicina, o en una cama de hospital, o se agolpaban alrededor de mí en los campamentos palestinos de Al Salt en Jordania y Borj El Barajna, o en la zona del Canal, en el frente. Estaba en las afiladas facciones de los niños alimentados con leche radiactiva, que se morían lentamente de miedo a la misma radiactividad o de un miedo aún mayor a la luz; en el miedo que había en los ojos de las muchachas cubiertas por el velo negro, o en las caras de los que celebraban la Gran Fiesta, o hacían cola en las elecciones y plebiscitos, o asistían a sesiones espiritistas o ritos de exorcismo, o veían a la Virgen María bajar del cielo, u oían hablar de las cruces que aparecen en el vestido de las jóvenes musulmanas cuando los coptos las rocían con ciertos polvos, o contemplaban cómo las voraces llamas lamían la cúpula de una iglesia o trepaban al minarete de una mezquita por la noche.

Este relato me acompañaba siempre. Sus personajes me obsesionaban. No obstante, cada vez que me sentaba a escribir, se me escurría entre los dedos, como mercurio. De todos los personajes, el más desdibujado y esquivo era el del Imán.^[2] Utilizaba la táctica de atacar y huir, avanzando hacia mí para darse a la fuga de inmediato. Si trataba de aproximarme a él, de fijar su personalidad y sus rasgos, al momento se escabullía. Si me

mantenía distante, poco a poco, se acercaba. También era difícil el personaje del representante de la oposición oficial. Hubo un momento en que decidí eliminarlo; pero el Imán se aferraba a él y lo introducía de nuevo en escena, temeroso de que, sin él, se perdiera el barniz democrático.

Los personajes femeninos eran mucho más estables. Pero el nombre de Bint Allah^[3] fue para mí causa de gran ansiedad y largas noches en vela. Traté de encontrar para ella otro nombre. Éste parecía profanar lo más sagrado, violar lo más santo entre lo santo. ¿Cómo podía una muchacha atreverse a llevar el sacrílego nombre de Bint Allah (y a traer al mundo a una criatura sin padre)? El cristianismo permite que a un hombre, Cristo, el Mesías, se le llame Hijo de Dios. Pero Bint Allah, Hija de Dios, es algo inaudito. Hasta que un día, en mitad de la novela, ella me hizo una pregunta. ¿Y si yo fuera la Virgen María y hubiera tenido una hija en lugar de un hijo? ¿También hubiera sido Cristo, el Mesías?

Esto me impidió cambiar el nombre a Bint Allah. Además, desde el momento en que nació hasta que murió lapidada, todos la habían llamado Bint Allah. Y llegó el día en que la encontré sin vida, de bruces en la arena, entre las piedras. Y decidí expulsarla de mi vida, olvidarla. Aquello era intolerable. ¿Cómo podía escribir un relato en el que los nombres, los hechos y los personajes se me imponían de continuo? Más valdría abandonar. Pero, tan pronto hube tomado esta decisión, ocurrió algo extraño. En lugar de seguir su camino, todos los personajes de la novela regresaron, abandonándose a mí de buen grado. Y, cuando volví a sentarme ante el papel, empezaron a moverse solos por las líneas, escribiendo su propia historia. Yo no tenía que intervenir en su vida, personal o pública, más que de tarde en tarde, para impedir que alguno utilizara palabras que pudieran considerarse sacrílegas o cometiera una violación de aquellos valores humanos que respetamos. Ello fue necesario sobre todo con el propio Imán. No podía permitir que ejerciera el poder absoluto en mi historia, como lo había ejercido en todo lo demás. Me dije que, por lo menos en mi novela, yo debía gozar de cierta libertad, imponer al Imán una cierta disciplina y no dejarle obrar a su antojo.

NAWAL AL-S' AADAWI
El Cairo, febrero 1987

EMPIEZA LA BÚSQUEDA

Era la noche de la Gran Fiesta. Me alcanzaron después de perseguirme toda la noche. Algo me dio en la espalda. Yo buscaba a mi madre en la oscuridad, corría sola, seguida por mi perro, y algo me golpeó por detrás. Me volví para hacerles frente, pero desaparecieron como peces asustados. No pueden mirar al sol, no resisten su luz. Duermen durante todo el día y se levantan por la noche. No saben luchar, no tienen honor, ni orgullo, siempre atacan por la espalda.

Antes de caer, antes de que las letras y las palabras tuvieran tiempo de borrarse, les pregunté: ¿Por qué siempre dejáis libre al criminal y castigáis a la víctima? Soy joven. Mi madre murió virgen y así moriré yo también. Y ellos replicaron: Eres hija del pecado, y tu madre fue lapidada. Pero, antes de que las letras pudieran borrarse de mi memoria, antes de que mi mente quedara en blanco, dije: No soy hija del pecado, soy Bint Allah. Así me llamaban en el hospicio. Aunque pierda la memoria, no puedo olvidar. No puedo olvidar la cara de mi madre. Después de nacer yo, ella se fue a combatir al enemigo. Es una mártir. Y ellos replicaron: Tu madre nunca supo lo que es la lealtad, ni a nuestra tierra ni al Imán de Alá.^[4] Murió infiel y arde en el infierno. Y yo dije: Antes de que huya de mi cerebro la sangre de la vida y expire la memoria, yo os digo que mi madre nunca fue traidora. Antes de nacer yo, mi padre la abandonó y huyó. Y ellos preguntaron: ¿Y tendrías la bondad de decirnos quién fue tu padre? Y yo contesté: Mi padre es el Imán. Y ellos gritaron: Ni una palabra más. Que te corten la lengua.

Primero, le cortaron la lengua. Después, el resto. Porque el Imán gobernaba según los divinos preceptos de la Shariah.^[5] Lapidar a las

adúlteras. Cortar las manos a los que cometen robo. Cortar la lengua a los que propalan rumores sobre la leche radiactiva. Arrojar al río todas las botellas y barriles de bebidas alcohólicas.

La víspera de la Gran Fiesta, a hurtadillas de los espías del Imán, ellos bajan al río y beben de sus aguas hasta perder el conocimiento. Por la mañana, despiertan llenos de contrición y suplican clemencia, ya que la noche de la Gran Fiesta el Imán, graciosamente, a todos concede el perdón. Las puertas de las cárceles y de los campos de concentración se abren de par en par y por ellas salen los muertos, los mártires, las víctimas de la radiactividad, las mujeres lapidadas y los ladrones a los que les falta el pie derecho y la mano izquierda.

Y entonces también ella fue libre, pero los espías del Imán la vieron cuando salía, tratando de escapar. La vieron correr en la oscuridad, con el perro detrás. Faltaba poco para el amanecer. Casi había logrado burlarlos, cuando algo la golpeó en la espalda. Mientras caía, resonó en su cabeza la pregunta: ¿Por qué dejáis libre al criminal y matáis a la víctima?

Sus voces se apagaron en el silencio. La mente de la muchacha estaba oscura como la noche; su memoria, del todo negra o del todo en blanco, no retenía ni una palabra, ni una letra del alfabeto. En ella sólo quedaba el nombre de su madre.

NO SABEN LEER

La oscuridad era impenetrable, una negrura opaca, sin luna ni sol. En aquel bosque espeso de árboles frondosos que los rodeaban, no sabían si era noche o día sin luz. De pronto, llegó una luz tenue, como el parpadeo de una linterna que sostuviera en la mano algún guardia o el Jefe de Seguridad. Bastó para captar la sombra de un cuerpo que huía. Por el movimiento de las dos piernas, se veía que era un cuerpo humano, no el de un animal de cuatro patas. También distinguieron que era una mujer, no un hombre, quizá por los pechos, redondos y firmes, o por alguna otra cosa indefinible. Era joven, muy joven, de huesos pequeños, piel fina como la de una niña, morena como el barro del río, cara afilada, y ojos grandes y almendrados, con unas pupilas más negras que la noche. Una diosa de tiempos antiguos. Corría descalza. Sin detenerse. Llevaba en la mano derecha algo que parecía la rama de un árbol. Su cuerpo estaba desnudo, reluciente, un pez plateado que escindía el universo, con la «vergüenza púbrica» cubierta por el manto de la noche o una hoja verdinegra.

A la luz de un relámpago, la vieron desaparecer en la noche con el perro en los talones. Después, todo volvió a quedar negro y en silencio.

Tras un momento, algo empezó a moverse en la oscuridad; eran ojos, muchos ojos, los ojos del Imán que avanzaban, conducidos por el Jefe de Seguridad, una fila de hombres de cuerpo enorme y velludo. Cada uno llevaba en la mano una piedra o un arma afilada. Corrían tan de prisa como podían, tratando de alcanzarla, pero ella era ligera como el viento, más rápida que cualquier hombre. Además, conocía los secretos de la tierra por la que corría. Allí había nacido, y allí murió. Hubiera podido escapar, de no haberse parado a llenarse el pecho del olor de su tierra.

Me paré al pie de la montaña que se levanta entre el río y el mar, en el camino que va de mi casa al frente, que volvía a ver por primera vez desde que fuimos derrotados en la última guerra y mataron a mi madre. Mi sensación de sorpresa no duró mucho, pero, cuando subía la montaña, contuve el aliento, con admiración. La rama que llevaba en la mano se me deslizó entre los dedos y sentí palpitar mi corazón. Pronuncié el nombre de mi hermana, porque su turno llegaría después. Durante veinte largos años, desde que nací, había soñado con esta montaña. Recordaba cada hondonada, cada repliegue, cada piedra y cada peñasco, la caricia de la brisa marina en mi piel y su olor en mi nariz, la ladera que dominaba el valle, las tres palmeras y la morera. Percibía el olor del cuerpo de mi madre, a tierra fértil. Ésta era mi tierra, mi tierra.

Hubiera escapado, de no haberla detenido el olor de la tierra y el mar, que le hizo recordar en un momento toda su vida. Se paró, aspiró profundamente y, en aquel instante, la bala le entró por la espalda y, en línea recta, como una flecha, le llegó al corazón. Cayó al suelo, sangrando lentamente. El perro aulló una vez y quedó en silencio, y las aves alzaron el vuelo, asustadas, poblando el universo con sus voces. En los cielos resonaron cantos de gallos, graznidos de cuervos, chillidos de monos y, al cabo de unos momentos, los perros se sumaron al coro, ladrando con estrépito. Era el final de la noche, y aún no amanecía. Hombres vestidos con blancas túnicas, la cara cubierta por espesas barbas negras, se levantaron con premura, subieron a minaretes y cúpulas, para instalar micrófonos y al poco descendieron, dejando los cables tendidos en el vacío. Mil voces, unidas en una sola en la llamada a la oración, resonaron en el aire como un trueno saludando al Imán, «solo y único jefe». Pero el vocerío cesó bruscamente. Un corte de fluido eléctrico interrumpió el coro de aleluyas. En el silencio mortal de aquellos momentos la mataron. Nadie presenció el crimen, nadie la vio caer. Sólo las estrellas del espacio, los árboles, y la montaña que se levanta entre el río y el mar. Su cuerpo

exangüe se convirtió en piedra, una estatua de roca que vivió años y años con el perro al lado (según la historia antigua, los hombres de las cavernas sobrevivían con sus perros en las profundidades de la tierra durante más de trescientos años).

La muchacha iba sola, sola con su perro (sus hermanas la seguirían después). El mundo estaba tal como está hoy. Todo estaba como ahora. Lo mismo. El cielo, la tierra, los árboles, las casas, el río y el mar. Yo pregunté: ¿Éste es el mar Mediterráneo? ¿Éste es el río Nilo? Y me respondieron: Aquí los nombres pueden variar con el paso del tiempo. Pero el sitio es el mismo, y el sol es el mismo, las mazorcas de maíz son las mismas, y el búfalo hembra tiene la piel negra y cuatro patas, y yo lo vi a lo lejos bajar al agua, nadar con el lomo reluciendo al sol, entrecerrando los ojos de gusto mientras flotaba perezosamente. Al rato, sale del agua y, con paso relajado, va hacia un campo y se pone a pacer lentamente, moviendo la cola, con el oído atento al chirrido de la noria, siguiendo con la mirada a la mujer, atada a ella con una cuerda de cáñamo, que da vueltas y vueltas, con los ojos vendados. Detrás de ella va un hombre que le golpea las nalgas con un bastón cada vez que se para a respirar. Ahogo una exclamación de sorpresa. ¿Una mujer, empujando la noria, mientras el búfalo descansa? Y me respondieron: Aquí impera la ley de la oferta y la demanda. Cuesta más un búfalo que una mujer; un hombre puede tener cuatro esposas, pero sólo puede permitirse un búfalo.

Estaba en campo abierto. Los campos son como una larga franja verde, y en el agua flota una fila de búfalos con el lomo reluciendo al sol. Más allá de la franja verde está el desierto y, más allá del desierto, dunas de arena amarilla. Pero, si llegas hasta la montaña, puedes tropezar con bandidos. Aquí no sólo las hienas sino hasta las águilas, comen carroña. Los tigres devoran antílopes y venados, pero no carne humana. Los hombres son los únicos seres vivos que se alimentan de la carne de su propia especie. La caza escasea, pero los seres humanos abundan y su carne es fácil de encontrar. Los cocodrilos son traidores, y la piel de las serpientes es suave, pero su veneno es mortal. Aquí no existe lealtad más que entre los perros. Aún es de noche. La noche es larga, y oscura, muy oscura. En su profundidad se esconden insectos. Tienen cuerpo de

mosquito, de langosta o de rata. También hay reptiles y criaturas que se arrastran a cuatro patas.

Pero ¿adónde ha ido la gente?, pregunto. No veo a nadie. El cuerpo de la muchacha ha desaparecido y sus asesinos se han ido. ¿Adónde han ido los seres humanos?, vuelvo a preguntar. Si los hay a millones, me dijeron, como nubes de mosquitos que flotan en el aire. No puedes verlos a simple vista. Viven en las profundidades de la tierra, en cuevas subterráneas, en casas que son como fosas funerarias. Creen que la luz es fuego y la temen. Creen que los rayos del sol transportan radiaciones nucleares, que del otro lado del mar les llegará una gran desgracia, enviada por las grandes potencias en botes de leche infantil, que todo esto es la ira de Dios que descende sobre ellos. Pero ¿por qué ha de estar Dios enfadado con ellos? No lo saben, no saben qué crímenes han cometido. No conocen la palabra de Dios ni lo que dice. La palabra de Dios está escrita, y ellos no saben leer. No saben lo que son las palabras. Lo único que saben es murmurar o aplaudir, aclamar o vociferar, chillar o dar alaridos.

Y pregunté: ¿No se puede hablar con ellos un momento? Y me contestaron: Sí, si hablas su lenguaje, llevas ropas de hombre o escondes tus vergüenzas detrás de un velo. Yo exclamé con sorpresa: ¿Qué vergüenzas he de esconder, si voy vestida? Entonces me señalaron la cara con el dedo. Sentí miedo y se me paralizó la lengua. Pero dije: ¿Quién os ha dicho eso? Y respondieron: Dios, la palabra de Dios dice que la cara de la mujer es algo vergonzoso, que no debe ser visto ni por los hombres ni por Dios. Pero la palabra de Dios está escrita, ¿verdad?, y vosotros no sabéis leer, ¿cómo podéis saber lo que ha dicho?, pregunté. Guardaron silencio un rato. Se miraron. Levantaron los ojos al cielo. Señalaron la fotografía que colgaba de lo alto del monumento levantado en conmemoración de la Gran Victoria. Y yo dije: ¿Quién es? Y ellos susurraron: ¿No sabes quién es? Dondequiera que mires lo verás. Su imagen está colgada por todas partes, en las calles, en las paredes, en las tiendas, en los arcos, en las columnas y en todos los monumentos que conmemoran la victoria. Es el Imán y está en todas partes. Pero yo dije: El que está en todas partes no está en ninguna parte. Me miraron en silencio. Luego, fruncieron los labios y dijeron: Le juramos eterna fidelidad. Él es

nuestro señor, el Imán. Dios le ha visitado muchas veces, y él conoce su Palabra mejor que nadie.

OIGO QUE MI MADRE ME LLAMA

Cuando niña, Dios solía visitarme en sueños. Me hablaba con una voz dulce, como la de mi madre. Estaba pensando en esto cuando oí sonar unos disparos en rápida sucesión y vi caer al suelo la imagen del Imán. Salí corriendo. La muerte es fácil cuando es rápida. Una espada que separa la cabeza del cuerpo o una bala que va al corazón. Pero no hay nada más terrible que morir lentamente. Me atan con cuerdas y me arrojan a un foso, y después me lanzan piedras, una tras otra, día tras día, hasta que pasan cincuenta días, o cien, o mil. Mi cuerpo muere, pero mi espíritu no se rinde. Están cansados de tanto lanzar piedras, y veo cómo las manos les cuelgan inertes a los costados, y la sangre les gotea de los dedos, pero mis arterias aún no están vacías. Mi espíritu inhala polvo y arena, convierte mi cuerpo en roca y hace que reboten las piedras. Y la veo a lo lejos, una figura tallada en la roca de la montaña que hay entre el río y el mar. Allí se levanta, esperando en la noche desde el día en que me dio el ser, de cara al río y de espaldas al mar. Han pasado veinte años, pero sigue allí, erguida, como siempre. Han pasado veinte años, y aún me llama con un susurro, que suena como el murmullo del viento en los árboles o una voz lejana que surge de las profundidades: Bint Allah, ven. Ven aquí.

 Mi perro se llama *Marzouk*.^[6] Lo tengo desde que mi madre me trajo al mundo, y estuvo conmigo hasta el final. No sabe leer ni escribir. No ha leído la palabra de Dios, pero es el único que sabe la verdad, que sabe que no tengo las manos manchadas de la sangre del Imán. Porque, ¿cómo va una hija a matar a su padre? Nadie sabe que el Imán es mi padre y que, de no ser por él (y por mi madre, ésta sí, conocida, desde luego) yo no hubiera existido. Sólo mi madre y Marzouk, mi perro, saben que él es mi

padre. Fue *Marzouk* el que vio a mi madre, arrodillada en el suelo, ahogando los sollozos y fue Marzouk el que vio a mi padre huir en la oscuridad. Le miró bien a la cara, y no se le ha olvidado. Por eso, cada vez que ve un retrato suyo se pone a ladrar violentamente. La gente no ha podido descubrir por qué ladra de ese modo. No entiende el lenguaje de los perros, mientras que los perros entienden el lenguaje de la gente. Los perros, lo mismo que las personas, tienen una memoria que registra cómo ocurren las cosas y cómo se desarrollan los hechos. Tienen una memoria para la Historia, y Marzouk sigue recordando cómo mi padre, el Imán, huía del lado de mi madre. Lo persiguió, le dio un mordisco en la nalga izquierda y se llevó un trozo de tela. Era de color caqui, como la ropa que llevan los soldados, y olía a sudor, a perfume barato y a otras cosas.

El Imán tenía tanto miedo de Marzouk que se fue corriendo tan de prisa como pudo, y sus pies, al correr, hacían un ruido metálico, porque llevaba hierros en los tacones de los zapatos. Corría con los ojos levantados hacia el cielo, porque su fe en Dios era grande. Y murmuraba: Concédeme la victoria sobre mis enemigos, concédeme que los deseos de mi corazón se hagan realidad. Sus ojos saltones estaban llenos de un oscuro anhelo y sus labios se curvaban con el ansia de poseer. Quería un trono en la tierra y un trono en el cielo, un palacio de verano con vistas al mar y un palacio de invierno en el Sur. También quería un palacio en el cielo para la otra vida, con profundos ríos de aguas frescas que corrieran a sus pies, y muchas concubinas y concubinos. Sentía la lengua seca y tenía sed, pero no dejaba de correr, la boca abierta y la respiración jadeante. Desde la niñez tenía un sentimiento de privación que le había acompañado toda la vida. Su deseo de poseer era como una enfermedad crónica, como un hambre aguda; y tenía una fe ilimitada en el poder de Dios, y en todo lo que Dios podía hacer por él. Lucía en la frente una marca azulada y áspera, de tanto prosternarse, y en la mano derecha llevaba un rosario de cuentas amarillas; pruebas de su devoción que él exhibía. Sobre su nalga derecha colgaba una espada, enfundada en una larga vaina, y sobre la izquierda mantenía la mano, para esconder el agujero del pantalón.

Desapareció en la noche musitando palabras de gratitud a Dios con una boca que olía a vino y al sudor de los cuerpos de infortunadas mujeres, y

Marzouk seguía ladrando, pero nadie parecía oírle. Los multicolores cohetes de la Gran Fiesta estallaban en el cielo, y de mil micrófonos manaba un chorro interminable de palabras, porque el Imán hablaba a su pueblo, y por el éter se transmitía su discurso que empezaba: «En el nombre de Dios», y terminaba: «Alabado sea su Santo Profeta.»

Después del discurso, se dispersaron y se fueron a sus casas. Se sentían transportados por una especie de júbilo, un sentimiento de victoria sobre un enemigo desconocido, que se les subía a la cabeza, pero en la boca tenían un sabor amargo a derrota. Entretanto, las calles se habían llenado de hombres que portaban cuchillos. Todos gritaban la misma palabra, repitiéndola una y otra vez. Sacrificio. De pronto, dejaron de gritar y se hizo un gran silencio, una quietud sombría, que no duró mucho. Fue rota por gritos, los penetrantes gritos de los sacrificados, que salían de todas las casas, seguidos de nubes de un humo denso que olía a carne quemada.

Después de comer, se cambiaron de ropa y se calzaron zapatos con hierros en los tacones. Sus pasos resonaban en las aceras y calzadas y sus voces se elevaban dando gracias a Dios por su gran misericordia.

Llevaban en la mano izquierda un rosario de cuentas de oración y, en la derecha, una piedra. Porque había llegado la hora y estaban dispuestos a hacer lo que tenía que hacerse. Había llegado la hora de apedrear al demonio.

La ataron con cuerdas de cáñamo e hicieron corro alrededor de ella, rivalizando por ver quién arrojaba más piedras, quién la golpeaba más veces en el ojo de buey de su vientre, donde Satán la había marcado al rojo. Se había hecho saber que el ganador sería condecorado con la Orden de la Caballerosidad y el Honor y recibiría en regalo un palacete contiguo al palacio del Imán, además de concubinas que le deleitaran con sus encantos.

Bajo su cuerpo, la tierra estaba fría, pero el polvo le tapaba la nariz. La sujetaron con estacas al suelo, le descubrieron el pecho y la abrieron de brazos y piernas. Ella oía tambores y risas de niños, y veía globos de colores que flotaban en el aire. Con la mirada, buscaba entre los niños el rostro de su hija. Durante un momento, vio una carita pálida, perdida entre

la gente, agitó la mano y susurró con una voz que era como el murmullo de las hojas movidas por el viento: Bint Allah, ven... Ven aquí.

Desde el momento en que nací, su voz ha sonado en mis oídos, llamándome en el susurro del viento entre las hojas. Sus facciones son parte de mi memoria, líneas grabadas en su lápida. La veo allí, de pie, una estatua de piedra, bañada en luz, en medio de una bruma oscura. Hunde los dedos en el pecho, a la altura del corazón; sus facciones son firmes, enérgicas, serenas. Es una mujer que dio su vida y no recibió nada a cambio. En sus ojos está el dolor del desengaño. La conmoción ha pasado, pero la tristeza persiste, como una luz pura en su rostro, o como una nueva visión del mundo. Su cuerpo es esbelto, casi exento de carne, un espíritu o un sueño, que no precisa movimiento ni palabras para ser y, no obstante, tiene consistencia, palpable bajo una envoltura de aire. Mantiene erguida la cabeza, y sonrío como la mujer que lo ha perdido todo y ha conservado su alma, que ha desvelado los secretos del mundo y traspasado la máscara del cielo. Su sufrimiento se observa en los surcos de su cara, tan profundos que se han grabado en el hueso; pero sus ojos siguen brillando con una luz interior.

El guardián cerró la última puerta del palacio del Imán, recitando entre dientes el verso del Trono, para asegurarse de que todos los demonios y los malos espíritus quedaban fuera. Todos dormían: el Imán, sus espías, los demonios, los ángeles y los dioses. Hasta los árboles y el viento dormían. Sólo ella estaba despierta, con los ojos muy abiertos, el cuerpo erguido, inmóvil, sosteniendo entre los brazos algo que apretaba contra su cuerpo. Miró en derredor no sin cautela, se inclinó hasta que su cabeza casi roza el suelo, y lo alisó con su mano de campesina, quitando las piedras y guijarros. Luego, cubrió de tierra la superficie hasta dejarla blanda como el regazo de una madre, me arrancó de su pecho con un movimiento brusco y me puso en mi lecho.

Allí me quedé, profundamente dormida. Mi cara, que asomaba por una abertura de las blancas mantillas, era una pálida mancha en la noche, y mi pecho subía y bajaba con la profunda respiración de los niños. Una de mis

manos se salió de la manga, con la palma hacia el cielo, como mendigando clemencia de los poderes de las alturas.

Ella se quitó su chal de lana negra y me envolvió con él amorosamente. Mi mano tocó su dedo y al instante, cerrándose alrededor de él, lo aprisionó. Ella me lo entregó un momento, lo que dura una noche interminable, lo que dura el suspiro de la madre que deja atrás a su hija. Luego, empezó a retirarlo muy despacio, como si extrajera la sangre de mi corazón poco a poco. En el momento en que su carne se separó de mi carne, me estremecí y desperté. La vi alzarse ante mí, la cara en el cielo y los ojos como estrellas. Luego dio media vuelta y se alejó. La vi de espaldas, erguida como una lanza, caminar con paso largo, ni muy rápido ni muy lento, balanceando los brazos, libres como el aire. Crecía la distancia entre nosotras, pero su cuerpo no se empequeñecía. Se alejaba y alejaba sin cambiar de tamaño hasta que, de pronto, desapareció.

LOS HIJOS DE DIOS

Oí unos disparos en rápida sucesión. Lo vi caer y, mientras caía, observé que la cara que tenía delante, poco a poco, se transformaba en una cara nunca vista, una cara extraña, ni humana ni animal, una cara que no era de hombre, ni de padre, ni de Imán. Era una de esas caras terribles, recordadas de las pesadillas de mi niñez o de los cuentos que me contaba una anciana abuela que me alimentaba con leche materna y relatos de demonios y duendes. Al igual que los demás niños del hospicio, yo no había visto nunca a mi verdadera abuela. Nada sabíamos de nuestro padre, nuestra madre ni nuestra abuela. Nos llamaban los hijos de Dios y a mí me llamaban Bint Allah, la Hija de Dios. Yo nunca había visto a Dios cara a cara, pero pensaba que Él era mi padre, y que mi madre era su esposa.

Yo soñaba mucho con mi madre. Ella está, de pie, en un espacio abierto, esperando a Dios. La noche es oscura y todo el mundo se ha ido a la cama, pero ella está sola, de pie, en el mismo sitio en que la encuentro siempre. Yo estoy en el suelo y veo su cara encima de mí, recortándose en el cielo. Sus ojos brillan y su voz llega hasta mí como un susurro transportado por el viento. Oigo que me llama suavemente: Bint Allah, ven. Me levanto de la cama y camino descalza en dirección a la voz. Me llega desde lejos, amortiguada, como si una puerta me separara de ella. Abro la puerta y miro afuera. No hay nadie. Avanzo por un largo pasillo y sigo sin ver a nadie. Al fondo hay otra puerta, pero cerca veo una ventana abierta a un patio. De un salto, me subo al alféizar, salgo y camino por el borde de una pared. Mantengo los brazos extendidos ante mí. Mi cuerpo guarda bien el equilibrio y no vacilo, moviéndome con la ligereza de una pluma. Mis pies apenas rozan el suelo, porque soy como un espíritu sin cuerpo. Al llegar al extremo de la pared, salto al patio y caigo sobre las

manos y los pies, como un gato, me quedo quieta, agazapada, aguzando el oído para captar cualquier sonido en la oscuridad. Poco a poco, empiezo a oír lo que me parecen cuchicheos que llegan desde detrás de una puerta cerrada. La puerta es de madera y está pintada de verde trigo. Por una rendija de la madera se filtra la luz.

¿Quién está ahí, en la oscuridad?

Soy yo.

¿Quién eres tú?

Bint Allah.

Ven, Bint Allah.

Entro en una habitación pequeña, que está casi a oscuras. Detrás de la puerta hay una mujer, la esposa del guarda. Viste una holgada túnica negra y lleva un pañuelo blanco atado a la cabeza. Me tiende las manos. Son tostadas, como la tierra, y sus ojos brillan como estrellas. Su pecho sube y baja con jadeo de sollozo. Tiene la piel suave y los pechos llenos de leche. La veo sostener el pezón, oscuro y tenso, entre los dedos y exprimir de él el dolor, gota a gota, como diminutas perlas de leche o de savia que rezumara de una corteza oscura. La cuna que tiene a su lado está vacía y, al otro lado, duerme el marido, roncando ruidosamente. Tiene la cara surcada de arrugas y la oscura barba plegada sobre el mentón, bajo una manta fina y gastada. Abre los ojos de repente y me ve acunada en los brazos de la mujer. Veo cómo sus ojos inyectados en sangre se posan en mi cara un largo momento y luego grita: Ésa no es mi hija. ¿De quién es? La mujer contesta: Es Bint Allah. Él levanta la mano y la deja caer en la cara de la mujer con todas sus fuerzas. Eres una puta. Y tú eres la hija de una perra adúltera, grita.

Abro los ojos en la oscuridad. Veo en las camas filas de niños que levantan la cabeza mirando en derredor. Hay cerca de mi cama una niña de mi misma edad que se llama Nemat Allah.^[7] La llamo hermana. Su pelo es negro, suave como la seda, y está extendido en la almohada, más arriba de la colcha. Tiene los ojos abiertos y suspira con mudos sollozos. Entonces cesan los suspiros y la oigo susurrar: Bint Allah, ven.

Voy a su cama y me echo a su lado. Ella me rodea con sus brazos y su cuerpo empieza a temblar otra vez. Tengo miedo, dice. ¿Miedo de qué?

Tengo miedo de Dios. ¿Por qué? No lo sé. ¿Tú no tienes miedo de Dios? Yo soy Bint Allah, la Hija de Dios, ¿por qué iba a tener miedo de Él? ¿Por qué iba a tener miedo de mi padre? Ella me abraza con fuerza, y siento los latidos de su corazón. Su pecho es redondo y blando como el de una madre, y dormimos abrazadas hasta el amanecer. Antes de que salga el sol, me despierta: Bint Allah, vuelve a tu cama. Las reglas del hospicio eran rigurosas. A la hora de dormir, suena una campana, y nadie puede levantarse de la cama. Si se encuentra a dos niños juntos, el castigo es severo. En el fondo del patio hay una celda de castigo, y se cuentan cosas terribles acerca de lo que ocurre allí dentro. Delante de la puerta hay un hombre alto y grueso. Su cabeza calva reluce a la luz, su cara ancha está cubierta de pelo y tiene los ojos pequeños y juntos. En la mano derecha lleva una vara larga y, en la izquierda, un rosario de cuentas amarillas.

Por la noche, mi hermana me rodea con sus brazos. Durante mucho rato, llora en silencio, después reprime los sollozos, se enjuga las lágrimas con la mano y empieza a hablar. Me cuenta que su madre recibió la visita de Dios en sueños y quedó encinta, lo mismo que la Virgen María. Cuando se le hinchó el vientre, se puso un vestido ancho, para que no se notara. Una noche, mientras todos dormían, tuvo a su hija, pero los ojos del Imán, siempre despiertos, lo vieron todo. Se la llevaron, la ataron con una cuerda de cáñamo, la pusieron en un espacio abierto y empezaron a arrojarle piedras, una tras otra, despacio, hasta que murió. Yo abrazaba con fuerza a Nemat Allah. Al cabo de un momento, le dije: Pero, si la causa era Dios, ¿por qué mataron a tu madre? Ella no supo qué contestar y guardó silencio. Mientras pensaba en todo esto, me entró sueño, y mis preguntas quedaron sin respuesta. Tan pronto me dormí, empecé a soñar.

En el sueño, veo a Dios en forma de hombre. Está ante una puerta y esconde la mano derecha en la espalda. Su cara está cubierta de pelo, pero no su cabeza, que reluce bajo la luz. Yo mantengo los ojos cerrados, y mi cuerpo tiembla bajo la sábana. El hombre retira la mano de la espalda y abre los dedos, para que vea que no lleva bastón. Me habla con voz dulce. Ven, Bint Allah. Siento su mano. Es grande y suave. Su palma tiene el tacto de un seno materno. Yo apoyo la cabeza en su pecho y cierro los ojos, mientras él me acaricia la cara. Lentamente, su mano baja a mis pechos y,

después, a mi vientre. Un extraño espasmo me recorre el cuerpo, como un fuerte temblor interno. Oigo su voz que me susurra al oído: No tengas miedo, Bint Allah. Yo soy Dios, y tú tendrás un hijo que será Cristo.

Me despierto temblando de miedo. Aún está oscuro. Mi cuerpo, empapado en sudor, huele a Dios, a santidad. Bajo la mano hacia mi vientre hinchado. Algo se mueve dentro de mí y siento un pulso que palpita al ritmo de mi corazón. La noche es negra, y aún no amanece. Lentamente, una luz tenue se filtra por las rendijas de los postigos, y el alto techo de la habitación se vuelve gris. Veo la pantalla que cuelga al extremo de un largo cable. El cable está negro por las moscas, y las moscas duermen profundamente. Los niños aún no han despertado, y sus cabezas asoman de las colchas como negros insectos. Cerca de mí, Nemat Allah duerme, y su larga melena le cubre la cara con una máscara de seda negra. Cierro los ojos, tratando de volver a dormir, pero el santo olor de Dios permanece en mi nariz, y su voz suena en mis oídos con suave susurro. Esconde la mano tras la espalda, pero ya no le tengo miedo. Sé que no lleva bastón, y que su mano es suave y acariciadora como la de mi madre. Se acerca a mí con paso lento. Veo aparecer su cara bajo la luz, pero ya no es la cara de antes. Ahora los ojos están enrojecidos y tienen un brillo feroz. Extiende hacia mí un brazo muy largo y siento en el cuello sus gruesos dedos de hierro. Quiero soltarme y correr, pero mi cuerpo parece estar atado al suelo. Abro la boca para llamar a mi madre, pero no me sale la voz, es como si estuviera paralizada. De pronto, suena un gran estrépito. Me reverbera en los tímpanos y estremece los cielos. Con espanto, me pregunto qué puede ser. ¿Cohetes que suben al cielo celebrando la Gran Fiesta? ¿Voces que cantan aleluya? ¿O... gente que chilla?

LA VIEJA CARA DE BABA

Fue un ruido como de rápidos disparos. El cuerpo del Imán se desplomó ante mis ojos, pero su cara permaneció suspendida en el cielo, brillante como el sol. Después retumbó un trueno y, de pronto, no había luz, sólo radiación nuclear. El rostro del Imán descendió suavemente hacia la tierra, oscureciéndose hasta que no fue posible distinguirlo del suelo en el que se posó. Ocurrió en segundos, pero, desde el momento en que su rostro empezó a resplandecer como el del Dios del cielo hasta que, al caer, se tornó lívido como el del diablo, el tiempo transcurrió más despacio. Yo nunca había visto al diablo en persona, y sólo podía recordar el aspecto que tenía en mis sueños y en los cuentos que me relataba la abuela del hospicio. Hacíamos corro alrededor de ella y escuchábamos sus cuentos de demonios y de genios, hasta que sonaba la campana que nos ordenaba ir a la cama. Esto era cuando estaba en el orfanato, cuando aún no conocía a mi madre ni a mi padre. Pero en mis sueños veía ir y venir a Dios. Tenía dos caras, una dulce y suave como el seno de mi madre y la otra, peluda y feroz. Siempre aparecía en la forma de un hombre al que los niños llamaban Baba.

Baba fue el primer hombre que vi en mi vida. De repente, nos lo encontrábamos delante y, al momento, tan bruscamente como había venido, desaparecía. Nunca lo vi entrar ni salir por la puerta. Allí estaba, en medio del patio, con los pies separados, como surgido de la tierra, o caído del cielo. Tenía barba larga, mucho pelo en el rostro. Su expresión era fija, como si sus músculos nunca se movieran. Su cabeza calva relucía al sol. Por el cuello desabrochado de su camisa blanca asomaba un vello negro y erizado que le cubría el pecho. Tenía un tórax ancho, de huesos grandes y músculos duros, sin pizca de carne blanda. A través de la fina

tela de su camisa se veían unos pezones negros, ásperos y arrugados como fruta seca y fea. Llevaba un cinturón ancho, que le comprimía los músculos del vientre. Sus estrechas nalgas parecían duras bajo el tenso cuero del pantalón, y sus piernas arqueadas se abombaban debajo de las rodillas, pero sus muslos eran finos como los de un tigre y se juntaban en el vientre, por debajo de un bulto del tamaño de un limón.

Su mano derecha sostenía un bastón y la izquierda asía el brazo del niño al que llevaba a rastras a la celda de castigo. Después de encerrarlo, volvía al patio, se sentaba en un sillón de mimbre y llamaba a los niños. Nos sentábamos alrededor de él en bancos de madera, y empezaba la lección de catecismo. Recitaba lentamente, con voz gutural, con el bastón en una mano y el Libro Sagrado de Dios en la otra. Decid: Yo busco refugio en el Señor del Día que Amanece. De la Maldad de las Cosas Creadas. De la Maldad de la Oscuridad que Envuelve. De la Maldad de Quienes Soplan las Brasas de la Magia Oculta. Al cabo de un rato, se me cierran los ojos y me duermo. Sueño con los que soplan las brasas de la magia oculta. Son águilas negras que giran en el cielo, sobre mi cabeza. Me despierta su voz que ruge: ¿Cuál es el castigo por robo? Y los niños contestan, todos a una: Cortar la mano. ¿Cuál es el castigo por adulterio? Y ellos gritan a coro: Lapidación. Luego se hace el silencio. Nos oímos respirar unos a otros. Nemat Allah está a mi lado en el banco. Veo que me mira con unos ojos tan grandes que cabe en ellos todo el miedo del mundo. Me susurra: ¿Qué es adulterio? Yo cierro los ojos y contengo la respiración, tratando de escapar otra vez por el sueño, pero él me despierta rugiendo: Decid: Él es Dios, Uno y Único, Dios Absoluto y Eterno. No engendró ni fue engendrado, y no hay nadie como... Nemat Allah se arrima a mí y me apoya la cabeza en la mejilla. En un susurro, dice: ¿No engendró al Señor Jesucristo?

Su voz apenas se oía, porque no era más fuerte que un suspiro, pero los hundidos ojos de Baba se volvieron rápidamente hacia nosotras y nos gritó: Alguien ha hablado. ¿Quién es? Ahora no se oía más sonido que el de los movimientos de su bastón cortando el aire una y otra vez. Ante mis ojos podía ver al cordero preparado para el sacrificio, atado por una de sus patas delanteras, que balaba sin parar, intentando soltarse con

desesperación. Los niños lanzaban rápidas miradas al animal que tiraba de la cuerda furiosamente, pero sus oídos recogían con atención el sonido de la voz ronca de Baba, que relataba la historia de Abraham. Y, mientras dormían, la voz de Dios habló al padre y le ordenó que sacrificara a su hijo, y el padre despertó, tomó al hijo y le puso un cuchillo en la garganta.

Los niños se acurrucaban, apretándose, como si cada uno tratara de esconderse metiéndose en el cuerpo del otro. El largo bastón se movió sobre sus cabezas, reluciendo como un cuchillo y fue a posarse en el cuello de Fadl Allah.^[8] Estaba sentado a mi lado, doblado sobre sí mismo, como el niño dentro del vientre de la madre. Sus dedos, amoratados de frío, buscaban refugio en mi mano y su rodilla desnuda rozaba la mía. Tenía la cara pálida, casi sin sangre, y el banco de madera crujía debajo de él con un chirrido como de rechinar de dientes. Continuamente se tiraba de su túnica de percal, tratando de impedir que la corriente de aire frío le entrara por debajo. Le oprimí la mano y, en una voz lo más baja posible, pregunté: ¿Qué mal había hecho el hijo para que su padre pensara en matarlo? Pero Baba me oyó, porque podía oír lo que decíamos aun antes de que tuviéramos tiempo de pronunciar las palabras, y podía ver lo que hacíamos, aunque no le viéramos mirarnos. Y dijo con voz potente: Un padre puede pedir cuentas a su hijo, pero un hijo nunca puede pedir cuentas a su padre. Obedecer a Dios es una ley inquebrantable y, sin obediencia al padre ni al marido, no puede haber obediencia a Dios.

Levantó el bastón, que aún descansaba en el cuello de Fadl Allah, y señaló el cordero atado a la estaca. Y dijo: Ese cordero será sacrificado en la Gran Fiesta. Nos comeremos su carne. Nuestro señor Abraham obedeció la voluntad de Dios. Ismael obedeció la voluntad de su padre. Y por eso ahora el sacrificado es el animal. Con esta frase, se acabó la lección de catecismo. Al cabo de un momento, Baba había desaparecido del patio. Pero Fadl Allah seguía sentado en el banco, sin poder mover las piernas, con la cabeza apoyada en las rodillas, como si estuviera sumido en profunda meditación.

Sonó la campana que llamaba a los niños a la cama. Me levanté del banco, seguida por Fadl Allah. Él tenía la túnica mojada y pegada a las piernas por detrás. Debajo del sitio en el que había estado sentado había un

charquito de agua que yo froté con la palma de la mano, antes de que pudieran verlo. La mano me olía a orina. Me la sequé rápidamente en la ropa y corrí a las letrinas. Por la ventana, se veía la celda de castigo, a cierta distancia, en medio del patio y, detrás, la cúpula de la iglesia y el minarete de la mezquita. La celda estaba a la sombra de un árbol enorme, rodeada de una especie de bruma oscura, que hacía que sus paredes fueran casi invisibles, envuelta en un aire de misterio oscuro, casi sagrado. Tenía la puerta de madera pintada de amarillo, con pomo de metal, y en el pomo había manchas viejas y secas como de sangre.

Yo miraba el pomo. No se movía, ni se abría la puerta para que saliera Nemat Allah. Cerré los ojos y me dormí, y desperté al cabo de un rato. La puerta seguía cerrada. Pero a mi lado encontré a Fadl Allah, y cuando lo miré se sacó algo de debajo de la túnica. Era un pan recién hecho, que despedía un olor que se me subió a la cabeza. Estaba sin comer desde la lección de la mañana. Comimos y después nos tumbamos en un alféizar, abrazados. Mi túnica olía a orina, y Nemat Allah seguía encerrada en la celda. Y entonces me dije: Cuando sea mayor, lo mataré.

Parecía que podía oír todo lo que decíamos, porque, en aquel momento, apareció delante de nosotros, como si su enorme cuerpo hubiera atravesado las capas de la tierra hasta llegar a su superficie. Los músculos de su rostro estaban contraídos y por la camisa desabrochada asomaba una maraña de vello. Los músculos de su pecho estaban tensos y los dos oscuros pezones se erguían enhiestos bajo la tela. Nos miró fijamente, abrazados en el alféizar de la ventana. Vi que le temblaban las aletas de la nariz, como si olfateara un rastro, y las fosas nasales se le ensancharon, revelando su oscuro interior.

Me había tocado el turno de ser castigada. Lo esperaba día tras día, como un negro destino suspendido sobre mi cabeza. Sentí sus gruesos dedos oprimirme el brazo con fuerza. Cerré los ojos y me abandoné. Él era Dios, y podía llevarme a donde quisiera. Desperté en la cama. Sentía humedad debajo del cuerpo, y algo caliente y pegajoso en el muslo, como sudor. Bajé la mano, preguntándome qué podía ser, me toqué el muslo y, lentamente, saqué la mano de la cama. La puse delante de mis ojos. En las yemas de los dedos tenía sangre.

UNA SOLA VEZ EN LA HISTORIA

Mientras corría con Marzouk pegado a mis talones, la bala me hirió en la espalda. Antes de perder la noción de lo ocurrido, antes de que mi mente quedara en blanco, hice un esfuerzo para recordar, para registrar la historia de los hechos y retener una cierta secuencia del alfabeto. Yo estaba completamente vestida. Ellos me señalaban el rostro, que era, decían, mi parte vergonzosa. Recuerdo cómo se rebeló mi cuerpo a pesar de la amenaza de muerte. Pregunté: ¿Quién os ha dicho eso? Es palabra de Dios, contestaron. Pero, dije yo, su palabra está escrita, y vosotros no sabéis leer. Así pues, ¿quién os ha dicho eso? Y ellos guardaron silencio. Se miraban, levantaban los ojos al cielo, señalaban el retrato que colgaba del monumento a la victoria. Y entonces dijeron: Nuestro Señor el Imán ha visto a Dios y conoce su palabra. Y yo pregunté: ¿Dónde ha visto a Dios el Imán? Y ellos dijeron: Dios lo visitó mientras dormía. Yo hice un esfuerzo por recordar, antes de que muriera la memoria de las cosas. Dios también me visitó a mí mientras dormía, dije. Dios no visita a las mujeres ni se revela a ellas. Dios visitó a la Virgen María, que era mujer, dije. Y ellos me miraron y dijeron: Eso ha ocurrido una sola vez en la Historia, y Dios Todopoderoso es muy grande para hacer lo que hace una segunda vez. Dios visitó al Profeta Mahoma y se reveló a él varias veces, y antes visitó a Abraham, ¿por qué había, pues, de repetir con el Imán?, pregunté. Ellos se miraban y levantaban los ojos al retrato colgado en las alturas. Y entonces dijeron: Él ha visto a Dios muchas veces, pero Dios nunca se nos ha revelado a nosotros.

EL JEFE DE SEGURIDAD

El mundo estaba tan oscuro que parecía que el sol se había extinguido para siempre. Ella corría tan de prisa como podía, tratando de escapar antes de que la rodearan. El perro la seguía, levantando polvo con las patas. Los ojos del Imán no apartaban la vista del rastro de polvo, siguiéndolo de cerca, y detrás iban sus propios perros, aullando y ladrando sin parar. Entonces el Jefe de Seguridad se detuvo, sacó del bolsillo un pañuelo de seda, se enjugó los ojos y luego limpió cuidadosamente los cristales de sus gafas. Desde que había sido ascendido al nuevo cargo, usaba gafas oscuras. Así se sentía más seguro, más satisfecho, en cierto modo, superior. Porque ahora nadie podía seguir la dirección de su mirada cuando posaba los ojos en unos muslos redondos, o miraba cómo orinaba un niño por la noche, o trataba de reconocer al Imán bajo el disfraz con el que salía de una casa de prostitutas.

Era el Jefe de Seguridad, y su sagrado deber consistía en hacer que el Imán estuviera bien protegido de amigos y enemigos y que los miembros del Hizb Allah^[9] prosperaran en todo momento. Siempre se sentaba en primera fila, a la derecha del Imán, y se le arrimaba tanto que hubiera ocupado su asiento, de no ser porque el Imán estaba bien retrepado en él. A la izquierda del Imán estaba el Gran Escritor, con la estilográfica asomando del bolsillo y el ojo izquierdo permanentemente fijo en el Imán, mientras distraía una y otra vez el derecho hacia la tribuna reservada a las mujeres del harén del Imán. A su lado estaba el Jefe de la Oposición Oficial y, detrás, en la segunda fila, los ministros, hombro con hombro, rodillas juntas y la mano derecha, sobre el pecho izquierdo, como temerosos de un enemigo común. Los invitados extranjeros estaban de pie,

en silencio, con una expresión de distante superioridad, el rostro y los zapatos reluciendo al sol, y sus esposas, juntas y encogidas, en la tribuna reservada para el harén. Allí estaban también las esposas de todas las personalidades importantes del Estado y, en el centro, la Esposa Oficial del Imán, que lucía su cara de ángel y los vivos colores de la Orden del Honor Supremo sobre el turgente pecho.

El Jefe de Seguridad lanzó una de sus ojeadas de soslayo a la Esposa Oficial. Fue breve, pero le permitió captar las apasionadas miradas que ella lanzaba al Gran Escritor y observar en los ojos de él el destello con el que le expresaba su eterna devoción. Pero el Imán tenía los ojos puestos en el cielo, porque creía que Dios era su mejor ayuda en estos tiempos de malestar político y crisis económica. El Jefe de la Oposición Oficial parecía indeciso. Mientras su ojo derecho miraba fijamente el trono en el que se sentaba el Imán, el izquierdo vigilaba al Jefe de Seguridad. De vez en cuando, los dos hombres intercambiaban una sonrisa, lo único que intercambiaban a la luz del día. Cuando anochecía, pasaban muchas horas juntos brindando una y otra vez por la lealtad y la amistad. El Jefe de Seguridad, miembro del Hizb Allah, y el Jefe de la Oposición, miembro del Hizb Al Shaitan,^[10] ambos partidos, legalizados y bendecidos por el Imán, eran grandes amigos y encarnizados enemigos. Eran como rivales unidos por su amor a una misma mujer y por su intenso odio mutuo, como hermanastros, con una madre y dos padres, unidos por un odio común y un común amor hacia la misma mujer.

Yo estaba de pie en primera fila. En el aire resonaban las aclamaciones de la multitud y las salvas de cañón que se disparaban con motivo de la Gran Fiesta. El Imán tenía los ojos fijos en el cielo azul, pero mis ojos no estaban quietos detrás de mis gafas oscuras, y vigilaban cada movimiento de la multitud, cada parpadeo de un millón de ojos, descubriendo la intención cuando el movimiento es todavía quietud disfrazada, cuando la mano se dispone a levantarse en ademán de desafío, cuando el dedo roza el gatillo antes de oprimirlo. Los conocía a todos y cada uno, conocía bien sus caras, podía ver deslizarse sus cabezas entre mil. Hombres o mujeres, sus facciones estaban impresas en mis ficheros. La descubrí entre la multitud, detrás de todo, escondiendo el rostro detrás de un par de

hombros y una cabeza. En seguida supe quién era, sin la menor duda, sin necesidad de pensar. El rostro, delgado, las facciones, ajadas, idéntica a su madre, zorra, hija de zorra, siempre moviéndose bajo tierra, deslizándose en la oscuridad, conspirando con movimientos clandestinos y partidos secretos. Una miserable que no posee nada más que un cuerpo que se vende por el precio de una comida. Una vez fui a su casa, yo era todavía un muchacho y ella, casi una niña. Antes de empezar, ella me dijo: Enséñame el dinero. Y yo dije: ¿No te fías de mí? Tú eres del tipo de los que viven a costa de una mujer, contestó ella. Me quedé mudo. ¿Cómo había podido aquella niña descubrir mi fondo con tanta facilidad? ¿Cómo se le habían revelado los secretos de la vida? Saqué el dinero y lo puse en el cajón, al lado de la cama. Entonces la monté una vez, dos, tres, no sé cuántas, hasta que quedó exhausta y se durmió. Después abrí el cajón, cogí todo el dinero que encontré, me lo metí en el bolsillo y salí de puntillas para no despertarla. Año tras año, seguí llevándome dinero de aquí y de allá, hasta que tuve suficiente para construirme una casa de ladrillo rojo de tres pisos.

Entonces me casé con la hija de un ministro y me hice miembro del Hizb Allah. Antes de la boda, no había visto a mi esposa. Era una mujer muy casta, llevaba velo y nunca se mostraba ante los hombres. Me casé con ella de acuerdo con la sagrada ley de Dios y de su Profeta, y su padre respondió de ella en todos los aspectos. Pagué una fuerte suma para casarme, y celebramos la boda en presencia de todos los notables. Asistió el Imán en persona. Pero la noche de la boda las sábanas nupciales permanecieron blancas como la leche del búfalo, sin vestigio de sangre virginal, y me dije: Alguien debe de haberla tomado antes que yo, pero Dios me compensará por mi pérdida. El honor del ministro es más importante que el mío, hay que darle preferencia. Además, Dios es misericordioso y clemente, y yo no puedo tener la presunción de colocarme por encima de Él.

La pegué hasta que confesó, y entonces la perdoné, como Dios perdona a sus criaturas cuando pecan. Fui para ella un dios. Me adoraba, estaba a mis pies como un perro, la poseía por completo, pero ella no tenía ningún poder sobre mí. Cuanto más me apartaba de ella, más crecía su pasión, pero yo sólo deseaba a las mujeres que me rechazaban. Cada vez que

alguna me rechazaba, me acordaba de lo que mi madre decía a mi padre: Tú eres mi sombra en esta tierra, en cuanto me aparto de ti, te pones a seguirme. También me acordaba de lo que solía decir el Imán, que mi mente sólo piensa en aquellos que se oponen a mí sin mi permiso. Entonces advertí que su mirada iba hacia el lugar en el que estaba ella, detrás de la multitud, vi que los ojos de la mujer brillaban con desafío, pero cuando lo miré a él, sus pupilas estaban encendidas de deseo. Y entonces me dije: Ella y sólo ella será la causa de tu muerte, porque en la Historia muchos grandes reyes han acabado en las manos de una prostituta.

LA ESPOSA LEGAL

Las voces que gritaban a los cielos: Que Dios sea contigo, sonaban a música en sus oídos. El sonido hacía temblar sus pendientes de brillantes que refulgían a las mil luces que incidían en el Imán. La esbelta columna de mármol blanco de su cuello, ceñida por cinco hilos de purísimas perlas, se estremecía ligeramente. Llevaba en el pecho el lazo de la orden, y la medalla en forma de disco solar coronado de rayos, y anillos de piedras preciosas brillaban como las estrellas en sus dedos. Estaba en la tribuna reservada al harén, rodeada de las esposas de los altos dignatarios del Estado. Sus caras, inmóviles en una expresión adecuada para la ocasión, eran como máscaras. Vestidos de seda envolvían sus redondeadas formas y los mejores y más caros velos de importación cubrían sus vergonzosas partes. Ella se erguía orgullosamente, alargando el cuello cuanto podía, para seguir hasta el último de los movimientos de su esposo, el Imán que, a su vez, alargaba el cuello hacia el trono de Dios en las alturas, tratando de no perderlo de vista ni una fracción de segundo.

El corazón le latía con fuerza bajo las costillas, y mismamente debajo del pecho, incrustada en la piel blanca, tenía una cruz con Jesús clavado en ella. La mujer levantó la mano e hizo la señal de la Trinidad, deteniéndose en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Protégelo de sus enemigos, Santa Madre de Cristo, y agregó rápidamente, como para subsanar un olvido: Dime, oh, Alá, que estoy perdonada y que lo protegerás de sus mortales enemigos. Dale tu protección, oh, Profeta de Alá. ¿No lo abandoné todo por su amor? ¿No abandoné al Señor Jesucristo, renuncié a mi nombre, al apellido de mi padre, a mi país y hasta a mi fe? Todo lo abandoné por él, porque estaba cansada de fregar interminables pilas de platos, de respirar un aire que miles de personas habían respirado antes que yo en los túneles

subterráneos por los que entraban y salían los trenes. Cansada de sonreír a caras que nunca me sonreían, cansada de ir todos los domingos a la iglesia para pedir a Dios que me sacara de mi triste situación. Veinte años rezando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sin que ninguno de ellos tendiera una mano para ayudarme.

Entonces llegó el Imán. Él me salvó de mi desgracia. Al verlo sentado en su trono, inmediatamente me enamoré. Él me llevó en sus brazos y, a partir de aquel momento, pude mirar al cielo con orgullo. Descubrí el paraíso en la tierra y aprendí a confiar en Alá y en su Profeta, porque ahora yo tenía jardines y parques, palacios y salones de banquetes, servidores y cortesanos, ríos que rebosaban vino y miel e infinidad de cosas entre las que podía elegir a mi voluntad. Cuando yo levantaba la cabeza, alrededor de mí, todas las cabezas se inclinaban hacia el suelo. Todos los rostros me sonreían sin que yo tuviera que sonreír. Caminaba con paso seguro delante de los ministros del Estado, entre luces rutilantes, inaugurando bazares de caridad, hospitales y asilos. Mi nombre estaba grabado en los mármoles de la Historia, era lanzado a millones de pantallas, difundido en las ondas del sonido. Era la esposa del Imán, nadie era igual a mí, nadie podía ocupar mi sitio. Ninguna mujer poseía tanta belleza, ni tanta inteligencia, ni tanta fama.

Que Dios sea contigo. Las aclamaciones seguían sonando en sus oídos. Ella lo contemplaba, de pie en la plataforma, mirando hacia el otro lado. Los cañones seguían disparando salvas de victoria y su retumbar era el eco de los latidos de su corazón. Vio desfilar ante él los lanzacohetes, apuntando al cielo con sus cabezas cónicas, pero su propia cabeza, la del Uno y Único Imán, jefe de los creyentes, estaba cubierta por un simple bonete de punto, y su pecho estaba expuesto bajo la fina túnica, sin el chaleco antibalas que hubiera debido llevar. Allí estaba, en el estrado, expuesto, sin más protección que la de Alá y su Profeta. Oh, María, Madre de Dios, protégelo de todo mal. Entonces rectificó, se tragó las palabras, rápidamente, murmuró una oración pidiendo perdón y su lengua repitió los nombres de Alá y de su Profeta mientras su corazón seguía pensando en Cristo. Protégelo de sus enemigos, oh, Dios. Protégelo de la envidia de hombres y mujeres, de los que soplan sobre las brasas de la magia oculta,

protégelo, sobre todo, de su primera esposa, que se esconde entre la multitud, ahí detrás. Lleva un amuleto colgado del cuello con una tira de cuero, y sus labios piden a Dios que lo transforme en mono, y que sea arrastrado de una cadena. Protégelo, oh, Señor, de las maquinaciones de las mujeres, cuya capacidad para obrar el mal es ilimitada. Oh, Dios, no olvides a esa hija ilegítima. Desde que nació no piensa sino en vengarse de él. Por ahí va, disimulándose entre la multitud, tratando de acercarse a escondidas. Lleva en la mano derecha un objeto largo y puntiagudo como un instrumento de muerte.

A cada oleada de aclamaciones, ella siente los latidos del corazón en los oídos. Presta atención al súbito sonido. ¿Qué es? ¿Disparos? Sus ojos azules como el mar se abren de asombro cuando el rostro del Imán cae de las alturas al suelo. Ve desaparecer con la misma rapidez otros rostros que están al lado de él y elevarse en el aire partículas de polvo que forman una fina nube. Se frota los ojos, como si acabara de despertar de un sueño profundo, y descubre que estaba despierta. No; no dormía. Pero ya no está sentada. Ya no siente el trono debajo de sí, sosteniendo su cuerpo. ¿Dónde está el trono? Ha desaparecido. Está caído, patas arriba. Rápidamente, hace la señal de la cruz sobre su pecho. ¿Qué ha pasado, oh, Virgen María? El rostro de su madre es redondo y radiante como el sol. La Madre, el Hijo y el Espíritu Santo, pero rápidamente rectifica, Oh, Dios, ten misericordia de mí, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

ALÁ ESTÁ AL LADO DEL IMÁN

Oí disparos. Mis ojos estaban alzados hacia el reino de los cielos y durante apenas un segundo perdí de vista el reino de la tierra, pero fue suficiente. Él se aprovechó de este breve descuido mío para apretar el gatillo. No le vi la cara y no hubiera podido decir con seguridad quién era. Quizá uno de esos miembros del Hizb Al Shaitan, cuyos rostros conozco. Y conozco muy bien a su jefe. Nadie había oído hablar de él hasta que lo saqué de la oscuridad a la luz, le di nombre y rango. Antes no era nada. Le ordené que fuera el Jefe de la Oposición Oficial. Le dije: Puedes oponerte a todas las órdenes salvo a las mías y criticar todos los decretos salvo los dictados por mí personalmente. Sólo yo gobierno a este país y nadie más que yo puede decidir. Tendrás un palacio en la plaza de la Libertad, una pensión mensual, un diario, un sillón en el Consejo Asesor y un escaño en el Parlamento.

Ví iluminarse su rostro con una sonrisa radiante. De niños íbamos al mismo colegio. Él solía cerrar los ojos y soñar con ver su foto en la primera plana del periódico. Y todos los días repetía este mismo sueño. Yo también soñaba con ver mi foto en la primera plana, pero las primeras planas de los periódicos sólo mostraban fotos de jefes de Estado o jefes de partidos, asesinos de uno y otro sexo o putas famosas. En el colegio se sentaba a mi lado. Su pantalón era de buena lana, mientras que el mío tenía un agujero en las posaderas y yo tenía que ponerme una mano detrás, para tapanlo. Mi padre era un pobre campesino que deseaba que su hijo llegara a ser uno de los guardias del palacio del Imán. Su padre era rico, había viajado por el extranjero para completar su educación, había aprendido a hablar lenguas extranjeras y vestía ropa de ciudad. Se casó con una mujer que creía en Cristo y no sabía hablar árabe. Tenía el pelo rubio y

la piel de sus piernas era tan blanca y transparente que, aun sin tocarla, casi podías sentir el calor de su carne. Era como una de esas hermosas doncellas del paraíso, reservadas para los creyentes. Mis ojos la seguían con el hambre del que no sabe lo que es estar con una mujer. Había habido muchas mujeres en mi vida, pero la pobreza seguía pegada a mí como una segunda piel, y aquella mujer era diferente a todas las que había conocido. Aún no he podido librarme del miedo a la pobreza y al hambre. Por más que comiera, el hambre seguía royéndome por dentro. Y por más que hiciera para sentirme seguro, mi mente no descansaba. Todos los días veía mi retrato en los periódicos o colgado en lugares iluminados. Todos los días cerraba los ojos y soñaba el viejo sueño en el que me veía sentado en dos tronos, el trono de la tierra y el trono del cielo.

Desde niño, Alá me visitaba en sueños. Su cara era la de mi padre, surcada de arrugas y picada de viruelas. Sobre su pupila derecha había una pequeña nube blanca, reliquia de una infección, un residuo de pus en sus ojos. Llevaba la larga túnica campesina y un bonete de lana con los bordes raídos por el uso diario. En el sueño, me llamaba con la voz potente de mi padre, y me llamaba Imán. Yo respondía mansamente: Estoy a tu servicio, Alá. Una vez me dijo: Te concederé cuanto desees, sin limitaciones, tanto en la tierra como en el cielo, pero con una condición. ¿Qué condición, Señor?, pregunté. Él extendió su Brazo hacia mí y vi que en su Mano había un objeto. Era un rosario de cuentas amarillas que colgaba entre sus Dedos, y la piel de sus Dedos estaba tostada y áspera y llena de grietas, como la de los dedos de mi padre. Este rosario tiene treinta y tres cuentas, me dijo. Si lo pasas tres veces entre los dedos, llegarás al número noventa y nueve, y a cada cuenta que pases tienes que pronunciar uno de mis noventa y nueve nombres. Esto te mando y, si alguien se atreve a desobedecerte, usa esto. Y desenvainó una larga espada que al apoyar en mi pecho casi me atravesó las costillas. Yo di un rápido paso atrás y desperté, con los ojos desorbitados de miedo. Mi madre vio que estaba trastornado y muy pálido. Y me dijo: ¿Qué ocurre, hijo? Tu cara ya no es tu cara. He visto a Dios, le respondí. Pero Dios es bueno y hermoso, ¿por qué tiemblas? Llevaba una espada y me la ha puesto en el pecho, tan cerca que casi me ha atravesado las costillas. Ella escupió en la abertura de su

larga túnica negra y dijo: Ése no era Dios. El que has visto debía de ser el diablo. Anda a hacer tus abluciones y pide a Dios que tenga piedad de ti.

Mi madre solía rezar al amanecer, antes de ir al campo y también por la noche, al volver. Pero a mi padre no lo vi arrodillarse para rezar ni una sola vez. Durante el mes de ayuno del Ramadán, comía y bebía y fumaba su pipa de agua, y dividía las noches entre sus cuatro esposas de forma desigual, pasando tres noches con la más reciente por cada noche que pasaba con mi madre. Y decía: Dios perdona todos los pecados, por grandes que sean, excepto el pecado de creer en otro Dios que no sea Él. Porque en el cielo hay un solo Dios, que es Alá, y en la tierra, un solo gobernante, que es el Imán.

Antes de morir, mi padre hizo una visita a la tumba del Profeta en La Meca. Cuando regresó, empezó a usar capa en lugar del traje campesino, y yo le oía decir que la peregrinación a la tumba del Profeta lava todos los pecados sin dejar rastro, por más veces que los hayas repetido. Así pues, mi padre pudo morir en paz, con la conciencia libre de pecado. Por ello, cuando mi madre fue vieja, le pregunté por qué no pensaba en hacer una visita a la tumba del Profeta antes de morir, para estar segura de poder reunirse con mi padre en el paraíso, en la otra vida. Pero ella me miró con ojos llorosos y dijo: Tu padre vendió las cosechas antes de morir y no me dejó nada, no tengo dinero para pagar el viaje a La Meca. Y, como no tenía medios para lavar sus pecados, se secó los ojos con la palma de la mano y dijo: Si Alá te abre las puertas de la prosperidad, hijo, promete que me comprarás un billete para ir a la tumba del Profeta. Te lo prometo, madre, le dije. Pero pasaron los días, y me olvidé de lo que habíamos hablado. Hasta me olvidé de cómo era su cara, con todas las cosas que tenía que atender en mi vida. Y así año tras año, y pasaron veinte sin que hubiera ido a verla a su casita del Sur, en la que siempre había vivido. Yo tenía los ojos fijos en el cielo, y no veía nada más que a Alá y el Hizb Allah. Hasta me olvidé de que existía otro partido, el Hizb Al Shaitan.

En realidad, el Hizb Al Shaitan nunca hubiera existido, si yo no hubiera decretado que era necesaria su creación. Me dije: Si Satán no se mueve libremente entre mi pueblo, ¿cómo podrán conocer el miedo? Y, sin miedo, no hay gobernante ni Imán que pueda permanecer en el trono. El

Hizb Al Shaitan constituirá la oposición en el Consejo Asesor y en la Asamblea Popular. Dirá «no» delante de mi pueblo y susurrará «sí» en mi oído. Entonces me acordé de mi amigo, que era el hombre ideal para desempeñar este papel. Él había heredado de su padre tierras y dinero y lo que ahora buscaba era fama, un lugar en la Historia, para que la gente recordara su nombre. Además, ahora que había visitado la tumba del Profeta en La Meca y adquirido el título de respeto de Haj, estaba mejor preparado para desempeñar este papel. Desde luego, yo sé que su corazón está vacío de fe y que su esposa no cree en un Dios sino en tres, y que hace la señal de la cruz y se arrodilla ante la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero es rubia como la miel, esbelta como la rama de un árbol y habla siete idiomas. Él la exhibe con orgullo y la sienta a su lado en los actos oficiales.

Yo escondo a mi esposa detrás de un velo y, en la calle, la obligo a andar detrás de mí. No sabe escribir su nombre ni leer la palabra de Dios. Su mente tiene poca sustancia, pero su cuerpo es carnoso. Sus caderas son pesadas y su cerebro, ligero. Dios la creó de una costilla torcida. Estaba destinada a ser pobre, era de clase humilde, no tenía linaje ni familia. Cuando me casé con ella, Dios no me había abierto las puertas de la prosperidad, y nos unimos en santa pobreza, pero cuando prosperé y me senté en el trono, dejó de ser la esposa adecuada para mí, no encajaba en esta nueva etapa de mi vida. Además, el Consejo Asesor me dijo que el Imán tiene derecho a casa nueva, capa nueva del mejor género y esposa nueva, una mujer rubia como la miel, con ojos azules como el mar y una lengua que hable todos los idiomas de la Tierra. Todos los miembros del consejo sin excepción dijeron que esto es un derecho incuestionable del Imán, porque es el más bueno y más santo de los hombres. Nadie podía discutir mi derecho a poseer la mejor de las esposas, una mujer de belleza sin par, versada en el conocimiento del mundo, que me acompañe en mis viajes y me represente en las ceremonias de inauguración cuando sea necesario. Vestirá traje de ceremonia y se unirá a los aplausos y aclamaciones de la multitud cuando esté a mi lado en las fiestas y celebraciones de la victoria. En la derrota, vestirá el uniforme blanco de enfermera, dará caramelos a los heridos e inválidos y se unirá a las viudas

de los mártires cuando, reunidas en el Gran Salón, canten el himno de alabanza a los muertos, con los ojos levantados hacia el retrato del Imán que cuelga orgullosamente del monumento a la victoria, mirando al cielo con humildad. Mis labios musitan versículos de alabanza a Dios en su trono celestial, pero de vez en cuando se curvan en fugaz sonrisa secreta dirigida al demonio. En mis oídos resuenan las aclamaciones de la multitud. Alzo la mano derecha en el aire, pero mi labio inferior se dobla sobre mi barba con la humildad que corresponde a un hombre santo. Estoy erguido en el estrado, con la cara del Imán. Tengo en la frente la marca de los fieles a Dios, de los que creen en Él y oran para pedir su perdón, y sobre mi pecho cuelga la Medalla de las Grandes Victorias. A mi derecha está mi Jefe de Seguridad y, a mi izquierda, mi Gran Escritor, seguido por mi Jefe de la Leal Oposición. Detrás hay hileras de ministros, representantes de grandes potencias y dignatarios del Estado.

Dios está contigo. Sube por los aires el grito lanzado por hombres y mujeres, niños con uniforme de explorador, niñas vestidas de enfermeras, soldados con pantalón caqui, obreros con mono azul, campesinos vestidos con anchas túnicas y tocados con bonetes, mientras grupos de danzas populares circulan entre la multitud, con mujeres que bailan al son de platillos. Un millón de voces que se elevan en aclamación suenan como una sola que retumba como el trueno, acompañada de cantos patrióticos e himnos de alabanza, redoble de tambores y cohetes que llenan el espacio de ruido y vivos colores. Bandadas de palomas blancas suben al cielo con rápido aleteo, seguidas de aviones cargados de bombas que caducaron hace muchos años. El sonido de las palabras, Dios está contigo, vibra en sus oídos una y otra vez. Sus ojos estaban levantados hacia el cielo y en el fondo de su mirada había una interrogación. Si estás de mi lado, oh, Dios, ¿por qué he sufrido una derrota? ¿Por qué me escondes el secreto de la bomba nuclear y divulgas sus secretos al enemigo, a los infieles, por qué privas a tus humildes siervos y fieles seguidores de sus beneficios? Ten misericordia de mí, oh, Alá, porque yo no debería preguntarte por qué ni pedirte explicaciones por tus actos. Es tu voluntad, y tu voluntad es no ser cuestionado, porque cuestionar es oponerse, y oponerse sólo puede causar daño. Yo pensaba que este Satán que está a mi lado desempeñaría su papel

de oposición dentro de los límites marcados por mis decretos, que serviría para procurarme la honrosa reputación de hombre amante de la libertad y la democracia. Pero no; no conoce sus límites. Se ha vuelto arrogante y presuntuoso, ha llenado los periódicos de fotos suyas y hasta ha conseguido que a veces aparezcan más arriba que las mías. Me sonrío como un ángel y luego me ataca por la espalda. En las celebraciones, se sitúa cerca de los representantes de las grandes potencias y mira a hurtadillas mi harén.

Mi nueva esposa ha estudiado ciencias políticas en el extranjero. Tiene una teoría sobre el arte de gobernar, el arte de domesticar a los hombres. Me dice: Mantén el bastón en la mano, pero no golpees con él continuamente. Unas veces acaricia el hombro como una madre y otras golpea con fuerza en la cabeza. Recuerda que tú y yo nos repartiremos los papeles. Si tú golpeas, yo acudiré con una sonrisa de ángel y, si tú perdonas o transiges, yo levantaré el bastón o tiraré de las riendas hincándoles el bocado.

Yo le dije: Ocúpate de la oposición y del Hizb Al Shaitan.

Amansaré a los hombres, me dijo. Un hombre es como un niño, aunque levante la bandera de la rebelión hasta el cielo. Pero la mujer es el reptil. La mujer es la serpiente aunque se ponga un velo en el rostro y milite en las filas del Hizb Allah.

Pero todos mis enemigos son hombres, dije. Desde que éramos niños, han alimentado odio hacia mí en el fondo de su corazón. Entre las mujeres, sólo tengo dos enemigas. Una vieja a la que arrinconé con mi ropa desechada y otras cosas de tiempos pasados, y una hija ilegítima, nacida de un momento de atolondramiento provocado por muchos vasos de vino.

Tu vieja esposa tiene las alas rotas, me dijo, y ya no puede volar, pero tu hija es un verdadero peligro, porque abriga rencor en su corazón y ha decidido que, antes o después, debes morir.

Una hija nunca mataría a su padre, aunque él la violara como un lobo, dije. Ella me ama. En el fondo de su corazón, siempre me ha sido leal, porque soy su padre.

Tú eres el que ama, dijo ella, el que está bajo las luces, y las luces ciegan tus ojos. Mira bien. Está ahí, escondida detrás de la multitud,

esperando la oportunidad de atacar, de apuntar y matarte en un abrir y cerrar de ojos.

Quien trate de matarme será un miembro del Hizb Al Shaitan, un mercenario contratado por un partido secreto o un enemigo enviado por un país extranjero, dije.

Tus enemigos son muchos, Imán, y cuanto más alto Dios te permita subir más numerosos serán, fue su respuesta. No salgas a la calle sin el chaleco antibalas.

Dios es mi chaleco antibalas, le dije. Él es mi único escudo y guía. Él es mi único protector en esta vida.

Si hablan las balas, Dios solo no bastará, dijo ella mirándome a los ojos, a lo que respondí de inmediato: Que Dios tenga piedad de nosotros por lo que acabas de decir, mujer. Sigues siendo una infiel, no has arrancado la cruz del fondo de tu corazón. ¿No tienes confianza en el poder de Alá para protegerme de todo peligro?

Desde la noche en que consumamos nuestros votos nupciales, expulsé de mi corazón a Cristo y puse mi confianza en ti, en Alá y en su Profeta, dijo ella. Temo por ti, temo a tus enemigos ocultos y sé que es mejor prevenir que esperar hasta que ya sea tarde.

Pero yo no voy a un encuentro con mis enemigos, dije. Voy al encuentro de mi amado pueblo, mis queridos soldados, cuyos corazones rebosan de amor por mí y de lealtad a nuestros sagrados juramentos. Oigo sus voces unirse al clamoroso coro que grita: Larga vida al Imán, concédele larga vida, oh, Dios, haz que viva para siempre. ¿No oyes sus aclamaciones elevarse hasta el cielo, mujer?

EL GUARDIA PERSONAL

El Guardia Personal nada sabía de asuntos de Estado ni de cuestiones relacionadas con el imanato. Sus funciones estaban bien definidas. Consistían en ponerse la máscara de goma hecha a semejanza de las facciones del Imán, utilizar todos los accesorios necesarios para conseguir la figura alta y erguida que la gente había visto tantas veces en los estrados rodeada de baterías de micrófonos y mantenerse cerca del Imán en todos los actos públicos. En todo el país, nadie, salvo Dios y el Jefe de Seguridad, podía distinguir entre los dos, decir cuál de ellos era el falso Imán y cuál, el verdadero. No obstante, el Guardia Personal no vivía confiado. Tendía los oídos en todas las direcciones, tratando de detectar cualquier sonido que pudiera parecerse al de unos disparos, a fin de precipitarse inmediatamente delante del Imán e interceptar con su cuerpo las balas destinadas al Gobernante Único. Y moriría con ese sentimiento de sublime felicidad que sólo se otorga al que ha elegido morir mártir de una gran causa, que sabe que la llave del paraíso que lleva al cuello le será útil y que no tendrá más que introducirla en la cerradura para entrar y encontrarse en presencia del Profeta y de los otros mártires que le han precedido. Por lo tanto, moriría feliz sabiendo que su esposa sería ascendida a la categoría de Viuda del Gran Mártir, recibiría pensión doble especial y sería condecorada con la Orden del Tercer Grado.

En la lista del personal del servicio, nuestro hombre era descrito oficialmente con el título de Guardia Personal. Sólo las personas dotadas de cualidades excepcionales podían aspirar a ocupar este puesto destacado, que encerraba grandes riesgos y era considerado muy importante, ya que exigía devoción, lealtad y fe absoluta en el Imán. Era evidente que estas cualidades sólo podían hallarse en quien hubiera renunciado al uso de la

mente o careciera de toda capacidad de raciocinio. Y así tenía que ser, puesto que todo intento de pensar podía engendrar la duda, y la duda, aunque momentánea, podía suponer el fin del Imán. Una vez disparada la bala, si el Guardia Personal no se adelantaba con la suficiente celeridad para interceptarla con su cuerpo, podía ocurrir la mayor de las catástrofes. Por lo tanto, el primer requisito que se exigía a quien solicitara el puesto era nula capacidad para pensar. El propio Imán elegía a su Guardia Personal. Los aspirantes tenían que colocarse en fila en los jardines de palacio delante del regio balancín con dosel. La elección se hacía tras minuciosa comprobación de las células grises de los aspirantes, cuyos resultados se registraban en una hoja de papel impoluto. Toda marca o punto que apareciera en el papel suscitaría dudas acerca de la aptitud del aspirante, ya que denotaría actividad cerebral.

¿Estás dispuesto a morir por el Imán?

Sí, con sumo gozo.

Todos decían que sí. No había ni un solo «no». Pero el Imán no se fiaba de lo que decía la gente. Él sólo creía en el aparato electrónico que era lo único que podía distinguir entre verdad y mentira. Era una prueba difícil, que sólo superaba una persona entre un millón. Después de la prueba mental venía la prueba física, no menos difícil. Era mucho lo que había que comprobar. La capacidad del oído para detectar el sonido de la bala antes de ser disparada. La habilidad para ir al encuentro de la muerte y adquirir la forma y consistencia del cuerpo del Imán, de modo que fuera imposible distinguir al uno del otro. La agilidad necesaria para caer súbitamente y morir sin llamar la atención y sin que los presentes se dieran cuenta de lo que ocurría ni darles la menor posibilidad de advertir que se había disparado una bala, cuyo sonido estaría amortiguado por uno de esos modernos dispositivos que se montan en las pistolas que se utilizan para asesinar a los gobernantes. Por otra parte, las estruendosas aclamaciones de la multitud impedirían que se oyeran los disparos, aunque hicieran ruido. Dios está contigo, gritaban.

El Imán levantó la cara hacia el cielo y fijó en él su atención, distrayéndola momentáneamente de lo que ocurría en la tierra. En esta fracción de segundo se disparó la pistola. El Guardia Personal dio un salto

y, con los brazos abiertos, recibió la bala en su cuerpo. Cayó a los pies del Imán, sin llamar la atención de ninguno de los presentes. Su cuerpo pareció evaporarse, fundirse instantáneamente, y fue sustituido por otro cuerpo con la misma complexión y la misma cara de goma que él solía llevar, para ser la viva imagen del Imán y para que nadie, ni su misma esposa, distinguiera entre el Imán verdadero y el falso.

Cada vez que el Guardia Personal salía de su casa, le parecía que era la última, que no volvería. No obstante, salía por propia voluntad, con el corazón henchido de felicidad, convencido de que iba al encuentro de la muerte con la llave del paraíso colgada del cuello. La llevaba suspendida de una fina cadena de plata y tenía forma de cola de pescado, con profundas incisiones. A veces, se preguntaba cómo podría abrir la puerta del paraíso con esta llave. ¿El paraíso era como una casa, con una puerta? ¿Le permitiría Radwan, el portero del paraíso, abrir la puerta con esta llave? Eran muchas las preguntas que cruzaban por su mente mientras las aclamaciones de la multitud resonaban en sus oídos. Las células de su cerebro las ahuyentaban, pero siempre volvían. Nadie se dio cuenta de que el Guardia Personal fruncía el entrecejo ligeramente, como si su cerebro estuviera trabajando a tope. Había habido un corte de corriente y el detector electrónico no funcionaba.

El Jefe de Seguridad tenía los ojos fijos en las últimas filas de la multitud, pero el Imán no dejaba de mirar al cielo. El Guardia Personal mantenía la cabeza exactamente en la misma posición que el Imán, siempre mirando al cielo. Cuando el Imán agitaba la mano saludando a la multitud, el Guardia Personal conseguía repetir el movimiento sin el menor retraso. Nadie podía detectar ni la menor diferencia entre los dos. El Imán tenía una forma de andar característica, cojeando ligeramente. El pie derecho golpeaba el suelo con más fuerza que el izquierdo, porque los huesos de la pierna derecha eran rectos mientras que los de la izquierda estaban ligeramente arqueados. El Guardia Personal imitaba a la perfección su manera de andar. Se decía que la curvatura de la pierna izquierda del Imán se debía a falta de calcio en la leche materna. La pobre mujer no había oído hablar de raquitismo y creía que la deformidad de la

pierna de su hijo se debía a mal de ojo, por lo que le colgó del cuello una cuenta azul con un cordón y lo vistió de niña.

El Imán tenía la facultad de estar en dos sitios a la vez, pero nadie más que el Guardia Personal conocía su secreto. El Imán le susurraba algo al oído. Con frecuencia, era la orden de que lo sustituyera en alguna reunión, acto oficial, sesión del Consejo Asesor, durante la oración del viernes en la mezquita o en una visita al extranjero.

Por lo tanto, en muchas ocasiones, el Guardia Personal había precedido a importantes personalidades y ministros, andando unos pasos por delante de ellos, y nadie había sospechado que no era el Imán. En realidad, el mismo Guardia Personal había acabado por creer que era realmente el Imán. Si en algún momento concebía alguna duda, las aclamaciones de la multitud no tardaban en disiparla. Avanzaba al paso justo, con la cara de goma de Imán, mirando al cielo con orgullo, como si estuviera absorto en los problemas del momento. Algunos días se le veía recibir a embajadores, o científicos, o visitantes de países extranjeros, con augusta calma. En la inauguración de un orfanato, cortó la cinta de colores con las tijeras de plata que le presentaron en la bandeja. En las reuniones del Consejo Asesor permanecía tan silencioso como el Imán, escuchando los informes de los ministros. De vez en cuando, asentía en señal de comprensión o levantaba la mirada como abstraído en profundos pensamientos. Nadie se daba cuenta de que no pensaba en nada, de que su mente tras abandonar su cuerpo en el sillón del Imán se había escabullido a la planta baja. Allí se quitó la cara de goma, se frotó la nariz, aplastada por la presión de la otra nariz que llevaba siempre encima y salió por la puerta trasera de palacio confundido entre los criados, escondiéndose bajo su verdadero rostro para evitar ser descubierto. Una vez fuera, saltó a un autobús antes de que parara y se bajó antes de que el cobrador llegara a donde él estaba, y avanzó sin prisa por estrechos senderos, dando puntapiés a los guijarros con sus zapatos puntiagudos, hasta que llegó a la casa.

Su madre lo recibió con un cariñoso abrazo, estrechándolo con fuerza. Él reconoció el olor a pan recién cocido y a estiércol de su ropa. ¿Cómo has podido olvidarte de tu madre durante tanto tiempo, veinte años o más? ¿Veinte años hace que estuve aquí por última vez? ¿No fue ayer, madre? El

que cubre su cuerpo con los días está siempre desnudo. El que se mantiene alejado de la corona siempre es rey,^[11] dice ella. Él se sienta en sus rodillas y ella lo mece y le cuenta todas las cosas que han ocurrido desde que estuvo aquí por última vez. Este invierno, todas las gallinas se me han muerto de diarrea, y tu tía, Dios la haya perdonado, enfermó de cólera y murió a los pocos días. Tu tío fue en peregrinación a La Meca y no ha vuelto. A tu prima la mordió un perro rabioso e inmediatamente después tu padre me visitó en sueños y me dijo que me esperaba en el paraíso. Hijo, ¿has olvidado lo que me prometiste? ¿Dónde está mi billete para La Meca?

Él escondió la cara en el pecho de la madre. No, madre, no lo he olvidado, pero ya sabes lo que ocurre con los problemas de ser Imán, que parece que no tienen solución. Sólo Alá es poderoso y sólo Él puede hacer algo. Madre, ya sabes lo que ocurre con la deuda exterior. Luego está la pugna entre las grandes potencias, que nadie puede detener, y los preparativos para la guerra espacial. Además, he tenido problemas con el Hizb Al Shaitan, casi con todos sus miembros. Son hijos e hijas de la fornicación, que Dios los castigue con el fuego del infierno. Y este dolor que siento aquí en el pecho, justo debajo de tu mano. Los dedos de la madre están encallecidos y agrietados por el trabajo, pero se posan con suavidad sobre la herida. Es una herida profunda que le atraviesa desde la espalda hasta el corazón. Ella la llena de ceniza de la estufa y de granos de café, para que cicatrice pronto, y él se duerme en sus brazos, escuchando su triste canción que suena como un lejano sollozo.

Su voz profunda y fuerte le llegó de lejos, cuando estaba en el estrado, con la cara del Imán, un momento antes de su caída. Su acento volaba hasta sus oídos como la voz de un sueño distante, o de un sueño dentro de un sueño. Muchas eran las veces que había soñado que soñaba, despertaba, volvía a dormirse y seguía soñando que soñaba. En este sueño, se ponía la cara de goma y bajaba la escalera de palacio como un sonámbulo. Fuera, lo esperaba un coche que lo llevaba por las calles mientras él saludaba a su pueblo con la mano. En las reuniones del Consejo Asesor, los ministros lo veían escuchar atentamente sin oír, mover la cabeza en señal de comprensión sin comprender. De vez en cuando, se rascaba la cabeza con

gesto pensativo, ajeno a todo lo que ocurría alrededor. Pero no pensaba, porque los que ocupan el puesto que ocupaba él no tienen que pensar.

Sonaron las ensordecedoras detonaciones de unos disparos. De pronto, todo quedó sumido en la oscuridad. Se le heló la sangre en las venas, porque desde niño tenía miedo a la oscuridad, a las aclamaciones de la multitud y al redoble de victoria de los tambores. En estos momentos, nadie ve la bala que sale de la pistola y nadie más que él cae al suelo. Sólo él muere. Su cuerpo se desploma entre sus pies y, al cabo de un momento, desaparece. Nadie lo ve desvanecerse, simplemente, se va, y el poder pasa de uno a otro con la rapidez con que la máscara de goma pasa de un rostro a otro. Y el pueblo no se entera de nada, no se da cuenta del cambio, porque el Imán sigue estando ahí, en el estrado, mirando al cielo. Siguen disparándose los cohetes que celebran la Gran Fiesta y siguen resonando las aclamaciones que pueblan el aire con el grito de: Dios está contigo.

LAS DOS CARAS

Contemplada a distancia, mi niñez parece haber sido feliz. El tiempo consume el dolor y sólo queda la alegría. Las lágrimas de tristeza lavan los ojos y les hacen ver mejor que en el pasado. Aún veo la cara de mi hermana, y sus ojos se miran en los míos en la oscuridad de la noche. Me abraza y su pecho es blando y suave como el de una madre. Y, a mi hermano, lo llevo siempre conmigo dondequiera que voy, como el olor de mi propio cuerpo. Lo huelo en mi sudor y en el perfume de mis flores. Su cuerpo es mi cuerpo, su carne es mi carne, su sudor es mi sudor. Él y yo somos uno, inseparables.

En la escuela de enfermeras me veo vestida de blanco, con el pelo recogido en la cofia. Voy de una cama a otra como un ángel, ligera como una pluma, casi sin tocar el suelo con los pies. Soy espíritu sin cuerpo, sin sustancia, una sombra alta y delgada. Mi voz es un susurro, mi respiración, profunda como la de un niño. Mis pechos, bajo mi blusa blanca, son pequeños, redondos y retadores. Tengo una cama pequeña y blanca en un dormitorio grande, y a mi lado hay un cajón de madera con mi nombre, Bint Allah, pintado en él. A mi lado está mi hermana, Nemat Allah. Tiene la cara delgada y las facciones pálidas, pero cuando me ve una luz brilla en sus ojos.

La escuela de enfermeras era un enorme y viejo edificio con las paredes oscurecidas por el tiempo. Era la única escuela de su género, porque sólo admitía a huérfanas de padre y madre. Anexo a la escuela estaba el hospital militar. Tenía relucientes ventanas barnizadas y grandes terrazas acristaladas sobre el río. Al otro lado del río había otra enorme construcción con una historia tan antigua como la historia de la esclavitud de nuestro país. El tiempo también había oscurecido sus paredes, y el

polvo que se había acumulado en ellas con los años las había dejado del mismo color que la tierra, y parecían surgidas de sus entrañas. Las ventanas eran altas y tenían largos barrotes de hierro, como los de las cárceles. Desde allí miraban ojos de niños, que brillaban como estrellas en un mundo nocturno. Los llamaban los hijos de Dios, pero el término con que eran descritos en los documentos oficiales era el de hijos ilegítimos. Detrás del hogar de los niños había una extensión de tierra llana y amarilla, al extremo de la cual el terreno se elevaba formando un cerro bajo y achatado cubierto de cactus y arbustos espinosos que la gente solía llamar plantas salvajes porque pensaban que semejante vegetación tenía que haber crecido contra la voluntad de Dios. Al amparo del cerro había otro edificio enorme, tan viejo como la presencia de Satán en la tierra. Sus negros muros eran tan altos que atravesaban las nubes, desafiando al cielo. Sus ventanas eran altas, con largos barrotes de hierro, exactas a las ventanas del hogar de los niños. Detrás de los barrotes se veían caras de mujer, con el pelo recogido en un pañuelo atado a la cabeza, o suelto sobre los hombros. Todas lo tenían largo y revuelto, enmarañado por la cama y poblado de piojos de patas filamentosas; y, sin embargo, relucía bajo el sol con vivos colores de arco iris. Este lugar se llamaba generalmente Casa de la Alegría, pero en los archivos del Jefe de Seguridad se mencionaba con el nombre de Casa de Prostitutas.

Desde la ventana de la Escuela de Enfermeras, Bint Allah no podía ver el río ni el cerro achatado del otro lado. El enorme hospital militar cubría el universo, tapándolo todo, salvo un pequeño trozo de cielo que parecía mirarla por encima de sus muros y un fino rayo de sol que llegaba hasta ella todas las tardes antes del ocaso.

Estaba prohibido mirar por las ventanas, porque las ventanas de nuestros dormitorios daban a las terrazas del hospital militar. Los médicos se asomaban a las barandillas para mirar a las muchachas que estaban abajo, y les sonreían, movían la cabeza o silbaban. Lucían en el pecho hileras de cintas de colores y en los hombros relucientes piezas de metal en forma de estrella. Siempre llevaban la cabeza cubierta por una gorra. Por la noche, después de que sonara la última campana, mi hermana

asomaba la cabeza por el borde de la cama y me contaba una historia de amor.

De dentro del corpiño sacaba la foto de un hombre con uniforme militar. Juntas la mirábamos a la débil luz. Llevaba la gorra recta y en su pecho brillaba un disco metálico. La visera de la gorra proyectaba una sombra gris en la parte superior de su rostro, ocultando la mirada de sus ojos y la forma de su nariz. Bajo su nariz tenía un bigote cuadrado y bien recortado que me recordaba a Hitler. Ella besaba la foto, se la guardaba rápidamente dentro del corpiño, cerca del corazón y volvía a contarme la historia.

Había sido herido en el pecho por una bala, y ella estaba junto a su cama. Él la llamaba mi dulce ángel y los dedos de ella eran suaves en su herida. Ella pasaba las noches a su lado y, cuando él abría los ojos, la veía de pie o sentada cerca de su cama. Si ella lo dejaba para dormir un poco, un solo toque del timbre la hacía volver a su lado. Si el timbre no sonaba, ella entraba de puntillas y esperaba a que él abriera los ojos. Si las mantas se torcían ella las enderezaba. Si él tenía sed, ella le daba de beber y, si lo deseaba, antes de que se durmiera, le leía versículos del Sagrado Libro de Dios o noticias de los periódicos sobre la guerra, porque éstas eran las únicas cosas que le interesaban. Cuando hablaba con ella, siempre era de la guerra. Había matado a tres hombres, pero el cuarto había conseguido meterle una bala en el pecho y escapar al amparo de la noche. El Día de la Victoria, el Imán lo condecoró con una medalla por su valor en la batalla.

Pero para él todo esto era normal, porque desde niño había sido entrenado para matar. Tenía una escopeta con la que en primavera mataba a los pájaros que le miraban posados en las ramas de los árboles. Apoyaba la escopeta en el hombro y apuntaba cuidadosamente al centro de la cabeza antes de apretar el gatillo, y el pájaro caía al suelo al primer disparo y moría sin un temblor.

Yo la abrazaba con fuerza. Su cuerpo era pequeño y frágil como el de un pájaro y en mi corazón había gran anhelo de una madre. Escondía mi cabeza entre sus pechos y lloraba. Después me secaba los ojos y decía: No quiero que te mate a ti también con una de sus feas balas. En sus ojos

había un brillo extraño cuando me decía: Sé que me matará, pero será de amor, no de una bala.

Yo no sabía nada de amor. Mi corazón estaba lleno de ansia de unos brazos que me estrecharan con fuerza y sin causarme dolor. Cada vez que mi mirada se encontraba con la de Nemat Allah, mis ojos se iluminaban de ternura. En el cajón de la mesita de noche había un montón de cartas que había escrito a una persona imaginaria, pero en el fondo de mi corazón sentía miedo al amor y un miedo aún mayor a Dios. En el hogar infantil yo rezaba con regularidad y Dios se me aparecía en sueños con figura de hombre. Me acariciaba el pecho, y el vientre se me hinchaba con el Jesús que iba a nacer. Y ahora, por la mañana, cuando rezaba, la Voz de Dios sonaba en mis oídos con cólera. Me maldecía a gritos y me amenazaba con un cruel castigo. Yo caía de rodillas e inclinaba la cabeza hasta el suelo suplicándole que tuviera piedad de mí. Oraba cinco veces al día, postrada ante Él. Pero Él no cesaba ni un momento de manifestarme su Ira, y por la noche me acurrucaba bajo la ropa de la cama y le veía acercarse a mí. Ahora sus palabras ya no eran airadas sino tiernas y su Rostro era suave como luna de verano. Me mecía en sus Brazos, llenando mi corazón de un amor puro. Mi vientre se abultaba con un embarazo sagrado y yo lo veía crecer lentamente, como un balón que va llenándose de aire. Cuando se volvía de espaldas a mí y lo llamaba, entonces daba media vuelta y se acercaba de nuevo. Pero esta vez su Rostro era diferente, desconocido, estaba ensombrecido por la ira, los ojos brillantes como ascuas. Abrí la boca para gritar. Mi cuerpo parecía clavado al suelo y no podía moverme. Desperté de pronto, bañada en sudor, tomé la pluma y escribí con mano temblorosa las primeras palabras de una carta dirigida a nadie. Yo veía a Dios en sueños, y Dios tenía dos caras. Una que era suave y dulce como la de una madre y otra que era como la de Satán.

LAS PRIMERAS LETRAS DEL ALFABETO DEL AMOR

Nos estaba prohibido mirar por las ventanas. Las terrazas del hospital militar daban a las ventanas de la escuela de enfermeras, y los militares podían mirar a las muchachas desde arriba. Los edificios del hospital eran enormes y tapaban la luz del sol, pero al acabar el día, si me acercaba a la ventana, por una esquina me llegaba un rayo de sol, largo y fino. Entonces sentía en la espalda unos duros dedos que tiraban de mí apartándome. Eran los dedos de la Enfermera en Jefe, una mujer baja, de mediana edad, que llevaba velo blanco y uniforme hasta los pies, lo mismo que una monja. Tenía la cara blanca y redonda y las manos gruesas. Lucía tres estrellas al cuello, y la Orden de la Caridad, un broche de oro en forma de disco, prendido en la blusa, sobre el pecho izquierdo. Sus grandes pechos brincaban bajo la fina seda del uniforme. La precedían cuando caminaba por el corredor con sus pasitos cortos y apresurados, y cerraban la marcha sus abultadas nalgas. La derecha subía cuando la izquierda bajaba y, cuando bajaba la derecha, subía la izquierda, como si ninguno de los hemisferios encontrara su sitio. Cuando estaba parada, mantenía los brazos cerca del cuerpo, pero al andar balanceaba un brazo y llevaba el otro pegado al costado. Durante el día, las tapas metálicas de sus puntiagudos tacones tintineaban en las baldosas, pero por la noche andaba descalza, de puntillas. Hacía la ronda del dormitorio como un alma sin cuerpo, perdida en la oscuridad, y cuando traspasaba el umbral de las puertas, el roce de su túnica era como el susurro del aire. Su cara era toda grasa, sin músculo, y estaba siempre quieta, sin el menor temblor, como un plato de leche hervida con almidón. Pero sus ojos eran dos bolas de plomo gris en

constante movimiento. Encima de cada uno de ellos, dibujada a lápiz, una fina ceja semicircular. Su nariz, vista de perfil, desdeñosamente apuntaba a las alturas. Aparecía y desaparecía en los dormitorios y corredores como un espíritu de otro mundo o un ser de existencia desconocida.

Por la noche, mientras dormía, yo mantenía el oído atento al menor susurro. Era capaz de detectar el suave arrastrar de su túnica y la invisible presión de sus pies descalzos sobre el suelo. El pomo de la puerta giraba como movido por la mano de un espíritu o de un demonio. Entonces la veía entrar en el dormitorio como una sombra blanca y moverse de cama en cama, inspeccionando los sueños de las muchachas. Sus ojos enfocaban una cama tras otra como un par de faros, comprobando que no hubiera más que una cabeza en cada cama. Contaba las cabezas con los dedos, como el pastor cuenta los corderos. Si en una cama faltaba una cabeza o si había dos cabezas en una cama, daba la alarma, como si estuviéramos en guerra.

Yo estaba en mi cama y Nemat Allah, en la suya, a mi lado. Ella tenía los ojos abiertos, con aquella mirada fija y lejana de siempre, la cara más delgada y más pálida y los ojos, más grandes y más oscuros a cada día que pasaba. Si, por la noche, le susurraba al oído, no contestaba. Si mis labios rozaban su cara, no movía ni un músculo. Yo rodeaba su frágil cuerpo con los brazos y me dormía. Pero, una noche, bruscamente, abrí los ojos y miré su cama. Estaba vacía, y el sitio en el que a veces dormía, junto a mí, también. Yo conocía el camino. El largo corredor estaba oscuro, y caminaba pegada a la pared, sin vacilar. En el extremo, encontré una puerta cerrada. Detrás de la puerta se oían gemidos. Empujé la puerta con el puño y, durante un momento, no vi sino las baldosas que relucían suavemente. Pero cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, la vi en el suelo, en el rincón. Estaba acurrucada como un niño en el vientre materno y de su cuerpo salía un hilo de sangre. Era rojo oscuro, pero sus dedos estaban blancos como la luna, como si en ellos ya no hubiera más sangre. Vi un papel arrugado, en el que había algo escrito en letras negras, atenazado por unos dedos petrificados. Nadie pudo abrir aquellos dedos. ¿Qué había escrito en el papel?, preguntó la Enfermera en Jefe, de pie delante de una fila de hombres vestidos de uniforme y tocados con gorra. No lo sé, respondí. La fila de hombres me miraron y dijeron: ¿Cómo es

posible, si ella estaba contigo de día y de noche? Estaba conmigo de día y de noche, pero vivía en otro mundo, les dije. ¿En qué mundo?, me preguntaron. No lo sé, porque aún no he estado allí, les dije.

Cae la noche, las caras se diluyen en la oscuridad y el aire deja de susurrarme al oído. La veo de pie, en la noche. Abro sus dedos de piedra que atenazan el papel arrugado, lo aliso al claro de luna y leo la carta escrita en una superficie blanca y pura.

LA ESPOSA LEGAL NO IRÁ AL PARAÍSO

En mis oídos resuenan las aclamaciones de la multitud. Sobre mi cabeza está el trono celestial y, a mis pies, el trono terrenal. Mis hombres me rodean. Se mantienen alerta y me protegen de mis enemigos, que son numerosos y esperan la ocasión de sentarse en mi trono. Mis amigos son pocos y piensan que ya les llegará el turno cuando yo muera. A mi derecha está mi Jefe de Seguridad, más interesado que nadie en mi caída. A mi izquierda está mi Gran Escritor, con el ojo derecho fijo en el jefe del Hizb Al Shaitan y el izquierdo, en mi Esposa Legal, que se encuentra en la tribuna reservada al harén, rodeada de esposas modelo y madres de mártires. Oye las aclamaciones, mezcladas con el ruido de los cohetes que suben al cielo para celebrar la Gran Fiesta y el seco sonido de unos disparos. Ve caer mi cara, que se separa de mi cuerpo pero sigue en el mismo sitio, con el ojo derecho puesto en el trono y el izquierdo, en mi amigo de toda la vida.

Desde que era niño lo he envidiado y odiado. En los exámenes, siempre conseguía mejores notas que yo. Además, a pesar de que todas las muchachas lo admiraban, él no encontró a nadie mejor a quien perseguir que la muchacha de mis sueños. Le enviaba cartas de amor y poesías, mientras que yo apenas sabía escribir mi nombre. Le otorgué el título de Gran Escritor, le concedí una página entera para que publicara sus artículos, con una foto con recuadro desde la que sonrío a las muchachas y, a pesar de todo, constantemente se extralimita. Desde que era niño no se han apagado los deseos de su corazón. Aquí está, a mi lado, atento a estas explosiones, observa cómo mi cabeza cae al suelo desde las alturas, ve desatarse el caos, como si fuera el fin del mundo y, sin embargo, permanece impassible, como una esfinge esculpida en piedra. De pronto,

las caras de amigos y enemigos conocidos desaparecen como engullidas por el vacío y son sustituidas por las de hombres a los que no he visto nunca. Se aproximan a donde estoy caído, con la cara hundida en el suelo. Uno de ellos me vuelve la cabeza y me mira a la cara. Entonces le oigo decir: Ésta no es la cara que conocemos. Y oigo que los otros preguntan: ¿De quién es pues? A lo que él responde: Sólo Dios lo sabe.

Debe de ser que mi cara tenía un aspecto más imponente y más digno que la del Imán, la cara de un hombre mucho más grande que los hombres ordinarios. Su piel era blanca como el mármol, casi sin sangre, y los huesos, duros como la roca, rígidos, inmóviles. Los hombres reunidos en torno a mí sintieron un escalofrío y se arrodillaron como en oración. Uno de ellos se acercó. Al ver que mi cara se oscurecía y tomaba el color de la tierra en la que yacía, el hombre dio media vuelta y se alejó corriendo tan de prisa como podía y gritando: Es el diablo, y los otros le siguieron. Todos gritaban al unísono: Es el diablo, y en su carrera uno me pisó la mano y otro pisó mi medalla, que estaba en el suelo, al lado de mi pie derecho. Yo hundí la cara en la tierra, para que nadie me viera y de pronto sentí que una mano me tocaba la cabeza delicadamente. Miré con cautela con los párpados entornados y empecé a ver caras que ya había visto antes. Pero cuando levantaron mi rostro del suelo y me miraron a la cara, ninguno parecía reconocerme. En aquel momento, oí una voz cuyo suave acento me resultó familiar. Se parecía a la voz de mi Esposa Legal o a la del Jefe de Seguridad, y decía: No es él. Entonces, otra voz, que podía ser la de mi Gran Escritor o la del Jefe de la Oposición Oficial, exclamó: Dios lo ha salvado, Dios lo protege. Inmediatamente, de todas partes se elevaron voces que me aclamaban. Viva el Imán. Los cañones de la victoria dispararon salvas y los tambores redoblaron con fuerza.

Ví a mi Esposa Legal bajar de la tribuna andando con paso lento y sereno y con la regia calma de un león. Pero, tan pronto desapareció de mi vista, empezó a correr hacia el dormitorio, con sus puntiagudos tacones. Las cortinas de las ventanas estaban corridas y mi cuerpo yacía en la cama, rodeado por mis hijos e hijas, legítimos e ilegítimos. El Ministro de Sanidad me rociaba el cuerpo con desinfectante, para impedir que se descompusiera. En la habitación contigua, mis hombres de confianza del

Hizb Allah se repartían cuanto había dejado. Cuando mi Esposa Legal entró en la habitación, sus ojos se posaron de inmediato en la cara de mi hija ilegítima, que estaba a mi lado. A su derecha se encontraba su madre, Gawaher y, a su izquierda, mi primera esposa. Antes de que ella llegara, la atmósfera era tranquila y agradable. Yo estaba en la cama, sosteniendo la suave mano de mi hija ilegítima y besándola de vez en cuando. Pero mi Esposa Legal saltó sobre nosotros como un tigre y de pronto todos los rostros reunidos alrededor de mí desaparecieron y me quedé a solas con la cara de mi Esposa Legal. Me quitó de los dedos todos los anillos de matrimonio y de autoridad, me vació de monedas los bolsillos, me despojó de mi traje oficial y me enterró en una fosa cavada en los jardines de palacio.

Pero el pueblo seguía gritando mi nombre sin cesar mientras yo yacía en la fosa y mientras permanecía de pie en el estrado, pronunciando mi discurso con motivo de la Gran Fiesta. Nadie más que mi Esposa Legal y mi Jefe de Seguridad descubrieron que yo estaba en dos sitios a la vez. Los cohetes con los que se celebraba la Fiesta seguían subiendo al cielo y las aclamaciones seguían resonando.

A nadie se le ocurrió pensar que yo no fuera el Imán. Yo mismo no podía creer que fuera el Imán y Jefe de aquellas gentes. Cerré los ojos y me abandoné a la grata sensación de ser el Jefe sin ser el Jefe. De este modo, podía moverme libremente, sin necesidad de llevar chaleco antibalas ni temer que me asesinaran; porque sabía que ya había sido asesinado antes, y era mejor ser un Imán muerto que no ser Imán en absoluto. Ahora mi nombre sería el Imán Mártir, y este nuevo nombre me daría una nueva grandeza. Estaba por encima de la muerte y podía sentarme en mi trono sin temer a mis enemigos ni a mis amigos. Por ser mártir, había desarrollado la facultad de elevarme en el aire, de volar del primer mundo al segundo y hasta al tercero. Ya no temía a las Grandes Potencias ni a las Pequeñas, y podía sentarme frente a los gobernantes más grandes, con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda.^[12] Por la mañana, tomaba el café en las Tierras del Norte y a mediodía almorzaba en las Tierras del Sur. Luego, al terminar el día, podía pasar una noche tranquila bajo tierra, en la Casa de la Alegría, con Gawaher. A mi lado se

sentaba mi amigo de toda la vida, y brindábamos una y otra vez por el amor y la amistad. Yo le había otorgado un título y le había concedido una página entera en la que escribir, con su foto en la cabecera, en un recuadro. Todos los jueves pasábamos la noche entera hablando de recuerdos de juventud.

¿Te acuerdas de la muchacha a la que nos follamos juntos?

Yo le di una palmada en el muslo con una fuerte carcajada. Él a su vez, me dio una palmada en el muslo y su risa no fue menos fuerte que la mía. Pero al cabo de un momento me miró con aire vacilante, y su risa cesó como si, de repente, se hubiera dado cuenta de que se había atrevido a golpear el muslo del Imán. Su mano quedó suspendida en el aire, pero yo le di una segunda palmada y volví a reír con la misma fuerza, mientras lo recordaba sentado a mi lado en la escuela, con su caro pantalón de lana, golpeándome en las posaderas, allí donde yo tenía la mano, para tapar el agujero de mi pantalón. Así que reí con gran hilaridad por tercera vez y le di otra palmada en el muslo, que sentí dentro del pantalón, fino y tenso como el de un tigre. Entonces dije: ¿Te acuerdas del nombre de la muchacha? Él se rió con estrépito y, en medio de sus carcajadas, le oí decir: Desde luego, se llamaba Gawaher. Tenía el cuerpo blanco como la nieve y su piel era tan fina que se le transparentaba la carne. Sus ojos eran grandes y negros como los de las doncellas que nos aguardan en el paraíso. Al oír estas palabras, mi mente saltó fuera de este mundo hacia el más allá, y vi el paraíso como una gran extensión verde. Yo estaba tendido en la suave hierba, cerca del río, y en sus aguas flotaban muchachas desnudas, y sus cuerpos relucían al sol. Mis ojos recorrían lentamente sus hermosos rostros, hasta que estuve seguro de que mi Esposa Legal no estaba entre ellas. Mi voz resonaba una y otra vez en grandes carcajadas, y esta vez la palmada que le di en el muslo sonó con fuerza. ¿Cuántas doncellas puede tener cada creyente?, pregunté. Setenta o setenta y siete, no recuerdo con exactitud, dijo él. Sólo Dios sabe el número exacto. Pero ¿cuántas puede tener el Jefe de los Creyentes, el Uno y Único Imán?, pregunté.

El Gran Escritor rió aún con más fuerza que antes, dio rienda suelta a la imaginación y dijo un número al azar. Pero el Imán poseía una imaginación todavía más fértil que la del Gran Escritor, y su mente se

disparó. ¿Y nuestras esposas legales? Su amigo de toda la vida reflexionó largamente antes de decir: Nuestras esposas legales nunca irán al paraíso. Pero ¿y si una consiguiera entrar?, insistió el Imán. ¿Qué pasaría entonces? Dios la sustituirá por una doncella, declaró el Gran Escritor. En el paraíso, no hay lugar para las esposas legales. Porque, de no ser así, ¿qué diferencia habría entre la vida en la tierra y la vida en el paraíso?

TRAICIÓN ESTABLECIDA POR LEY

Cuando me enteré de que mi hermana había muerto en la guerra, recordé que no había visto la cara de mi madre desde la noche en que nació. En el hospicio teníamos una anciana abuela a la que llamábamos Siti Al Haja. [13] Al anochecer, nos reuníamos alrededor de ella y escuchábamos sus cuentos, que hablaban de genios y sirenas con cuerpo de mujer y cola de pez que se acercaban de noche a las costas. Cuando una sirena se apoderaba de un hombre, utilizaba la brujería para convertirlo en otra criatura, en anguila, carnero, cordero o cualquier otro animal de orden inferior. Si había sido convertido en cordero, iba por el mundo balando bajito y buscando a otra mujer contra cuya pierna frotarse. Si esta mujer conocía los secretos de la brujería, podía deshacer el sortilegio y devolverlo a su estado original de hombre. Pero, una vez él volvía a ser hombre, empezaba a alardear de su hombría por todas partes, olvidando a la que lo había creado, impulsado por el afán de encontrar a otra mujer, la cual, a su vez, lo reducía, de la condición de ser humano, a la de mono o gato rabón.

Entonces él se ponía a buscar a otra hechicera, se frotaba contra sus piernas, y vuelta a empezar, y así se sucedían, noche tras noche, los cuentos que contaba la abuela a los niños congregados alrededor de ella en el dormitorio. Al igual que en *Las mil y una noches*, el final de cada cuento enlazaba con el principio del siguiente, del mismo modo en que la noche enlaza con el día. Su voz no cesaba de sonar en nuestros oídos ni su cuento acababa sin fundirse con otro. Al igual que Sherezade, la abuela parecía temer al silencio, ni que fuera momentáneo, porque, al hacer una pausa, podía dejar de latirle el corazón, ya que Sherezade sabía que su vida

acabaría en el momento en que dejara de hablar. ¿Quién era Sherezade, Siti Al Haja?, preguntábamos, y ella proseguía el relato. El marido dejó a la esposa para ir a casa de otra mujer y cuando, por la noche, regresó a su casa, encontró a su esposa en los brazos de su esclavo negro. Mató a la esposa y juró que, para vengarse, cada noche mataría a una virgen en su cama. El marido era un hombre de piel blanca y noble linaje que ocupaba el trono desde edad temprana. Todas las noches, se ceñía la espada e imploraba a Dios que tuviera piedad de él, porque, ¿cómo podía una mujer preferir a un esclavo negro antes que al mismísimo rey Sharayar? Podía oír una voz que parecía surgir de dentro de él, una voz que se parecía a la de su padre, que decía: Porque las mujeres nacen traidoras, lo mismo que Eva, su madre.

En este momento, la interrumpí para decirle: Pero el rey traicionaba a su esposa con una esclava negra. Ella me miró de soslayo y dijo: Qué tiene que ver, niña, la traición de los hombres es tolerable según la ley divina, como ha dicho el mismo Dios, mientras que la traición de las mujeres está inspirada por Satán.

Cuando era niña, me intrigaba que la piel de los reyes fuera siempre blanca y la de los esclavos, siempre negra. Yo tenía la piel oscura, y me preguntaba si era de casta de esclavos. Pregunté a Siti Al Haja y ella escupió en la abertura de su túnica negra para ahuyentar al diablo y dijo: Oh, Dios, a Ti acudo en busca de protección de Satán, el maldito enemigo. Líbranos de todo mal y no permitas que nos asalten las dudas. Tú, niña, eres de casta de señores, no de esclavos.

Desde que abrí los ojos a la vida en el hospicio me han llamado Bint Allah. Y desde que murió Siti Al Haja, cuando veo mi piel oscura en el espejo, me siento intrigada. En sueños, mi padre siempre se me aparecía con la piel tan blanca como la del rey Sharayar. ¿De quién he sacado yo esta piel oscura? ¿Traicionó mi madre a mi padre con un esclavo negro? ¿O soy acaso la hija de Satán y no la hija de Dios, como dice mi nombre? Me veo tratando de escapar en la oscuridad, corriendo tan de prisa como puedo, con mi perro Marzouk detrás de mí. Unos hombres tocados con gorra militar me pisan los talones y detrás de ellos viene una jauría cuyo aliento jadeante se esparce por el aire como una bruma. Subo corriendo la

montaña que hay entre el río y el mar. Casi había escapado de ellos, ya casi estaba fuera de su alcance, cuando me paré un momento, dominada por el anhelo de llenarme los pulmones del aire de los anchos espacios. Desde que era niña no me abandona esta ansia de respirar el aire puro de este lugar. En él estaba el olor cálido de la carne de mi madre antes de morir. En este suelo estaba la huella que dejó el pie de mi padre al huir de su lado. Sí, hubiera podido escapar de mis perseguidores, de no haber recordado todas estas cosas al pisar aquel suelo. Y, en el instante en que me paré para inhalar los olores de mi vida, la bala me entró por la espalda. Siempre me alcanzan por la espalda, nunca se me acercan cara a cara. Pero, antes de que las letras del alfabeto se borrarán de mi mente, antes de que muriera por completo mi memoria, aún tuve tiempo de oírles decir: Todo esto es fruto del pecado. El que la mate será recompensado generosamente, tanto en este mundo como después, en el paraíso.

TODO SUCEDIÓ DE SÚBITO

Mi cabeza estaba levantada hacia el cielo. Tenía puesta la cara del Imán. Sobre mi pecho colgaba una hilera de medallas y mis dedos pasaban las cuentas del rosario que me había sido enviado directamente desde la Kaaba.^[14] Las luces del primer y segundo mundos lanzaban destellos por doquier, como espejos que me rodearan. Y las aclamaciones de las gentes del tercer y cuarto mundos retumbaban como el trueno en mis oídos. Larga vida al Imán, Defensor de la Shariah. Los espejos multiplicaban mi cara por ciento menos uno, noventa y nueve caras, una por cada uno de los sagrados nombres de Dios. Cada vez que movía la cabeza hacia uno u otro lado, veía mi rostro convertirse de pronto en muchas caras. Yo estaba muy alto bajo las luces, sentado en el trono, rodeado de mis partidarios del Hizb Allah y de la oposición oficial, el Hizb Al Shaitan, y alrededor de nosotros estaban los representantes oficiales de las Grandes y las Pequeñas Potencias, y las banderas de la libertad y la democracia ondeando al viento. Mi voz se difundió por mil micrófonos cuando pronuncié mi discurso celebrando nuestra gran victoria mientras en el aire estallaban los cohetes de colores de la Gran Fiesta. Yo estaba ebrio de júbilo, no de vino, y me tambaleaba de un lado al otro, y de pronto mi cara resbaló y cayó al suelo entre mis pies, casi rodando debajo de mi trono, y entonces empezaron a correr piernas hacia uno y otro lado, y pies pisaban mi pie, y mi trono estaba en el suelo, patas arriba, y yo miraba hacia un lado y otro, preguntándome qué habría ocurrido tan repentinamente.

El Jefe de la Oposición Oficial estaba cerca del Imán, separado de él sólo por el Jefe de Seguridad, cuando oyó una voz que preguntaba si había llegado el Día del Juicio. Descubrió que era la voz del Imán, y que el Imán

estaba tendido debajo de su trono, a poca distancia de donde se encontraba él. De pronto, el Jefe de la Oposición Oficial empezó a demostrar una inteligencia mayor de lo habitual y estableció la relación existente entre las plazas disponibles en el Arca de Noé, el descubrimiento de la energía nuclear y el Día del Juicio. De repente, el Gran Escritor puso la cabeza entre los pies y cerró los ojos en eterno reposo, pero despertó un momento, atisbo cautelosamente entre los párpados y dijo que pensar en el Día del Juicio con un criterio mundano no estaba permitido por la Shariah, y que no era posible sacar conclusiones al respecto, salvo a través de la palabra de Dios revelada por el Corán, y agregó que quien lea el Corán cuidadosamente descubrirá que el Día del Juicio es un acontecimiento que no afecta sólo a la esfera terrestre y a los pueblos que la habitan sino a todo el Universo, porque Dios Todopoderoso ha dicho: Y sus trompetas sonarán ante el muro, y todos los que estén en los cielos y en la tierra serán en verdad fulminados por el rayo, salvo aquellos a quienes Él desee salvar. Éstas son las palabras de Dios y no admiten oposición ni siquiera discusión, ni de la Oposición Oficial ni de la Oposición Ilegal y los movimientos clandestinos. Porque el Dios del Juicio abarcará todo el Universo, incluidos los cielos y la tierra, y por la voluntad de Dios la única excepción será su heredero y representante en la tierra, el Imán, Uno y Único. Esto, por lo que respecta a nuestra vida en este mundo. Pero las palabras de Alá también indican que los habitantes de los planetas y las estrellas, del Sol, la Luna y otros cuerpos celestes correrán la misma suerte que los moradores de la Tierra, y todos tendrán una muerte súbita. Las palabras de Dios dicen bien claro que el Día del Juicio descenderá sobre nosotros sin previo aviso, porque el mismo Dios Todopoderoso ha dicho: ¿Creían que Alá les enviaría una nube que los cegara y haría que conocieran el sufrimiento de sus manos, y que el Día del Juicio les llegara súbitamente? Dios no tiene necesidad de cosas tales como las radiaciones nucleares para provocar la Hora del Juicio en su momento, ni carece de los medios para destruir todo el Universo de golpe.

Los ojos del Imán brillaban de admiración ante la elocuencia demostrada por su Gran Escritor, la extraordinaria amplitud de su cultura religiosa y su profundo conocimiento de la Shariah. Los ojos del Jefe de la

Oposición Oficial reflejaban la misma admiración que pronto se trocó en una torva mirada de envidia, muy semejante al odio. Se lanzó a hacer un largo discurso, más largo que el pronunciado por el Gran Escritor, en un intento por demostrar que la relación entre el Día del Juicio y la radiactividad nuclear no estaba descartada, a pesar de que ello no se mencionaba en el Corán. El Jefe de Seguridad se levantó del suelo y empezó a sacudirse de la chaqueta las partículas de polvo. Éstas flotaban en el aire, brillando como si estuvieran cargadas de radiación. Al verlo, se echó a correr tan de prisa como pudo, dejando tendidos en el suelo a los jefes del Hizb Allah y el Hizb Al Shaitan. Éstos estaban inertes, abandonando su suerte a la voluntad de Dios. Entretanto, el Gran Escritor seguía lo que decía el Jefe de la Oposición con la boca abierta de admiración por la valentía de ese hombre, que se atrevía a hablar de una posible relación entre la radiactividad nuclear y el advenimiento del Día del Juicio, que no mencionaba el Corán. Al cabo de un momento, se vio cómo el Gran Escritor y el Jefe de la Oposición Oficial intercambiaban una sonrisa que se extendía de oreja a oreja en sus rostros postrados sobre el suelo, entre sus pies.

El Imán estaba en silencio, sin decir palabra. Al advertir su mutismo, ellos cerraron la boca firmemente y no dijeron más, porque la palabra del Imán era siempre terminante y no admitía duda ni réplica alguna. Al ver que el Imán seguía sin decir nada, como si hubiera decidido guardar silencio eternamente, el Jefe de la Oposición se aventuró a hacer una pregunta. Casi sorprendiéndose a sí mismo, se le oyó preguntar si el Imán existía o no. Durante un momento, cruzó por su cabeza la idea de que semejante pregunta podía considerarse herejía, porque era casi como preguntar si existía Dios. Pero en seguida comprendió que no había absolutamente ninguna herejía en lo dicho sino que, por el contrario, era prueba de su profunda devoción y su infinita lealtad hacia el Imán, ya que él sólo trataba de fortalecer la fe que viene del corazón, con la razón de la mente. En realidad, llegaría el día en que su pregunta sería citada como un hecho histórico, a pesar de que ello es algo que todos los niños del mundo han preguntado alguna vez, sin que se les considere héroes de los movimientos de oposición popular. No obstante, el Gran Escritor le lanzó

una mirada de envidia desde el suelo, debajo del asiento, donde estaba su cara y se fue en busca de su cuarta esposa, sonriendo de oreja a oreja. Aquella noche, mientras se encontraba cómodamente en la cama, pensó que formularía un triple juramento de divorcio si se demostraba que alguien más que él se había atrevido a atisbar entre los párpados a fin de ver con sus propios ojos los acontecimientos de aquel momento histórico. Porque ni uno solo de los miembros del Hizb Allah o el Hizb Al Shaitan había tenido el valor de hacer lo que había hecho él. Todos habían mantenido los párpados bien apretados, como si se hubieran muerto de repente, todos excepto el Jefe de Seguridad, que había desaparecido repentinamente sin dejar rastro.

ÉXTASIS DE AMOR

Perdí a mi hermana, Nemat Allah, cuando estaba todavía en la escuela de enfermeras. Sacrificó su vida por amor. Mi hermano, Fadl Allah, fue a la guerra y perdió la vida defendiendo su país. Yo no quiero ser una víctima ni quiero pasar por la vida con una venda en los ojos. Despierto durante la noche y aprendo de memoria lo que tengo que aprender, para repetirlo al día siguiente en el examen. Llegó el día de la graduación y distribución de los Certificados de Obediencia y Servicio. Las que aprueban el examen reciben el título de Servidora Perfecta. Llevan uniforme blanco de gala y una cinta en el pelo. Avanzan en fila, una tras otra, y cuando llegan al estrado hacen una respetuosa reverencia. Sentadas en el estrado están las mujeres importantes. En el centro, en un sillón de alto respaldo, la esposa del Imán. A la derecha está la presidenta de todas las sociedades benéficas, con su cara de goma, y a la izquierda, la Enfermera en Jefe, con la Medalla del Deber y la Caridad prendida en el pecho. Detrás hay filas de mujeres de rango inferior, viudas de mártires, madres modelo y voluntarias de la caridad. Todas se parecen y es imposible distinguir a unas de otras. Están quietas, serias, las manos juntas sobre el pecho, como si escondieran algo. Si la esposa del Imán se levanta, todas se ponen en pie de inmediato, como una sola mujer, sin apartar las manos del pecho. Me acerco al estrado con paso lento y fúnebre. La nueva esposa del Imán parece más baja cuando está de pie. Su cabeza, cubierta por un velo de seda importada, apenas asoma por encima del atril. Le sujeta el velo una diadema de brillantes que refulgen a la luz. Cuando bajo la mirada, veo en su cuello un collar y, más abajo, sobre su pecho izquierdo, un broche. Lleva muchas pulseras en los brazos y muchos anillos en los dedos, de modo que, a cada movimiento suyo, el universo parece centellear con el fulgor de un millar de estrellas.

Yo había presenciado una escena parecida en otra ocasión, cuando terminé mis estudios en el orfanato. En el lugar que ahora ocupa la esposa del Imán había entonces un hombre. Apenas puedo recordarlo. Tenía la cabeza calva, pero su pecho estaba cubierto de pelo. Entonces la esposa era más alta y su cabello, que llevaba muy corto, estaba descubierto, a la vista de todos. Todas las mujeres de las asociaciones benéficas se parecían. Tenían el cuerpo rechoncho y la cabeza pequeña, el pelo, muy tirante, recogido por infinidad de horquillas, los pies pequeños y rollizos y las piernas, tan cortas que cuando estaban sentadas no les llegaban los pies al suelo, sino que les bailaban ligeramente en el aire. Al andar, sus tacones altos y puntiagudos hacían un ruido metálico.

Cuando me llegó el turno de recibir el diploma, me acerqué al estrado. Una fina mano se extendió hacia mí brillando como una galaxia. Los cuerpos macizos de las otras mujeres se erguían a uno y otro lado, balanceándose sobre sus tacones altos y puntiagudos con sus manos blancas y carnosas juntas sobre el pecho. A cada diploma o premio que se entregaba, las manos se apartaban lentamente del pecho para juntarse en el aire, y se oían unos aplausos que parecían el estertor agónico de una criatura mastodóntica. Cuando cogí el diploma, sentí una sacudida eléctrica que partía de las yemas de sus dedos, me subía por el brazo y me recorría el cuerpo. El corazón me latía con fuerza, y me incliné hacia adelante con gran entusiasmo, agitando la bandera sobre mi cabeza y gritando a pleno pulmón; Alá es grande. Viva mi país y su jefe, el Imán. Mi hermana sacrificó su vida por un hombre, pero yo viviré para el pueblo de mi país.

Independencia para nuestro país o muerte en la lucha por nuestra tierra.

Durante el día, yo iba de herido en herido, llevando un recipiente para la orina y otro para las heces. Por la noche, me mantenía despierta, atenta al menor gemido. Veía su rostro a la tenue luz, cuando se volvía hacia mí. Era delgado, pálido y estaba demacrado. Tenía una herida profunda en el pecho y un tierno anhelo en la mirada. En la oscuridad de la noche, voy hacia él y le digo: Fadl Allah estaba en el frente, ¿lo has visto? ¿Vive todavía? ¿Quién es Fadl Allah?, me preguntó. ¿Tu marido? Es mi hermano

de leche, estaba conmigo en el hospicio, respondí. Y entonces callé. ¿Por qué callas?, me preguntó. ¿Qué puedo decir? Háblame de ti, dijo él. Pero ¿qué quieres que te diga? Dímelo todo.

Pero yo no sabía qué decir. Mi vida parecía estar llena de secretos y, no obstante, cuando empecé a hablar, me daba la impresión de que estaba vacía, como si en ella no hubiera nada digno de mención. Él me rodeó con sus brazos, como una madre, y me susurró: Duérmete, y cuando me dormí todos mis temores se desvanecieron. Empecé a hablar de mí y, a cada cosa que contaba, sentía la lengua más libre y el corazón más ligero. Mi cuerpo parecía volar como si no tuviera peso. Mientras subía la montaña, de mis labios escapó un jadeo. Siempre había soñado con subir hasta la cumbre. Durante veinte largos años, desde que nací, siempre veía la montaña entre el río y el mar, donde mi madre me esperaba. Nunca podría olvidar el olor del aire ni la humedad de la tierra bajo mis plantas, ni el árbol, la peña y la ladera que se alzaba ante mí. Era mi tierra, mi país. Sus olores eran el olor de mi vida, fuertes y penetrantes. Abrí los brazos y me llené los pulmones de aire, como si fuera el primer aliento de vida que se toma en el momento de nacer o el último suspiro de la agonía. Y, por primera vez desde que nací, lo aspiré todo en una profunda inhalación, el olor del mar, a sal, yodo, algas, moluscos y pescado fresco. Me abandoné al aire del mar, dejé que penetrara en mí, que me saturara, que me impregnara de su dulzura.

Sus olas blancas se alzaron en la noche hasta el cielo, envolviéndome como los brazos de Dios. Y él estaba a mi lado y me abrazaba diciendo:

¿Te gusta el pescado asado a la brasa?

Me encanta.

¿Prefieres la cabeza o la cola?

Me gustan las dos.

La risa de él sonó llenando el universo, como la risa de los niños, una risa ansiosa como una concha marina que se abre al deseo. Ella sintió que el aire del mar la llenaba de ganas de vivir, de un hambre voraz, de todo. De pronto, sus sentidos despertaron como olas impetuosas y magníficas. Las estrellas brillaban sobre el mar como luminosas perlas. El murmullo de las hojas, el rumor de las olas, el susurro del viento se unieron en una llamada única y penetrante. Sus ojos negros se abrieron abandonándose al

éxtasis del amor, del momento en el que todo se olvida. Después, ella cierra los ojos y se duerme apoyada en el pecho de él, como una niña acunada dulcemente, y la voz de él, lejana, le dice: Te quiero.

CUANDO EL AMOR ERA CIEGO

Yo vivía en el éxtasis del amor, con los ojos cerrados, incapaz de verlo. Sentía que el corazón me crecía dentro del pecho y se hacía tan grande como el disco del sol. Mi cuerpo era como un molusco que se abría con deseo, el aire del mar jugaba con mis sentidos y la voz de él llegaba a mis oídos como un suave susurro. Venía de lejos, como la dulce voz de una madre. Las estrellas eran como brillantes en la noche. Pero yo seguía marchando en fila con las otras enfermeras, con mi título de Perfecta Servidora en la mano. Cuando se celebró la victoria, aún grité a coro con ellos: Gloria a Dios, a nuestro país y a nuestro Imán, Uno y Único. Arrastrada por el amor y por un fervoroso entusiasmo, olvidé que mi hermana había sido sacrificada en el altar del amor y que mi hermano se había ido al frente para no volver. Me decía: El amor es vida, no muerte, y defender a mi país forma parte de este amor.

En el frente, yo avanzaba en vanguardia, con el fusil al hombro, apuntaba cuidadosamente al enemigo, dispuesta a morir en cualquier momento. Pero por la noche mis compañeros y yo corríamos tan de prisa como podíamos y, una vez empezábamos a correr, no parábamos. Yo corría y corría, y saltaba a una trinchera para esconderme. Luego volvía a correr, hasta llegar a otra trinchera. Después salía de las profundidades de la tierra y seguía corriendo y corriendo. En la oscuridad descubrí el rostro del enemigo, y esta vez sabía de cierto que era el del enemigo. No había duda. Me apoyé el fusil en el hombro, le apunté cuidadosamente entre los ojos y apreté el gatillo. Su cara se desprendió de su cuerpo y cayó al suelo, y después les oí perseguirme, porque sus botas hacían un ruido metálico. Creí que eran el enemigo y seguí corriendo. Pero en el lugar en que el terreno se ondula entre el río y el mar me paré. Era aquél un lugar en el

que me parecía que podía estar segura. Conocía el terreno, conocía el olor de los árboles y conocía el agua que fluía por la ladera. Caminaba despacio, aspirando profundas bocanadas de aire, y entonces oí sus pasos sobre el suelo. Me dije: Son mis amigos, son los soldados de mi país, conducidos por el Jefe de Seguridad, que me trae la medalla al mérito que me ha concedido el Imán por mi valor. Cuando me hirieron en la espalda, me volví a mirarlos con sorpresa.

¿Por qué disparáis vuestras balas contra mí? ¿No he matado al enemigo de nuestro país?

Has matado al amigo de nuestro país, dijeron.

Pero ayer aún era enemigo, dije.

Eso fue ayer. Hoy no es lo mismo.

JUNTOS EN LA TRINCHERA

Ella tiene los ojos grandes y negros, tan grandes y tan negros que en ellos cabe todo el asombro del mundo. Miran al derredor en la noche y ven en el cielo infinito una estrella que desciende a la velocidad de la luz con sonido de trueno. Cae sobre la superficie de la tierra y explota en una enorme bola de fuego que se abre ante sus ojos en un mar de llamas. Ahora no puede distinguir el día de la noche, porque el fuego se ha apagado y sólo hay nubes de negro humo que ponen en su nariz un acre olor a polvo. Siente en la palma de la mano derecha el contacto del fusil y con la izquierda aprieta los dedos de él. Le oye decir quedamente: Le has disparado y ha caído al suelo. Mira.

Ella asomó la cabeza por el borde de la trinchera y miró en derredor, pero no pudo ver nada. Las nubes de humo eran tan densas como la noche y no se veía ni una luz. Ella no podía verle la cara. No veo nada, dijo, y él respondió: Yo tampoco. Ella se quedó mirando a la oscuridad hasta que lo vio a su lado, en la trinchera. Él todavía tenía el dedo en el gatillo del arma que apuntaba al cielo. Y él dijo: Ha caído uno, pero quedan otros. Ella le vio extender el brazo en la oscuridad con un papel doblado en la mano. Si muero, da esto a mi madre.

¿Quién es tu madre?, susurró ella. Y él dijo: Mi madre vive cerca del hospicio, en la Casa de la Alegría. Entonces ella comprendió que el que le hablaba era Fadl Allah, que aún vivía, que aún caminaba por la tierra, la espalda tan recta como una lanza y la cabeza orgullosamente levantada hacia el cielo. Su piel era morena como el barro del río, sus facciones, pálidas y finas, y sus ojos miraban a los ojos sin pestañear, sin desviarse ni buscar el suelo. Brillaban de asombro como los de un niño que ve el mundo por vez primera y, no obstante, tenía la firmeza del hombre al que

no se puede pillar desprevenido. Y ella dijo: Soy Bint Allah. ¿Puedes verme en la oscuridad? Y entonces él comprendió que siempre había sabido que era ella: su cara, sus ojos, su forma de andar, la fragancia de su pelo. Y él dijo: ¿Y Nemat Allah? Nemat Allah murió de amor. ¿Y tú? Para mí el amor es vida. No quiero morir. Ella lo abrazó fuertemente. ¿Qué has escrito en tu carta? He escrito que no te entristezcas por mí, madre. No te he visto desde que nací, no he ido a verte a la Casa de la Alegría. Pero no estés triste, madre. Morir por mi país significa que he vivido por ti. Perdóname, pues, por esta ausencia que durará siempre.

Ella cerró los ojos y dijo: Te veo como si te hubieras ido ayer. Te veo tal como eres, como siempre has sido. Nunca has estado ausente, siempre has estado conmigo. Él cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho, como hacía cuando niño, y entonces despertó bruscamente, abrió los ojos, la miró y la vio tal como era ahora, una mujer. Todavía estaban en la trinchera, y el tiempo se había detenido. Él la rodeó con los brazos, y la trinchera se hizo muy estrecha para los dos, estrecha para aquellos brazos que se abrían para envolverla, estrecha para el vasto universo, tan vasto como el disco del sol abrasador, allá en los cielos. Y también ella lo rodeó con los brazos y la trinchera se hizo muy estrecha para ella, para que pudiera abarcar el universo en su abrazo. Y cuando la luz los iluminó en la trinchera abrazados, no se separaron sino que siguieron estrechándose, mientras, poco a poco, sus cuerpos se fundían en uno y el mundo se paraba para contemplar una escena de amor, para ver a dos seres que se hacían uno y que no volverían a separarse, que nunca temerían la luz, que nunca temerían la muerte, porque cada uno de ellos sabía lo que era morir. Ahora él y ella habían desaparecido, perdidos el uno en el otro, disueltos. Ahora ninguna fuerza del mundo podía separarlos, ni el estrépito de los cañones y los cohetes que estallaban alrededor ni los insultos que gritaba el enemigo, ni los susurros de sus amigos, ni las órdenes del Imán, ni del demonio, ni del mismo Jefe de Seguridad.

Abrí los ojos y me encontré de pie en la trinchera, sola y con la carta doblada en la mano. ¿Dónde estaba Fadl Allah? ¿Adónde había ido? ¿Había muerto en la guerra? ¿Había muerto en la cárcel? Oía cada vez más cerca la jadeante respiración y los pasos de los que me perseguían,

golpeando el suelo con los hierros de sus zapatos. Eché a correr en la oscuridad de la noche, tratando de salvar la vida. Ellos venían tras de mí, sus perros aullaban y ladraban y yo seguía corriendo sin saber por qué corría sin parar. Había llegado al lugar en el que empieza la montaña. Faltaba poco para el amanecer, y yo estaba a punto de escapar, cuando uno de ellos apuntó y me hirió en la espalda. Mi cuerpo siguió corriendo varios pasos y cayó al suelo, pero antes de que las letras del alfabeto se borrarán de mi mente, dije: Él era mi hermano, estaba conmigo en el orfanato. Tus pecados son incontables y te serán tenidos en cuenta en este mundo y en el venidero, les oí decir. Tú eres hija del pecado y él, también, y su nombre no está escrito ni en las listas del Hizb Allah ni en las del Hizb Al Shaitan.

Yo corría, y la noche era tan negra como siempre. Les oía golpear el suelo con sus pies de hierro mientras me perseguían. Me toqué el vientre, lo palpé en la noche mientras corría. Era redondo, suave y amoroso, cálido bajo la palma de mi mano. Oí que él me gritaba desde lejos. Su voz sonó como la voz de mi madre. Ven, Bint Allah. Se acercó a mí hasta que nuestros cuerpos casi se tocaron. Lo rodeé con los brazos y nos estrechamos con fuerza. Un temblor, como de una fiebre extraña, me estremeció por dentro. Una voz susurró suavemente en la noche: No temas, yo soy Dios y tú traerás al mundo al Cristo. Estaba oscuro y yo aún corría apretando la carta con la mano. Cuando les oí jadear cerca de mí, me la escondí en el pecho y me dije: No dejaré que me toquen hasta que haya entregado la carta. Arriesgaré la vida para salvarla. Es más preciosa que mi bien supremo. Me arriesgaré a morir lapidada, del mismo modo en que la Virgen María arriesgó la vida para traer al mundo a su Hijo, y del mismo modo que mi madre, que murió para traerme al mundo. Cuando llegué al lugar en el que empieza la montaña, a medio camino entre el río y el mar, volví a percibir el olor de la tierra. De pronto, me sentí segura, y en el momento en que hubiera podido escapar, me paré para dar gracias a Dios por haberme salvado. Cuando me arrodillé para rezar me hirieron en la espalda. Siempre me hieren por la espalda y, cuando me vuelvo, desaparecen. Nunca me miran a la cara. Antes de caer al suelo, herida en la espalda, me dije: Mi vientre estaba lleno del fruto del amor cuando me

arrodillé en el suelo a rezar, pero oigo que el Jefe de Seguridad dice: No existe el amor, sólo, el fruto del pecado.

MIEDO COLECTIVO

La noche de la Gran Fiesta, mientras redoblaban los tambores y sonaban las flautas celebrando la victoria, llegaron a donde yacía el cuerpo de la mujer, en el camino que va de su casa al frente, donde empieza la montaña, entre el río y el mar. Estaba tendida de espaldas y sus ojos negros miraban fijamente al cielo. Su cara estaba quieta y el mundo estaba quieto, como si se hubiera parado a mirarla. Ni un cabello de su cabeza se movía a la brisa de la noche, ni el más leve temblor agitaba la fina pelusa de su labio y de su cuello. Al claro de luna, su piel, que era morena como el barro, estaba blanca como la de una doncella del paraíso o una sirena del mar. Nada cubría su cuerpo, ni túnica, ni blusa, ni enagua. Su desnudez era total, completa, tan reveladora que aun en la muerte parecía hablar de pecado. Porque, ¿qué mujer, viva o muerta, iría desnuda? Si se quitaba el velo, aún le quedaría la túnica, si se quitaba la túnica, le quedaría la blusa y, si se lo quitaba todo, aún le quedaría la enagua.

Pero allí estaba, en el suelo, desnuda como había venido al mundo, mirando al cielo, y su frente, al igual que su pecho, era pura, blanca y serena. Pero el pezón estaba negro, duro y enhiesto y entre las piernas tenía una herida profunda, un desgarró en la carne, que ella escondía con la mano. Por lo menos, esto dijeron. Y, si escondía la herida, quería decir que se la había hecho ella. En otras palabras, que se había matado. Y la vida que Dios nos da sólo Dios puede quitárnosla. Matarse es, pues, rebelarse contra la voluntad de Dios. Matarse es un crimen. Pero esto no era todo. ¿No la habían encontrado completamente desnuda? Por lo tanto, su crimen era doble, matarse y estar desnuda, porque la desnudez es un crimen, sin duda. Por lo tanto, había cometido dos crímenes, a los que ellos sumaron un tercero, el de ser huérfana de padre y madre. Y ahora que había muerto

no quedaba de ella nada más que un nombre compuesto de tres nombres que se guardaba dentro de una carpeta azul en el Departamento de Seguridad, con una línea en blanco donde debía figurar el nombre del padre, una línea en blanco para el abuelo y la línea en la que estaba escrito el tercer nombre, heredado de su madre. Al lado de cada nombre estaban anotados los tres crímenes que había cometido: matarse, ser huérfana y morir desnuda.

Era la noche de la Gran Fiesta. El año había dado la vuelta completa a la Tierra, haciendo que la Fiesta del Sacrificio coincidiera con el Día de la Gran Victoria y dando al pueblo un doble motivo de celebración. Todos se congregaron bajo las farolas de la calle y se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas, apretados unos contra otros. Sus caras eran cenicientas y delgadas, los huesos de la cabeza se transparentaban bajo la piel y su nariz era larga y afilada. Por los orificios de su rostro salían humo y palabras y por debajo de sus grandes bigotes entraba y salía el aire con sonido de tos. Luego, cerrando la boca, se tragaban el humo, la tos y las palabras, y guardaban silencio durante un rato. Cuando se cansaban del silencio, estornudaban una vez o dos, miraban al cielo con cautela, para asegurarse de que todo iba bien y empezaban a contar cuentos de reyes y dioses, diablos y genios. Y uno dijo: Compañeros, acordaos de los viejos tiempos en que adorábamos al Sol y al Dios de las Inundaciones. Y otro comentó: Sí, en verdad, Alá es testigo de que el Dios de las Inundaciones no nos dejaba en paz hasta que le sacrificábamos a una virgen. No le gustaban las mujeres casadas, ni las viudas, ni las mujeres cuyos maridos se habían divorciado de ellas. Y otro dijo: Qué dios tan astuto. Y un cuarto comentó: Todos los dioses eran así. En los pueblos, los soldados iban de casa en casa buscando vírgenes. Las muchachas se escondían en el cañón del hogar de barro, entre el forraje o en el establo de los búfalos. Pero el dios seguía enojado hasta que se le apaciguaba con la sangre de una virgen. Entonces alguien agregó: Ni el mismo rey Sharayar en su época de mayor poder era así. Un hombre que había guardado silencio hasta entonces dijo: ¿Por qué hablar sólo del rey Sharayar? Todos los reyes son así.

Y entonces todos se tragaron las palabras, el humo y la saliva con el aire y, lanzando miradas de cautela a la puerta del Departamento de

Seguridad, quedaron en profundo silencio, echados en el suelo, apoyando el cuerpo en los codos que, a medida que pasaban los días, iban abriendo un hoyo en la tierra. Una columna de hormigas se acercaba lentamente hacia el hoyo, mal guiadas por su reina, porque, por el color, los codos parecían formar parte de la tierra en la que se hincaban. Pero, al descubrir en el último momento que el codo podía moverse y aplastarlas, la reina modificó la dirección y rodeó la punta del codo que descansaba en el hoyo. Entonces la fila de hormigas describió un semicírculo perfecto, después del cual enderezó el rumbo en su lento avance.

Las oscuras pupilas de los hombres seguían atentamente las lentas columnas de hormigas que avanzaban como un ejército. Los hombres daban palmadas de asombro, como si contemplaran algo extraordinario y sorbían el aire ruidosamente, para expresar la estupefacción que se había apoderado de ellos. ¡Un ejército de hormigas, conducido por una reina, una hembra! Sin duda, ésta era la razón por la que Dios había condenado a las hormigas a arrastrarse sobre el vientre. Se besaban la palma y el dorso de la mano en señal de gratitud a Alá por no haberles hecho hormigas, a pesar de que ellos nunca habían sido capaces de avanzar en línea recta, ni aun bajo la amenaza del bastón que sostenía el guardia, y a pesar de que su jefe era hombre y no mujer. Estornudaban y tosían, ponían amasijos de hebras de tabaco cuidadosamente bajo el embudo de la pipa y trasladaban el peso del cuerpo de un codo al otro. En sus oídos resonaban los estallidos de los cohetes, las aclamaciones de la multitud y los cantos patrióticos, que les recordaban que debían celebrar la Fiesta del Sacrificio y el Día de la Victoria a un mismo tiempo.

Pero el año dio otra vuelta alrededor de la Tierra, y tuvieron que celebrar también el cumpleaños del Imán el mismo día. Y entonces se les alcanzó el gran privilegio de presenciar la celebración simultánea de tres faustos acontecimientos, y cuando se percataron de toda la gloria y la alegría que se les deparaba, ya que celebraban la Fiesta Grande del Sacrificio, el Día de la Gran Victoria y el Cumpleaños del Imán Uno y Único, pareció que la noche extendía su pesado manto sobre sus ojos. Se les cerraban los párpados, sentían el corazón pesado como la piedra, y las brasas de las pipas se apagaban. Recordaron a los compañeros que habían

muerto en la guerra o que habían desaparecido, y a los que no habían muerto, pero no habían regresado de donde estaban. Recordaron a los que se había cortado la mano izquierda y el pie derecho, a los hombres y mujeres que habían muerto lapidados o sido encarcelados o enviados a campos de concentración. Recordaron a los mutilados de la guerra, a los mártires y a los inválidos. Recordaron a los que habían muerto de radiactividad por desayunar leche y a los que estaban vivos pero que iban a una muerte segura por orden del gran Mawlanaj.^[15]

Se inhaló la última vaharada de las pipas, se quemó la última brizna de tabaco y se apagó la última brasa. Los hombres se tragaron sus últimas palabras sintiendo en la boca un sabor amargo, las hicieron bajar por el esófago hasta un estómago vacío, y se dispusieron a acostarse sin tomar alimento. Un momento antes de sumirse en un sueño comatoso, descubrieron que su cuerpo no estaba apoyado en los codos, ni hacia la derecha ni hacia la izquierda, tampoco estaban erguidos sobre las piernas, ni apoyados en asientos, en realidad, no estaban ni echados ni de pie ni sentados como imaginaban sino que se arrastraban sobre el vientre, zigzagueando de un lado al otro, a diferencia de las hormigas, que avanzan en línea recta, y se empujaban, se clavaban los codos en el vientre unos a otros, luchando por abrirse paso con manos y pies. Descubrieron que cada uno de ellos alargaba el cuello para ver qué ocurría al principio de la columna, de manera que su cabeza casi se montaba sobre la cabeza del que le precedía, pero ninguno podía ver nada, porque la columna se prolongaba hasta el punto en el que cielo y tierra se encuentran, retorciéndose como la espiral de un muelle. Sus negras pupilas giraban y giraban con extraño pánico y en sus oídos los sonidos se mezclaban de tal modo que no podían distinguir entre las aclamaciones de la multitud y el estallido de los cohetes o entre los chillidos de la gente y sus aleluyas.

Pero, de pronto, abrieron los ojos, volvieron en sí gradualmente y descubrieron que era la Gran Fiesta y que llevaban zapatos nuevos con hierros en los tacones que repicaban por las calles. Con motivo de esta fecha, el Imán había dispuesto que se les repartiera una gratificación y que al final del mes su paga se ajustara al aumento del coste de la vida. Marchaban en filas, una después de otra, a aclamar al Jefe, y a cada fila

que pasaba se oía el golpe de los pies en el suelo y, no obstante, las columnas que formaban seguían ondulándose, como un tropel de hormigas que marchara sin reina. Sus ojos se movían de un lado al otro, buscando a Dios, como si fueran incapaces de encontrarlo. ¿Dónde estás, oh, Dios de los cielos y de la tierra? Y allí donde empieza la montaña, entre el río y el mar, se pararon, miraron en derredor como si nunca hubieran visto aquel paraje y de su masa compacta brotó una exclamación ahogada de admiración, porque allí estaba ella, echada en el suelo, con sus ojos negros fijos en el cielo. Ellos sacudieron el turbante diciendo: No hay más Dios que Alá, alabado sea. Ella ha muerto la muerte de Dios, porque sólo Dios hace que muera la gente. Pero uno dijo: No es muerte de Dios. Yo sé quién la ha matado y el que la ha matado no es Dios.

El miedo se apoderó de ellos y desde el fondo de su corazón rezaron para que Dios tuviera piedad de ellos por lo que había dicho aquel hombre, porque nadie muere si no es por mano de Dios. Y miraron a los cielos conteniendo la respiración, como si Dios tuviera una mano que pudiera verse allá arriba sobre sus cabezas. Pero nuevamente sintieron miedo por esta otra herejía, porque Dios, a diferencia del hombre, no tiene lengua ni mano. Se arrodillaron, inclinaron la cabeza hasta el suelo, luego se sentaron con las piernas cruzadas y juntando las cabezas empezaron a murmurar antes de levantar otra vez la mirada a los cielos en silenciosa oración: Que Dios se apiade de nosotros. Después, empezaron a gritar: Gloria a Dios, a nuestro país y al Imán. La más pequeña de las dudas es grave pecado, se decían. Nadie muere, salvo por la voluntad de Dios. Luego, exclamando con una sola voz: No hay más Dios que Alá, la enterraron en una fosa muy profunda.

Pero el corazón de ella seguía latiendo. Tres días estuvo palpitando su corazón después de muerta, decían, y siete días vagó su espíritu por el lugar en el que yacía. Al octavo día, su espíritu dejó la tumba y empezó a moverse hacia la montaña que se levanta entre el río y el mar. Ellos juraron por Dios Todopoderoso que la habían visto con sus propios ojos caminar con sus propias piernas, avanzando con su ligereza habitual, la cabeza erguida y Marzouk, el perro, detrás. Dijeron, sin embargo, que nadie había podido verle la cara y que sólo la habían visto de espaldas,

pero tres veces juraron por Alá, por su país y por el Imán que era ella y nadie más que ella y que su espíritu había salido de la tumba para vengarse de ellos, por lo que no podían dejar de temblar.

El miedo moraba dentro de ellos de día y de noche sin darles ni un momento de reposo. Nada podía ahogarlo, ni las mantas bajo las que dormían ni las largas túnicas que vestían. El miedo los seguía a todas partes, hasta al retrete y tras las puertas cerradas de sus casas, porque pensaban que ella podía atravesarlo todo, que podía verlos dondequiera que fueran y, al mismo tiempo, permanecer invisible. De manera que, si uno de ellos dejaba la cama de la esposa para ir a la de otra mujer, ella lo veía. Y, si un hombre se quitaba la ropa y quedaba desnudo, ella lo veía. Y, si uno de ellos metía la mano en bolsillo ajeno, ella lo veía. Y, si un hombre ponía la mano en su miembro viril mientras dormía, ella lo veía. Ahora la temían a ella tanto como a Dios, y cuando dormían se les aparecía como si fuera Dios, porque ninguno de ellos tenía la sensación de ser inocente. Cada uno había tomado una piedra y se la había arrojado. El sueño les pesaba en los párpados y la culpa en el corazón, y por la noche, mientras dormían, se acurrucaban uno junto a otro, porque temían dormir solos, y abrir una puerta, y salir a la noche.

Los dos únicos que se libraron de este miedo eran su madre y Marzouk, el perro, porque ninguno de ellos le había causado el menor daño. Su madre seguía esperándola en la oscuridad de la noche, donde siempre había estado, firme como una roca, en pie, las manos juntas sobre el pecho y la cara levantada hacia el cielo. A sus pies estaba Marzouk, acurrucado como un niño, la cara pálida y delgada y los ojos brillantes como si en cada uno se escondiera una lágrima congelada. Mantenía las orejas erguidas, tratando de oír sus pasos antes de que ella apareciera. Alargaba el cuello y levantaba el hocico para captar su olor entre la miríada de olores del universo. Sus ojos trataban de descubrir el brillo de sus ojos entre la miríada de estrellas de los cielos infinitos y, antes de que ella apareciera, salía a su encuentro y se alzaba sobre las patas traseras, como el niño que busca los brazos de la madre. Luego, frotaba los ojos contra el borde de la túnica para secárselos, y la oía jadear mientras corría

en la noche, y miraba el hilo de sangre que resbalaba por su cuerpo y la herida profunda, profunda, en la espalda.

AMOR ETERNO

Él le dijo: Te amaré siempre.

Y ella dijo: Si quieres que te crea, no digas siempre.

Él dijo: Debes creer que mi amor por ti durará siempre.

Y ella dijo: Te lo ruego, no digas siempre, si quieres que crea que es verdad lo que dices.

Él dijo: Juro que te amaré con un amor que será eternamente verdadero.

Y ella preguntó: Cuando dices que tu amor por mí durará siempre, ¿por qué o por quién lo juras?

Lo juro por Dios, por mi país y por el Imán.

Y ella dijo: Entonces te creo, y pondré mi vida en tus manos. Mi mente, mi corazón y mi cuerpo me hacen lo que soy y con mi amor te los entrego.

Por la mañana, ella vio su fotografía en el periódico. Era una fotografía grande y lo mostraba luciendo la Medalla al Valor el Día de la Victoria. El pie de la fotografía anunciaba su boda con la hija del Jefe de Seguridad.

Y ella dijo: Ayer dijiste que me amabas.

Él dijo: Eso era ayer, hoy no es el mismo día que era ayer.

Y ella dijo: ¿Puedes traicionarme a mí y al mismo tiempo permanecer fiel a tu país?

Él dijo: No soy un solo hombre. Soy dos hombres en uno. El que ayer estaba contigo no es el que soy en realidad. Él era el otro. Yo soy el que te ama tiernamente. El amor y el matrimonio son dos cosas diferentes y no deben verse como una sola.

Y ella dijo: Entonces te has casado con ella sin amor.

Él dijo: Su padre me perseguía constantemente. Me perseguía como Satán. Y me dije que, para evitar el daño que pudiera hacerme, debía arrebatarse la niña de sus ojos. Así estará en mis manos y hará lo que yo desee. Yo necesitaba poseerla y, cuando de posesión se trata, no cabe hablar de amor.

A la noche siguiente, él la encontró en brazos de otro hombre. Cuando vio la cara del otro, empezó a temblar de pies a cabeza. Porque aquel hombre no era otro que el Jefe de Seguridad en persona.

Él dijo: ¿Me engañas con otro hombre?

Y ella dijo: Yo no soy una sola mujer. Soy dos mujeres en una. La que ayer estaba contigo no es la que soy en realidad. Ella es la otra mujer. Yo soy la que te ama y te amaré siempre. El amor y el matrimonio son dos cosas diferentes y no deben verse como una sola.

Él preguntó: ¿Es tu marido?

Y ella dijo: Continuamente amenazaba a mi padre con la prisión, de modo que me dije que, para evitar el daño que pudiera hacernos, lo mejor sería que me casara con él lo antes posible. Así estará en mis manos y hará lo que yo desee. Yo necesitaba poseerlo y, cuando de posesión se trata, no cabe hablar de amor.

Se abrazaron durante mucho, mucho tiempo. Nadie podía verlos en la noche callada. Nadie podía oírles hacer un juramento mudo, cuando juraron por Dios, por su país y por el Imán que su amor duraría siempre. Y en el punto culminante del éxtasis él le dijo que, de acuerdo con la Shariah, un hombre podía tener cuatro esposas a la vez, pero que sólo podía amar a una. Entonces ella le preguntó: ¿Eres del Hizb Allah o del Hizb Al Shaitan? Soy de los dos partidos, dijo él. Pero ¿puede un hombre ser de dos partidos a la vez? En la Shariah nada prohíbe a un hombre ser de dos partidos. Creo que Dios existe y creo que Satán existe y, puesto que temo a ambos, a fin de evitar el daño que pudiera hacerme cualquiera de ellos, decidí unirme a ambos partidos, dijo él.

En el silencio de la noche, él la oyó decir: Vives en el miedo eterno.

EL GRAN ESCRITOR

Apoya tu mano en mi cabeza y no me dejes solo, tú, que eres la única persona del mundo que puede sentarse junto a mi cama y ver cómo me muero, porque a tu lado no siento vergüenza ni remordimiento. Si vienen mis cuatro esposas a visitarme, cierra la puerta de mi habitación, que no entren, porque no quiero ver la satisfacción en sus ojos al verme morir. Si viene un hombre con un cubo de agua para lavar mi cuerpo, que no entre, porque cuando murió mi padre vi a un hombre poner su cuerpo boca abajo y meter un dedo por el agujero del extremo de la espalda. Entonces decidí que no permitiría que nadie lavara mi cuerpo antes del entierro. No entiendo qué objeto tiene lavar el cuerpo para sepultarlo después en el polvo. Pero ya sabes, madre, que la gente vive y muere sin usar la cabeza. Después de que el Imán me concediera el título de Gran Escritor, tomé una nueva esposa, se me dio casa nueva y compré los mejores muebles que encontré, para no sentir vergüenza si un día me visitaba el Imán. Desde el día en que me concedió el título y me condecoró con la Medalla de las Artes y las Letras, me ha parecido que debía estar a su lado en todo momento. Él dijo: Tienes que jurar que siempre me serás leal, luego me hizo sostener el Libro Sagrado delante de él y jurar eterna lealtad. Dijo: Yo soy el Imán, y nadie compartirá mi poder, y tú serás mi Gran Escritor. Tendrás una página para ti solo en el diario, con tu foto en un recuadro en la cabecera. Tu asiento estará separado del mío sólo por el del Jefe de Seguridad. Pero nada se interpondrá entre nosotros por la noche, cuando brindemos una y otra vez por una amistad que se remonta a los días de nuestra niñez.

Cuando estaba a su lado en primera fila, con luces proyectadas sobre él desde todas partes y arcos de triunfo en todas las calles, y las

aclamaciones de la multitud resonaban en mis oídos como un trueno, yo no pensaba que él pudiera caer desde la altura ni morir como mueren otros hombres. Yo aún tenía un cerebro en la cabeza, pero parecía haber dejado de funcionar; por qué, no lo sé. Había olvidado cómo había muerto mi padre, cómo habían muerto otros, y que todos los días los periódicos estaban llenos de nombres de los que habían muerto. El pensamiento de la muerte estaba en mi mente, y no obstante nunca se me ocurrió pensar que yo moriría. Cuando estaba, de pie, cerca de él, oí los disparos, le vi caer a mi lado, me vi caer a mí mismo junto a él y, a pesar de todo, mi mente seguía siendo incapaz de comprender lo que ocurría. Yo seguiría viviendo como si nunca fuera a morir. Por mucho que trataba de cambiar mi pensamiento, todos mis esfuerzos eran inútiles e incluso si, en un momento fugaz, conseguía darme cuenta de que mi propia vida tenía que llegar a su fin, cuando le tocó a él, no podía imaginar que muriera.

¿Cómo iba a morir, si su retrato me contemplaba continuamente, siempre delante de mis ojos, allá en el cielo, o en la tierra, colgado de los arcos, las columnas, los muros o los altos edificios y en las páginas de los diarios, por la mañana, a mediodía y por la noche? ¿Cómo podía morir, si su nombre estaba en todos los labios y su voz, en todas las llamadas a la oración, y sus palabras se citaban para definir el bien y el mal, el pecado y la virtud, el honor y la vergüenza? ¿Cómo podía imaginar que había de morir, cuando seguía de pie en el estrado, mientras los cohetes estallaban en el cielo, cuando las palabras de su pausado y tartamudeante discurso eran interrumpidas a cada tartamudeo por el clamor de la multitud?

Yo oía sus tartajeos, sentía los aplausos que parecían aumentar a cada interrupción y, sin proponérmelo, volvía con el pensamiento a los días en que él se sentaba a mi lado, en el colegio y, cuando el maestro le hacía una pregunta, abría la boca y se ponía a tartamudear, y los otros chicos se reían a carcajadas, y cruzaba el patio con una mano detrás, y un grupo de chicos lo seguía tratando de apartársela, para que se viera el agujero del pantalón que él se esforzaba por esconder. En los exámenes, se sentaba a mi lado y, de vez en cuando, se agachaba para cuchichearme por debajo del asiento: Oye, ¿tú entiendes algo de toda esta mierda?

Madre, no sé cómo ha andado el tiempo para que ahora él sea el Imán mientras yo sigo siendo un escritor sin importancia. Pero, como ya sabes, los últimos de la clase solían alistarse en el ejército o en la policía, y pronto llegaban a jefes o presidentes, a pesar de que, en realidad, no tenían de qué presumir, aparte unos uniformes elegantes con estrellas relucientes en los hombros. Yo estudié leyes y mi padre me llamaba el Visir,^[16] pero yo te decía en voz baja que odiaba las leyes y la justicia, y también odiaba a mi padre. Y tú contenías el aliento ahogando una exclamación de horror, como el día en que me sorprendiste desnudo mirándome al espejo. Era el mismo espejo en el que había visto a mi padre desnudo en brazos de otra mujer. Vio que me escondía detrás de la cortina, saltó de la cama y me sacó tirándome de la oreja. Luego me arrojó sobre mi cama gritando que yo andaba en sueños. Por la mañana, cuando nos sentamos a desayunar, tú me diste el vaso de leche, como siempre, pero yo no quise beber, y mi padre me pegó y me ordenó que bebiera. Yo seguí negándome y él me abrió la boca y me echó la leche en la garganta, a la fuerza. En cuanto se hubo sentado a la mesa, vomité la leche en su plato. Tú me preguntaste qué me pasaba, porque a mí me gustaba mi vaso de leche por la mañana, y entonces él dijo: El chico está enfermo, anoche lo sorprendí andando en sueños. Se empeñó en meterme en la cama y en hacerme tragar una medicina amarga como un veneno. Yo te dije que mi padre trataba de matarme, para que no pudiera decirte lo que había visto y tú me preguntaste qué quería decir. Pero al ir a hablar vi la mirada de muerte en sus ojos y mi lengua se negó a moverse. Yo te veía todos los días lavar su ropa, frotar las manchas amarillas, mirarlas con tus propios ojos y oler en ellas a la otra mujer con tu propia nariz. Todos los días, lavar, guisar y esperar a que él volviera a casa por la noche, y yo sentía una opresión cada vez más fuerte en el pecho. Cuando te miraba a los ojos podía ver que sabías, sabías que algo estaba muy mal en este mundo nuestro, pero callabas. Si hubieras dicho algo una sola vez, si te hubieras negado a lavar de su pantalón la mancha de la otra mujer, o si te hubieras ido con otro hombre, quizá el mal del mundo hubiera quedado parcialmente remediado o hubiera sido más soportable, y quizá entonces dentro de mí hubiera nacido un deseo de justicia o una fe en Dios, porque, cuando era niño, Dios

para mí significaba justicia. Yo ansiaba verte en brazos de un hombre que no fuera mi padre. Si hubieras dormido en los brazos de otro hombre una sola vez, quizá entonces hubiera entrado en mi mundo el sentido de la justicia. El maestro de catecismo leía el Libro Sagrado y yo escuchaba las palabras que decían que había que tomar ojo por ojo y diente por diente y que a la traición había que responder con traición y a la lealtad con lealtad. La traición de mi padre se infiltró en nuestra vida y tú no hiciste nada por atajarla antes de que lo invadiera todo. El pecado que se cometía contra nosotros parecía crecer cada vez que yo te veía sonreír a mi padre.

Seguí buscando justicia en vano, hasta el día en que vi a un niño sentado a mi lado que tenía una mano en la espalda para taparse el agujero del pantalón y la cabeza inclinada sobre el pupitre, como si hubiera sido sorprendido en un acto vergonzoso. Cada vez que el profesor le hacía una pregunta, él miraba en derredor, asustado, y empezaba a tartamudear y a sudar. Cuando los chicos se burlaban de él, gritaba: ¿Dónde está la justicia en este mundo? Todos los niños menos yo hablan sin dificultad. ¿Por qué Dios me ha creado sólo a mí con este defecto? Entonces se acercaba a mí y me susurraba al oído: No hay justicia. Por lo tanto, no hay Dios. Dios no existe. Y yo le respondía: Es verdad; si Dios existiera, no se correspondería a la lealtad con traición ni a la traición, con lealtad. Yo tenía nueve años, los dos éramos pequeños, pero nos unía la firme convicción de que Dios no existía, porque mi disposición para creer en Dios dependía de que tú fueras infiel a mi padre.

Mi padre siguió siéndote infiel hasta el fin, y yo no podía comprender por qué tú no le pagabas con la misma moneda. Entonces comprendí que tenías miedo y que todas las noches llorabas con la cara hundida en la almohada y soñabas que estabas en la cama con otro hombre, pero cuando llegaba la mañana no te atrevías a vivir lo que habías soñado. Temías a mi padre tanto como habías temido al tuyo, pero sobre todo temías a Dios. Yo te decía: Madre, ojo por ojo, buena acción por buena acción, mala acción por mala acción, pero tú nunca me prestabas mucha atención, y cuando tratabas de escuchar lo que te decía no me entendías, y cuando me entendías no eras capaz de decidirte a actuar. Día tras día te hundías en un pozo de desesperanza, en la resignación completa. Si hubieras luchado

contra la injusticia una sola vez, y si hubieras defendido tus derechos una sola vez, yo hubiera podido conocer el significado de la justicia y hubiera podido creer que Dios existía. Y, puesto que tú eras incapaz de defender tus propios derechos, tampoco supiste defender los míos. Veías cómo mi padre me castigaba injustamente, y cuando entre nosotros arreciaba la lucha te ponías de su parte. Él siempre obraba bien y yo siempre obraba mal, y tú siempre tenías buenas razones para no defenderme. Si una sola vez hubieras dicho que él estaba equivocado, si una sola vez hubieras defendido la razón, yo hubiera podido empezar a saber lo que significaba justicia, empezar a sentir que, después de todo, podía haber un Dios en el que valía la pena creer. Entonces hubiera podido dar lealtad por lealtad.

Pero me hice igual a ti, madre. Y hasta me hice igual a mi padre, y correspondía a la lealtad con la traición. Traicioné a la mujer que me era fiel y fui fiel a la mujer que me traicionaba. Huí de la muchacha que me quería y deseaba y me casé con la primera que desdeñó mi amor y me rechazó, a fin de que pudiera convertirme en el Gran Escritor por decreto del Imán, y a fin de que, de todas las mujeres del mundo, pudiera escoger enamorarme de su esposa y, de todo lo que se escribe en el mundo, escribir lo que me dictara él. Quizá ésta fuera la manera justa de dividir las cosas entre nosotros, madre. Él podía apoderarse del corazón de las gentes a través de mí y yo podía apoderarme del corazón de su esposa a través de él. En cualquier caso, muchas veces me dijo: Una mujer es un cuerpo, aparte de eso, no hay en ella nada que me atraiga. Pero yo lo único que podía ver en ella eran sus ojos, azules como el mar. Los veía constantemente, hasta cuando miraba los ojos negros de mi esposa me parecía que se volvían de un azul intenso. Cuando la tomaba en mis brazos, su cuerpo moreno se tornaba suave y blanco como la nata, y en el momento del éxtasis suspiraba: Katie. ¿Quién es esa Katie?, me preguntaba mi esposa, y yo no sabía qué contestar y decía: ¿Dónde has oído ese nombre? Y ella respondía inmediatamente: Es el nombre que has susurrado cuando estabas conmigo. ¿Fue tu primer amor, Gran Escritor? Y yo tenía que hacer un esfuerzo para no decir: No, querida, es mi último amor.

Porque mi primer amor no se llamaba Katie. En realidad, ya no recuerdo cómo se llamaba ni qué rostro tenía. Lo único que sé es que su cara era pálida y delgada y su piel oscura, manchada aquí y allá, y que era una muchacha del campo que había venido a la ciudad. Cuando se agachaba para fregar el suelo al lado del cubo de agua, sus muslos hacían que la sangre me subiera a la cabeza y luego me bajara al vientre y se concentrara en la zona que rodea la glándula de Satán. Tú la encerrabas en la cocina, madre, y te llevabas la llave, pero cuando te dormías yo te la quitaba del bolsillo. Cuando se le hinchó el vientre, salvajemente la golpeaste en los pies descalzos, con una vara de bambú, y ella confesó que el causante de su embarazo era mi padre, por lo que yo no tenía nada que temer. En realidad, muchas veces había visto a mi padre sacarte la llave del bolsillo, pero no había dicho nada porque sabía que nunca me escucharías o, si me escuchabas, no harías ni dirías nada. Poco a poco, dejé de hablar de estas cosas. Incluso solía aguantarme las ganas de orinar hasta la mañana, en lugar de ir al retrete por la noche, para no ver a mi padre con otra mujer. A veces la orina se me escapaba en un chorro lento y caliente, lo que hacía que mi padre insistiera en que yo debía estar enfermo porque, además de andar en sueños, ahora mojaba la cama. El día en que le repliqué diciendo que le había visto con aquella mujer, tú no me creíste y, en lugar de defender lo que era justo, temblaste de pies a cabeza de miedo y dejaste que me pegara con más crueldad que nunca.

Sí, madre, si una sola vez hubieras hecho lo que debías, yo hubiera podido aprender de ti. Pero mi padre podía hacer conmigo lo que quisiera y poco a poco, con el tiempo, empecé a parecerme a él, hacía lo que hacía él y hasta te robaba la llave del bolsillo. Cuando él me veía tomar la llave, no decía nada, y cuando yo le veía a él, tampoco decía nada, y el Día de la Gran Fiesta salió en los periódicos la foto de ella cuando la lapidaban: unos ojos grandes y negros en una cara delgada y pálida unos brazos levantados al cielo en muda súplica, las rodillas, lo mismo que las manos, separadas, clamando contra la agresión, mientras le arrojaban piedras, apuntando a la marca de Satán en el centro de su cuerpo. Los tambores redoblaban por la Gran Fiesta y los cohetes subían al cielo celebrando la victoria, pero yo tenía en la boca el sabor amargo de la derrota, mientras

ella me miraba con unos ojos que eran como dos tizones que chamuscaban el papel.

Estoy en primera fila, bajo las luces. No hay nada entre el trono y yo excepto el Jefe de Seguridad, porque al lado del Jefe de Seguridad está el propio Imán. En mis oídos suena un único grito: Dios está contigo, repetido por un millón de voces, mientras él pronuncia su discurso lentamente, tartamudeando. Pero yo guardo silencio, porque mi mente vaga muy lejos. En mis oídos suenan las aclamaciones de la multitud y unos disparos de arma de fuego, y entonces veo cómo su cara cae de su cuerpo, que se mantiene erguido bajo el sol, y casi inmediatamente cae también mi cara, que queda al lado de la suya, en el suelo, y veo que su cara mira mi cara por debajo del trono y, lo mismo que en el colegio, me pregunta tartamudeando: ¿Tú entiendes algo de esto?

Entonces yo le daba todas las respuestas de los exámenes, pero ahora no supe qué decir, y me quedé echado en el suelo, con la cara hundida en la tierra, fingiendo que no le había oído. Lentamente, una nube oscura como la noche tapó el cielo, cerniéndose sobre nosotros como una amenaza de muerte. Mi cuerpo se puso rígido como un muro de roca que me encerrara y, por encima de las aclamaciones de la multitud, se oyó el eco de los disparos. Entonces te llamé, madre, como te llamaba cuando era niño, y tú te acercaste a mí en la oscuridad, como una luz consoladora. Te inclinaste sobre mí, vi tu cara delante de mis ojos, y recordé de pronto que no te había visto en veinte años. Me acerqué, miré tu cara, alisé las noches sin sueño que habían dejado huella en tus ojos pequeños y te susurré unas palabras, pero tú no contestaste. Me vi a mí mismo, de pie, en una ventana lejana, mirando el silencioso universo y exclamando con voz potente que ya había estado allí antes, cuando niño, y que entonces mi corazón era tan grande como el sol, y te quería tanto como a la leche recién ordeñada de la mañana. Pero una noche abrí los ojos y vi a mi padre en la cama desnudo como Satán, y Dios me castigó por abrir los ojos, ya que hubiera debido mantenerlos cerrados y seguir durmiendo. Entonces dejó de gustarme la leche de la mañana recién ordeñada de las vacas, y la luz del sol, y el Imán se convirtió en mi mejor amigo, y empecé a creer en Dios y a gritar con todas mis fuerzas, como los demás: Gloria a Dios, a la nación y al Imán.

EL IMÁN DISFRAZADO

Seguía habiendo mucho ruido alrededor de mí y las aclamaciones del pueblo se elevaban en un gran clamor, mientras yo, desde el estrado, pronunciaba mi discurso doblado de Gran Fiesta y Victoria. Mi voz sonaba en mis oídos con su timbre familiar, pero yo comprendía que no era mi voz sino la voz de aquel con el que comparto la personalidad del Imán. Podía ver su cara en el cielo, colgada de los arcos de triunfo, bajo la potente luz de los focos. Él movía continuamente los músculos del rostro para vencer su rigidez y abrir la boca en una sonrisa lo bastante grande para expresar su amor a Dios y a todas sus criaturas. Agradezco poder estar aquí tendido, lejos de las luces y de las miradas curiosas de la gente. Aquí puedo mover libremente los brazos en el aire, y mi corazón siente una profunda alegría al pensar que, a los ojos del pueblo, del Estado y de las Superpotencias, yo sigo de pie en el estrado, pronunciando mi discurso del Día de la Victoria, con mis partidarios del Hizb Allah, mi nueva esposa, mi Gran Escritor, mi Jefe de la Oposición Oficial y los miembros del Hizb Al Shaitan que lo apoyan, cuando en realidad, al mismo tiempo, estoy echado en el suelo con la mente en paz, libre de las preocupaciones del Estado y los problemas de la deuda externa, la derrota en la guerra, la amenaza de la radiactividad y otros problemas de magnitud similar.

Puedo seguir relajado, tendido de espaldas, ponerme boca abajo y hasta, si lo deseo, puedo quitarme la ropa oficial y vestirme como un hombre corriente, andar solo sin necesidad de la protección del Jefe de Seguridad y de sus agentes, demonios, genios o lo que sean. Puedo pasear lentamente a la sombra de los árboles, inhalar el aire puro en mis pulmones y relajar los músculos de la cara, porque no estoy obligado a sonreír ni a fruncir el entrecejo para inspirar en los demás el temor que

debe acompañar a los que se sientan en el trono, ni tengo que dar esa sensación de poder decisorio que se espera del Imán Allah ni exhibir la gran sonrisa que habla de su gran amor a Dios, a la nación y a la masa de ciudadanos corrientes a los que gobierna. Muevo los brazos libremente en el aire arriba y abajo mientras paseo porque ninguno de los que me ven sabe quién soy. Mi cuerpo está ligero sin mis medallas y condecoraciones y sin el chaleco antibalas que me cubría el pecho de arriba abajo como uno de esos cinturones de castidad que llevan las mujeres.

Nadie en todo el ancho mundo sabe quién soy, nadie se para en la calle a hablar conmigo, ni se arrodilla para pedirme bendiciones, ni un aumento, ni una carta de recomendación. Mis piernas se mueven libremente en mis viejos calzones de percal, con un agujero detrás. Paseo libre como el viento, nada me preocupa ni temo que alguien pueda reconocerme. Los músculos de mi cara están relajados porque ya no se espera de mí que inspire temor ni exprese valor ni miedo, ni debilidad, ni fuerza, ni nada en absoluto. Ahora sé lo que significa estar imbuido de la serenidad y la felicidad de los dioses, estar lleno de la confianza de que el mundo puede seguir adelante sin mí y, al mismo tiempo, sentir que mi voz todavía puede oírse por la radio o por los satélites de la televisión en los cuatro puntos cardinales de este mundo y del otro, que mi retrato sigue ondeando en lo alto, con banderas a cada lado y que las aclamaciones de la multitud siguen llegándome desde lejos mientras camino lentamente, gozando de mi condición de Imán sin ser el Imán, oyendo las aclamaciones que el viento me trae a los oídos, sin tener que soportar la molestia de su estridencia.

A poca distancia, descubrió una sombra que se movía por la margen del río. Al principio pensó que era un miembro del Hizb Al Shaitan que le había reconocido y acechaba para matarlo. Siempre temió que alguien pudiera ver a través de su disfraz y descubrir que era el Imán, aunque más temor le producía ser reconocido sin el disfraz. Rápidamente, se escondió detrás de un árbol, casi jadeante de miedo, y con ojos asustados contempló la sombra durante un tiempo, para ver qué hacía. Al principio parecía una roca, porque se erguía perfectamente inmóvil. Pero mientras la miraba, detectó lo que parecía un ligero movimiento, como si la roca girara sobre

sí misma muy despacio. Mantenía los ojos fijos en ella, para asegurarse de que lo que había visto no era una ilusión y al cabo de un rato observó que la roca descansaba sobre lo que parecían cuatro columnas, y durante un momento pensó que podía ser un búfalo que caminaba por la orilla del río, pero entonces advirtió que no tenía cuernos y que su cabeza estaba rodeada por lo que parecía un turbante blanco, y pensó que probablemente era un anciano que estaba postrado para implorar al Imán. Este pensamiento lo tranquilizó, porque sin duda aquel hombre tenía que ser un miembro del Hizb Allah y no representaba ningún peligro, por lo que salió de detrás del árbol en el que se había escondido y se acercó, y vio que era una mujer, no un hombre, y nada más verla supo quién era.

La mujer cavaba un hoyo profundo en la tierra, y tan absorta estaba en su tarea que no advirtió su llegada, y él se aprovechó de ello para tratar de averiguar qué hacía, antes de que ella notara su presencia. Vio que alisaba el suelo con la palma de la mano, quitando piedras y guijarros, y lo cubría de tierra blanda antes de sacar un hato, que llevaba en el pecho, que puso en el hoyo y apretó la tierra alrededor de él con las yemas de los dedos, y lo cubrió con puñados de fino polvo. Él se dijo: Debe de ser una esclava del campo cuyo marido ha muerto en la guerra o de una epidemia. Se acercó a la mujer, la saludó y, después de elogiarla por su laboriosidad, le preguntó qué había plantado. Un avellano, dijo ella. Pero él, que sabía que un avellano no da fruto hasta al cabo de cien años, le dijo: Te deseo mucha salud, pero ¿esperas poder comer los frutos de este árbol? Ella no levantó los ojos para mirarle cuando él habló pero en seguida supo que era el Imán. Yo no lo veré crecer, dijo. Entonces, ¿por qué te afanas tanto para plantar un árbol? Yo continúo los esfuerzos que otros han hecho antes que yo. No empecé a plantar yo, sino mi madre y, de no ser por ella, yo no viviría.

Él casi dijo: Yo fui quien te dio la vida y no tu madre, pero iba disfrazado y no quería que ella supiera quién era. Reprimió el deseo de revelar su autoridad, pensando que era preferible guardar para sí la información, hasta averiguar si ella era del Hizb Allah o del Hizb Al Shaitan. Después puedo entregarla al Jefe de Seguridad, se dijo. Compuso los músculos de la cara en una sonrisa y, con voz dulce, como si se

dirigiera a una niña, dijo: ¿Eres del Hizb Allah o del Hizb Al Shaitan? Ella no dijo nada, ni levantó los ojos hacia el rostro de él. Entonces él pensó que debía de ser del Hizb Allah y temía revelárselo por si él era el diablo en persona o, por lo menos, uno de los malos espíritus. Ella guardaba silencio y él empezó a sospechar que trataba de obrar con astucia, pero con ello, sin darse cuenta, había revelado su verdadera índole, y en poco tiempo él descubriría lo que trataba de ocultarle. Sus ojos la examinaban atentamente, pero no encontraban indicios de que ella fuera tan astuta y maliciosa como él imaginaba, porque su cara parecía tan inocente como la de un recién nacido.

No obstante, cuanto más inocente parecía ella más sospechaba él que su inocencia ocultaba algo, que era una mujer peligrosa, peor, una hija del pecado. Así pues, él siguió jugando a su juego, le dio una rama y dijo con su voz más dulce: Tómame todo el tiempo que quieras, muchacha, nada temas aunque seas del Hizb Al Shaitan, ya que este partido también fue creado por decreto del Imán, exactamente lo mismo que el Hizb Allah, y no creas que trato de descubrir cosas de ti para hacerte daño, pues no es ésa mi intención, ni lo permita Dios. Por el contrario, quiero recompensarte por tus esfuerzos y por todo el trabajo que has hecho sin buscar nada a cambio. Esta conducta es la esencia de la verdadera abnegación, tal como la desean Dios, la nación y el Imán.

Pero la mujer seguía callada. Su rostro expresaba una inocencia mayor aún y su corazón desbordaba de un orgullo y una felicidad abrumadores. Entonces levantó la mirada hacia él. Era la primera vez que lo veía, y le pareció un desconocido, completamente calvo, sin un pelo en la cabeza pero con la cara cubierta por la barba y unas cejas gruesas que se juntaban encima de la nariz. Tenía en la frente una mancha oscura y como con escamas, semejante a una mora, la nariz ganchuda, la boca grande y torcida y la barbilla puntiaguda, con un hoyo profundo en el centro, del que colgaba una barba escasa, como de chivo. Aquel rostro le pareció el del Imán, que había visto muchas veces en fotografía, pero pensó que no era posible, porque el Imán no iría por ahí como una persona cualquiera, ni tendría aquel agujero en el pantalón.

Ella seguía sin decir palabra y el Imán le preguntó por qué estaba tan callada. Pensé que eras el Imán, pero no lo eres, dijo ella. En aquel momento, la inteligencia de él pareció agudizarse y recordó que, en estos tiempos, la información se ha convertido en un arma importante y se dijo: Ahora descubriré si es leal a mí y a su país y cuán grande es su fe en Dios y llegaré hasta el fondo de su corazón. Y sintió gran euforia al pensar que ahora iba a leer en su corazón, cuando ni el Jefe de Seguridad ni las Superpotencias habían descubierto todavía la manera de atisbar en el corazón de la gente. Tan entusiasmado se sentía con la idea que empezó a imaginar que era Dios en persona, olvidando que no era más que el Imán disfrazado, y que sólo Dios puede ver en el corazón de las personas, y a punto estaba de revelar su verdadera identidad cuando, en el último momento, decidió que sería mejor permanecer de incógnito, a fin de descubrir los verdaderos sentimientos de la mujer y lo devota que era a Dios, a su país y al Imán. Hizo un esfuerzo para dominar el áspero tono habitual de su voz y habló con suavidad, sin esconder el agujero del pantalón, porque cuanto mejor ocultara su verdadera identidad más seguro podría estar de que ella le decía la verdad sobre sí misma y lo que llevaba en el fondo de su corazón.

Todavía estaba delante de ella cuando de pronto sintió miedo y todo su cuerpo empezó a temblar. No sabía por qué temblaba de aquel modo, pero en seguida comprendió, por su obstinado silencio y la firme mirada de sus ojos, que realmente ella no creía en Dios, en la nación ni en el Imán, que no era del Hizb Allah ni del Hizb Al Shaitan, que era una diablesa, hija de diablesa, y que madre e hija habían nacido del pecado. Después de sacar estas conclusiones, se dijo: Si esto es verdad, es capaz de cometer los peores pecados y los más terribles crímenes y nada puede hacerse para remediarlo, más que arrojarle piedras hasta que muera.

EL FILÓSOFO

Ese otro mundo posee un extraño encanto que me atrae. A él huyó Katie, mi viejo amor, y sobre él he oído muchos cuentos y mitos como Las mil y una noches. He oído hablar de ojos cargados de voluptuosidad y tierra impregnada de oro fundido, y no obstante, sigo aquí, en una habitación sin calefacción. Cambio de un tren a otro tren bajo tierra. Trabajo como pequeño empleado en una pequeña empresa y quise casarme con la hija del director. Me enamoré de ella, pero ella me rechazó y me casé con una mujer a la que otros habían rechazado antes de que yo la conociera. Tiene diez años más que yo, el pecho liso, los muslos flacos como bastones y carece de caderas. Su cabeza está caliente y en ella bullen las cosas, pero su vientre está helado. Da vida a un libro después de otro, pero los niños los prefieren de probeta. Yo le dije: A mi entender, una gran mujer es la que da el ser a un gran hombre, no a un gran libro. Y ella dijo: La Virgen María dio el ser a Jesucristo, pero yo perdí la virginidad cuando era niña y ya no creía en Cristo. Y yo le pregunté: ¿En qué crees? Creo en mi mente y en todo el que pueda entablar una relación con mi mente y no con mi útero, dijo ella.

Y entonces me dije: Que Dios y Jesucristo sean mi compensación en la vida, y todas las mañanas corro por los pasillos del metro para viajar en unos trenes largos y estrechos como las probetas de los niños probeta, puestos en fila, entre filas y más filas, llenos de cuerpos impregnados de un sudor aceitoso y salobre, cual latas de sardinas, o subo por las escaleras mecánicas con los ojos cerrados, dejándome llevar hasta arriba, donde el viento frío me azota mientras corro por la acera protegiéndome de la lluvia con un viejo paraguas negro. Cuando entro en el despacho me sacudo el agua del abrigo como un perro enfermo y me peino despacio

delante del espejo. Mi teléfono ya no me trae el timbre de una voz que esté esperando oír. La única voz que puedo esperar oír es la del director, diciendo las mismas cosas que dice todos los días. Este informe es urgente. Esta carta es importante. ¿Dónde está la carpeta? Necesito veinte copias de este documento. Vuelva a marcar el número que le he dado. Resérveme una plaza en el avión. Escriba el memorando para la reunión de mañana. Está siempre llamando, y su voz está siempre pidiendo, y mis dedos se mueven solos sobre las teclas, como si ya no formaran parte de mí, y el tiempo pasa acompañado del tictac del reloj sin traer nada, ni amor, ni amistad, ni esperanza, ni siquiera combustible para la calefacción. Hasta la desesperanza se agota.

Las paredes de mi corazón son de hielo rojo. La taza de café que tengo en la mano está fría y mi habitación está pintada de gris oscuro, azulado, de modo que me parece que vivo en la sombra. Hace veinte años que no la pinto. Antes de la última Navidad, ahorré para pintarla, pero la Navidad vino y se fue, y no hice nada. Nos han lanzado cohetes al amparo de la noche, y si estalla una guerra nuclear no quedarán paredes en pie. ¿Para qué pintar, pues? No hay cuadros en las paredes de mi habitación, ni siquiera un retrato de mi padre o de mi madre, pero en mi mente tengo la imagen de mi padre con su uniforme militar, porque así me lo describía mi abuela. Después de la primera guerra mundial, me llevó lejos, al otro lado del mar, y nuestro barco ancló cerca de una montaña de hielo. Me dejó aquí con su madre y se fue a otra guerra. Murió sin decirme cómo había nacido yo, y mi abuela no sabía absolutamente nada de su vida. Si le preguntaba, me decía: Parecías un niño muy guapo a través del cristal de la probeta, y en mis sueños me veía nadar en una probeta buscando a mi madre, cuando una ballena enorme venía y se me tragaba, y me despertaba sudando.

Siente heladas las yemas de los dedos con las que sostiene el vaso. Café negro sin leche todos los días para el desayuno, tomado sin ganas, con el estómago vacío. El hambre de alimentos, el hambre de amor y el hambre de libros las conoció en otro tiempo pero las ha perdido. Lo único que lee es el titular de la primera plana del diario de la mañana porque

espera una noticia, una frase de cinco palabras tan sólo: Ha estallado la guerra nuclear.

Son las nueve menos cinco. Me tapo la cabeza con la manta. Todos los días decido quedarme en la cama. Todos los días me digo: ¿Por qué levantarme? Fuera de mi habitación no hay nada más que el asfalto de la calle, la lluvia, los túneles subterráneos, los trenes que son como tubos de ensayo llenos de embriones humanos, las escaleras mecánicas a las que me abandono, las teclas que mis dedos pulsan continuamente y la voz del director que grazna por el teléfono. Quiero un informe urgente. Esta carta es importante. Tome nota. La otra carpeta, no. Asiento de primera clase, no fumadores, por favor, y no olvide que no puedo viajar de otro modo. Él fuma, pero no le gusta respirar el humo de cigarros ajenos.

Una noche me invitó a cenar. Dijo que admiraba mi inteligencia, pero mientras cenábamos sus ojos no dejaban de pasearse por mi cuerpo. Después de cenar, nos sentamos en el sofá a comer chocolate y a beber coñac Fine Champagne. De pronto, me rodeó con sus brazos, pero yo volví la cara porque le olía el aliento. Expresé agradecimiento por sus sentimientos pero le dije con toda franqueza que estaba enamorado de otra persona. ¿Hombre o mujer?, preguntó él. No tiene derecho a interrogarme sobre mi vida privada. ¿Qué puede importarle a quién quiera yo, si no es a usted? Me marché del piso sin decir gracias ni buenas noches. Sin embargo, la verdad es que yo no estaba enamorado de nadie, estaba completamente libre, libre de la necesidad de amar, de la necesidad de esperar a alguien, de la necesidad de oír promesas que no fueran verdad. Mi cuerpo era sólo mío y no tenía ningún deseo de poseer el cuerpo de otra persona. Lo único que necesitaba en aquel momento era una cantidad de dinero todos los meses, para pagar el alquiler y comprar café y pan, y, si perdía mi trabajo, ni eso tendría. De modo que, al día siguiente, cuando volvió a abrazarme, le dije palabras tiernas al oído. Él me miró, me preguntó si me encontraba bien y me dijo que mi cara había cambiado desde la víspera. Le expliqué que, realmente, no me sentía muy bien, que tenía un sabor amargo en la boca, como de café negro. ¿Has ido al psiquiatra últimamente?, me preguntó mirándome de un modo extraño.

Cuando le dije que no, me recomendó que fuera, porque los síntomas eran de depresión.

El psiquiatra me preguntó por mi vida y yo se lo conté todo, francamente. Él me dijo: Para usted, amigo, no hay otro tratamiento que el de viajar. Lo que necesita es el calor de un amor, los rayos del sol y el tacto del dinero en el bolsillo. Así que hice las maletas y, cuando estuve listo, dije a mi esposa que había decidido salir de viaje. ¿Adónde vas?, me preguntó. Yo señalé un lugar del mapa con la punta del dedo. Ella se puso los lentes, gruesos y verdes como el fondo de una botella de cerveza y miró el lugar que yo señalaba. ¿Aquí vas?, me dijo. Eso está al otro lado del mar. No te apures, le dije, volveré pronto y te traeré brillantes y joyas. La besé tiernamente en una boca sin labios y me marché solo, pensando en mi viejo amor y en la nueva vida que me esperaba. Mi corazón latía al tintineo del oro y cuando me miraba al espejo me veía viviendo como el rey Sharayar, violando cada noche a una virgen y matándola al amanecer.

Desde donde yo estaba, allá en las alturas, veía brillar la tierra bajo el sol como oro líquido, con una montaña verde en el centro, entre el río y el mar. El avión aterrizó después de la puesta del sol y, cuando salí, mi nariz aspiró olor a cosas de tiempos pasados, olor a sudor mezclado con grasa y queroseno. El aire estaba lleno de humo del que surgían las caras grises de la gente y palabras en una lengua desconocida. Ojos sin brillo que me miraban, cuerpos fornidos envueltos en capas, niños con cara de adulto y enjambres de moscas que les devoraban los ojos. Cuando salí del aeropuerto, hombres vestidos con largas túnicas me rodearon, casi me asaltaron, tiraban de los brazos hacia un lado y otro y se peleaban por mis maletas. Uno de ellos me arrojó al interior de un taxi y metió las maletas detrás de mí. El taxi saltó hacia adelante en la oscuridad, rodeado por todas partes por el estrépito de los cláxones y por lo que me parecieron cohetes que estallaban en el cielo o cañones disparados en continuas salvas. Cuando nos paramos en un semáforo rojo, saltaron de todas partes niños con bayetas amarillas en la mano que limpiaron vigorosamente el parabrisas del taxi y luego pusieron las agrietadas palmas de las manos debajo de mi nariz, pero el taxista los echó gritando furiosamente.

Llegué al hotel en un estado de colapso y pregunté en recepción si me había llamado alguien. Me dijeron que no. Tengo una cita con el Imán, dije. Hoy es la Gran Fiesta, el Imán pronuncia su discurso y todo el mundo tiene fiesta, me dijeron. ¿Qué puedo hacer hasta que termine la fiesta?, pregunté. No puede hacer nada, me dijeron. Todo está cerrado. Pero ¿no hay nada que yo pueda ver estos días? Si quiere, puede ir a ver a la Virgen María. Estos últimos días se ha aparecido varias veces en la iglesia vieja que está cerca de la mezquita nueva, y la gente se ha congregado para tratar de verla. Y, antes de que tuviera tiempo de decidir por mí mismo, un hombre me había metido en otro taxi y me encontré en el asiento de atrás, haciendo la señal de la cruz, en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando llegué casi no podía creer lo que veían mis ojos. Parecía haber venido gente de los lugares más remotos del país. Allí se habían congregado en gran número hombres, mujeres, niños, jóvenes y viejos. Estaban acurrucados en el suelo o sentados en sillas de paja, unos llevaban la túnica de los campesinos y otros vestían ropas de ciudad. Se veían mujeres con la cara cubierta por el velo y mujeres que exhibían cuerpos semidesnudos; personas que parecían enfermas, hambrientas y pálidas y personas con la cara colorada, llena de salud y vigor. Pero todas tenían los ojos puestos en la cúpula de la iglesia, esperando la aparición de la Virgen. Habían leído la noticia en los periódicos y todos los que no la habían visto cuando apareció el año anterior habían venido a verla este año. Hasta habían venido extranjeros a ver el milagro y observaban junto con los demás, un poco apartados, cada cual con su perro negro sujeto con correa, sentado muy obediente, los ojos levantados hacia el cielo con mirada reverente.

Un hombre susurró al oído de su vecino: ¿Crees que en el corazón de un perro puede entrar la fe? Y su vecino contestó: ¿Por qué no? Otro hombre comentó: En verdad, si un perro sabe lo que significa ser fiel a su amo, ¿por qué no ha de ser inducido a creer en Dios, especialmente perros como éstos que son de las mejores razas extranjeras? Dios les ha dado la habilidad de saber quién es culpable de un crimen y quién es inocente, y ya se sabe que los alimentan con hígado de ballena y sonrían cuando los

retratan. El segundo hombre volvió a intervenir diciendo: Ya sabéis que sus países no son como nuestros países y sus perros no son como nuestros perros. Son las Grandes Potencias, que Dios nos proteja de su maldad, que nos envían la muerte en latas de comida, y cohetes que arrasan nuestras ciudades, y aviones que viajan a la Luna.

El primer hombre seguía lo que se decía con atención, y, abriendo ojos de asombro, exclamó: ¡A la Luna! Miró a la Luna y allí estaba, colgada del cielo, sin columnas ni nada que la sostuviera. Se sintió tranquilo. Sí, Dios era más grande que las Grandes Potencias. Él reina sobre todos los hombres y todas las cosas de este mundo. ¿Dices que tienen hombres que han ido a la Luna? Sí. Juro por Dios que es verdad. Y hasta han enviado a una mujer. El primer hombre pareció todavía más sorprendido que antes y repitió: ¡¿Una mujer?! Y el hombre que hablaba movió la cabeza afirmativamente con aire de enterado y dijo: Juro por Dios que es verdad que han enviado a una mujer. Pero el primer hombre era escéptico. Una mujer, dijo despectivamente. Dinos cómo era. ¿Tenía dos pechos como nuestras mujeres, como tu esposa y la mía? ¿Y viajaba sola sin su marido, sin un acompañante masculino?^[17] Y el segundo hombre dijo que había ido sola, completamente sola, sin acompañante masculino, y ni siquiera llevaba velo, porque en la Luna no hay hombres. Sí, porque, desde luego, no hay hombres en la Luna y, si los hay, son diferentes de los de la Tierra y no les atraen los encantos de las mujeres. El asombro del primer hombre no tenía límites. Pero, si no les atraen los encantos de las mujeres, ¿qué les atrae entonces? Sólo Dios lo sabe, dijo el otro hombre. Sólo Dios sabe lo que les atrae.

Era noche cerrada, y la Virgen aún no había aparecido. ¿Por qué no aparece?, se preguntaban. ¿Había cambiado de idea y decidido aparecerse en otro país? En el pasado, siempre se había aparecido en este país y, si no elegía ahora su país, ¿qué otro podía elegir? Quizá porque ellos no creían que Cristo fuera hijo suyo, había decidido irse a otro sitio. Pero la víspera se había aparecido en la iglesia, de modo que esto no tenía sentido. Además, se sabía que Ella no hacía distinciones entre los que creían en Mahoma y los que creían en Cristo, porque era contraria a las luchas sectarias. En los periódicos se describía cómo había bajado del cielo y

hasta habían publicado fotos suyas posada en la cúpula de la iglesia. ¿No lees los periódicos?, dijo el primer hombre con acento de impaciencia. No; no sé leer, dijo el segundo hombre tirándole de la manga. Pero la Virgen María, ¿no es espíritu sin cuerpo ni carne? Es la más pura y la más casta de este mundo y del otro, dijo el primer hombre solemnemente. Pero ¿publican los periódicos fotos de espíritus sin carne?, preguntó el segundo hombre bajando la voz en un susurro apenas audible. El primer hombre le miró con suspicacia y dijo: ¿Por qué no, hermano? Son los periódicos del Imán, y para ellos nada es imposible.

Una niña paralítica traída por su madre, que estaba allí sentada mirando al cielo, se levantó de pronto alzando las manos e inmediatamente todos los que se encontraban alrededor de ella se pusieron en pie glorificando el Nombre de Dios Todopoderoso y el de la Virgen María. Los dos hombres que hablaban acurrucados en el suelo se levantaron y gritaron con los otros. Después se hizo el silencio. El primer hombre susurró al oído del segundo: ¿Es la Virgen María?, y el segundo gritó: Pues claro, ¿no la ves allá arriba? Y el hombre miró la cúpula de la iglesia, hacia la que miraban los demás y empezó a temblar de pies a cabeza, porque no veía nada, y durante un momento pensó que estaba ciego, pero luego hizo un gran esfuerzo para desechar todas las dudas y mirando hacia la oscura noche empezó a gritar con los demás: Allí está, allí está, señalando al cielo con la mano.

El Imán asintió con gran satisfacción y dijo: Es un proyecto excelente que convertirá el desierto en un auténtico Edén. Me dio el título de perito y me regaló una playa privada, y yo no tuve que hacer más que estampar mi nombre en el contrato. Pero antes de firmar me preguntaron: ¿Cómo te llamas? Y yo dije: Joseph. Ellos dijeron que Joseph venía de Yussef y que tendría que cambiarme el nombre. De acuerdo, dije, no hay inconveniente, Dios y Jesús me recompensarán por sacrificar mi nombre. Pero entonces me preguntaron si creía en Jesucristo y no en el profeta Mahoma, a lo que respondí que lo más importante eran los intereses del proyecto y que, si era necesario, también estaba dispuesto a renunciar a Jesucristo.

Después me preguntaron por mi madre, querían saber su nombre. Entonces tuve que decir que era un niño probeta que no conocía el nombre de mi madre. Después de un momento de silencio, me preguntaron qué era probeta y yo les expliqué que era un vientre nuevo que hacía niños inocentes de pecado, ya que para nacer no precisaban de sexo, matrimonio ni cópula entre hombre y mujer. Lo único que se necesitaba era la inseminación artificial del óvulo. Ello produjo gran consternación y empezaron a gritar: Que Dios nos proteja del demonio y sus maquinaciones, porque ésta es en verdad la peor clase de adulterio y fornicación, y sólo puede conducir a la confusión, impidiendo que el padre conozca a sus verdaderos hijos, y yo dije: Pero ¿qué pecado he cometido, para que me condenéis de este modo? Yo era un embrión en un vientre probeta, que nada sabía de adulterio, pecado ni fornicación. Tu única salvación, dijeron, es purificarte de pecado y declarar tu fe en Alá, el Único y Verdadero y en Mahoma, su Profeta. Pero ¿cómo me purifico del pecado?, pregunté. Muy sencillo, dijeron. Lo único que tienes que hacer es cortar el prepucio que cubre tu miembro viril. Entonces sentí miedo y exclamé casi llorando: Puedo soportar cualquier cosa, menos que me quiten una parte de mi cuerpo. Pero ellos insistían en que ésta era la única forma de purificarme de mis pecados, gozar de la bendición de Dios y asegurar el éxito del proyecto. De modo que, finalmente, cedí, diciéndome: Puedo someterme a la purificación y perder el prepucio porque nada de esto importa, con tal de que empiece a entrar el dinero.

Vino el barbero, con su maletín. Me purificó cortándome el prepucio con una cuchilla, y a modo de anestésico utilizó una botella de ginebra que me tragué rápidamente antes de que empezara la operación. Cuando terminó, vi a docenas de niños que habían acudido con el mismo motivo, y que el único hombre mayor que había sido circuncidado era yo. Entonces bajé la cara avergonzado y dispuse que al día siguiente se publicara en todos los periódicos mi conversión a la fe de Alá, a fin de que, en lo sucesivo, se me conociera con el nombre de El Perito Creyente y mi foto apareciera de forma regular en primera plana con alguna declaración mía, como si lo que yo dijera marcara la pauta en materia de fe. Yo tenía respuestas para todas las preguntas y soluciones para todos los problemas,

y con el tiempo descubrí que todo era muy sencillo, porque lo único que necesitaba era volver a la religión y a una ilimitada fe en Dios y en Mahoma, su Profeta. Y me preguntaban: ¿Qué piensas de los peligros de la radiactividad y qué podemos hacer para protegernos de ellos? Rezar cinco veces al día y ayunar durante el mes del Ramadán, les respondía. Entonces preguntaban: ¿Cómo podemos hacer frente al aumento del coste de la vida y al problema del hambre, que se agravaba rápidamente, y yo decía: Cortando la mano del que roba y obligando a las mujeres a llevar velo. Poco tiempo después, el Imán me concedió el título de filósofo, y Dios multiplicó mis ganancias de tal modo que, al terminar mi contrato, llené de oro mis maletas, las saqué de contrabando sin pagar derechos de aduana y escapé en un avión con Katie, mi antigua novia.

MI VIEJO AMOR

Desde las ventanas del harén, rosadas como el sol poniente, yo contemplaba la tierra que se extiende entre el río y el mar, vasta como un océano de verdes colinas ondulantes hasta perderse de vista. Al otro lado del río, detrás de la montaña, en el llano, estaba la mezquita y, a su lado, el hogar para huérfanos. Más allá se veía el Teatro Flotante y, a cierta distancia, en una hondonada, detrás de un descampado que se utiliza como vertedero, la Casa de la Alegría, y entre uno y otra, el hospital militar, con sus grandes cristaleras que relucían al sol. Detrás de los cristales estaban los médicos del ejército que reían y silbaban a las muchachas de la Residencia de Enfermeras, se quitaban la gorra y la agitaban en el aire. Tenían escopetas de juguete con las que disparaban a los pájaros que se posaban en las ramas de los árboles. Sacaban petardos del bolsillo, los calentaban con el aliento y los arrojaban al suelo, donde explotaban con un estrépito que se mezclaba con las aclamaciones de la multitud que celebraba la Gran Fiesta y con el estampido de los cohetes que subían al cielo.

El Imán pronunciaba el discurso, y yo lo escuchaba con las demás, en la tribuna reservada para el harén, rodeada de canastillas de rosas y grupos de niños danzarines vestidos como ángeles blancos y de las mujeres de las sociedades benéficas, vestidas como cuervos negros, aplaudiendo cuando el Imán se encallaba y tartamudeaba a cada pocas palabras. Detrás de él, en apretadas filas, estaban las madres modelo, las viudas de los mártires y los hombres y mujeres mártires de guerra. El Imán, de pie en el alto estrado, tenía los brazos levantados hacia Dios, y las aclamaciones de la multitud resonaban como disparos de arma de fuego, y de pronto su cara de goma cayó a sus pies y él la hundió en la tierra. Al ver lo sucedido,

escondí la cara entre las manos y pedí a Dios y a su Profeta que la tierra se me tragara y me hiciera desaparecer de su faz. Entonces rogué a Jesucristo y a su Madre, la Virgen María, que me transformaran en un espíritu que pudiera volar por el aire sin ser visto por los ojos de los seres humanos. ¡Ojalá pudiera volver junto a mi madre y refugiarme de nuevo en su seno!

La imaginaba esperándome en la puerta, con los brazos abiertos, mientras yo subía las escaleras de la vieja casa. Me abraza con fuerza y me susurra al oído: ¿Por qué has tardado tanto? ¿Dónde estabas?, me pregunta. Con un extranjero, al otro lado del mar. ¿Por qué, hija, por qué dar tu vida a un extranjero, a un hombre que no es de aquí? Tenía un trono, muchos criados y esclavas y yo estaba cansada de lavar platos y de sonreír a caras que nunca me devolvían la sonrisa. Estaba cansada de ser hija de un hombre que se negaba a reconocermme. Y mi madre dijo: Es mucho más fácil lavar platos que lavar el cuerpo de un hombre después de muerto, y vale mucho más ser reconocida por una madre que recibir el sello de un padre.

La dejo allí de pie y bajo corriendo por el viejo sendero. Al extremo, junto a la iglesia, hay una casa pequeña, y cuando llamo a la puerta siento que el corazón me golpea las costillas, hasta que la puerta se abre y aparece un rostro que conozco tanto que nunca confundiría con otro. Es el rostro de Jesús, y él también me conoce tanto que en cuanto abre la puerta me toma en sus brazos y dice: ¿Por qué has tardado tanto en venir, querida? ¿Dónde estabas? Y yo le digo: Con mi marido, el Imán, al otro lado del mar. ¿Me traicionas con ese marido tuyo, Katie?, dice él. Nunca te he traicionado, Joseph, le digo porque cuando estoy con él te amo más cada día. Cuando lo tengo en mis brazos cierro los ojos e imagino que tú estás allí. Y él dijo: Tú has sido siempre mi único amor y, desde que me dejaste, sólo he amado a hombres, o a mujeres sin pechos que tienen libros en lugar de hijos. Cuando cerraba los ojos para dormir rezaba para que viniera el amor, y lo que venía era el coma que provoca el olvido, pero mantiene los ojos abiertos, un sueño pesado como la muerte que deja la mente despierta y recordando, de modo que no he podido olvidarte, ni a ti, ni al Mesías, ni mi nombre, ni mi cuerpo, cuando estaba entero, sin una

herida. ¿Qué herida?, pregunté. Pero él me abraza, callado como una tumba.

Y cuando miro el espejo redondo que está colgado sobre la cama veo al Imán que me abraza y, en lugar de un hombre, ahora hay cientos de hombres que me abrazan, y yo los estrecho entre mis brazos como si me entregara a todos los hombres del mundo, y mi mano se desliza dentro de su pantalón para tocar la herida, allí donde le duele su purificación, y noto olor a madera seca y vieja y le digo: En otro tiempo tu olor era verde como el de la rama tierna de un árbol. Eso era cuando tú me amabas, dice él. Pero me dejaste para ir en busca del oro, y yo te seguí, e hice lo mismo que tú. Le abracé en los espejos y enjuagué mi sudor con un pañuelo perfumado y él aspiró y dijo: ¿Has cambiado de perfume? No, respondí, pero mi cuerpo ha perdido el olor de la niñez. Me apoyé en la cabecera de la cama y me puse una almohada debajo, y a pesar de que me ungía de perfume constantemente, en mi cuerpo persistía aquel olor que era como un olor a muerte que no me abandonaba. Y él dijo: No pienses en eso. Te prefiero a ti en el trono, a pesar de que tu juventud se ha ido. No trates de cambiar, de esconder tu edad ni las arrugas de tu cara. La copa tembló en mi mano y derramé mi bebida sobre la cama y me reí como el niño que tira la leche, pero la mancha de la sábana era oscura, y no se borró por más que la lavé y traté de blanquearla con lejía.

Echada en la cama, sentía el cuerpo flojo y tenía que hacer un esfuerzo para levantarme y ocupar mi sitio en la tribuna real. Escondía el cuerpo detrás de una mesa enorme, buscando refugio en libros y papeles varios. Mi nombre estaba grabado en letras de plata en un libro que nunca abría y el nombre de mi marido estaba impreso en oro en un libro que él no había escrito. Venía a mí oliendo a alcohol y al sudor de la otra mujer, pero yo levantaba los ojos hacia él y callaba, porque yo no era la única mujer de su vida ni él, el único hombre al que yo había conocido. En él busqué refugio de la pobreza y él en mí, consuelo en la derrota. Sepultada en mi alma está la amargura de saber la verdad y en todas partes acecha la muerte de la ilusión. Siento la nariz llena de polvo cuando miro en derredor en busca del trono que ha desaparecido, pero veo al Imán que extiende los brazos tratando de retenerme y yo extendiendo los míos tratando de aferrarme a él,

pero cuanto más cerca están nuestros cuerpos más crece la distancia entre nosotros, de modo que en el momento en que nos tocamos y nos abrazamos es cuando más lejos estamos. Siempre ha sido así, porque desde el primer día en que nos abrazamos hemos estado lejos y, por mucho que tratáramos de aproximarnos, siempre ha sido en vano.

Me gustaba leer en mi blanda cama antes de dormirme, pero él se acercaba, se sentaba con un vaso en la mano y se ponía a contarme lo ocurrido durante el día. Él decía algo, yo decía algo y hablábamos, no dejábamos de encontrar cierto placer en nuestra conversación. Pero en cuanto me rodeaba con sus brazos todo el placer se esfumaba. Yo prefería oírle hablar a sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo. Entre nuestros cuerpos nunca hubo diálogo, como si hablaran lenguas diferentes. Cuando conversábamos, yo podía comprenderle y él podía comprenderme y cada uno daba y recibía, pero cuando nos abrazábamos parecía perderse el equilibrio, y era sustituido por un solo movimiento de su parte en el que siempre había súbito ataque y súbita retirada, como si el placer fuera pecado, lascivia, un peso del que él deseaba librarse lo antes posible.

Yo lo veía en el espejo, echado en la cama, observaba cómo se convertía en dos hombres, el Imán y la copia del Imán. Yo lo veía caminar por los corredores de palacio con su Guardia Personal a su lado, y por la noche, cuando me abrazaba, yo sentía confusión y más de una vez le preguntaba si era el Imán o el Guardia Personal, y él me respondía rápidamente: Soy el Imán. Se te parece tanto, que a veces no distingo al original de la copia. Yo soy más fuerte de mente y él es más fuerte de cuerpo, y con el tiempo mi mente se fortalece y mi cuerpo se debilita, y tú eres tan joven que podrías ser mi hija y a veces temo que un día volveré de uno de mis viajes lo mismo que Sharayar y te encontraré en la cama con mi Guardia Personal. Yo pregunté: ¿Quién es Sharayar? ¿Nunca has oído hablar de Sharayar? ¿No has leído Las mil y una noches? Eso quiere decir que no has estudiado nuestra herencia cultural. Tienes que remediar esa omisión. Se levantó de la cama y se acercó lentamente a la biblioteca, se quedó frente a ella durante mucho rato, leyendo con dificultad los títulos de los libros. Por su manera de encorvar los hombros, yo podía advertir que era el Imán y no el Guardia Personal, y en el mismo instante

comprendí que le conocía mejor cuando lo veía de espaldas, lo que me produjo una impresión no desprovista de cierto placer, porque comprender, aunque sea doloroso, es mejor que ignorar. Después de todo, es mejor conocerlo de espaldas que no conocerlo en absoluto. Me acerqué a él andando de puntillas y lo abracé, porque lo amaba más por detrás que por delante, sobre todo cuando estaba completamente ausente.

Él se dio la vuelta y volvió de la biblioteca trayendo un libro enorme, con esfuerzo. Se ajustó las gafas y vi las cadenas de oro que las sujetaban a sus orejas y que le colgaban a cada lado. Mientras leía se le cerraban los párpados, cargados de sueño, pero su boca recitaba el verso del Trono, para echar a los demonios y los malos espíritus, y sostenía el libro en brazos como si fuera la mujer amada. En la oscuridad, se levantó sigilosamente de la cama y fue a buscarla y desde donde yo estaba le vi estrecharla en un cálido abrazo, y aunque verla en sus brazos me dolía en el corazón, era mejor que no ver lo que ocurría. La sensación de conocer, de descubrir, era como gustar un placer prohibido, algo que se hace en secreto, a solas. Yo no sentía celos ni enojo en mi corazón cuando lo vi, sólo una sensación de culpabilidad, como si yo le fuera más infiel a él que él a mí, porque la verdad era que yo gozaba más viéndole abrazar a otra mujer que sintiendo su abrazo.

REVIVIENDO NUESTRA HERENCIA CULTURAL

Yo he estado siempre muy interesado en nuestra herencia cultural, y me gustaba leer, antes de dormirme, uno de los libros que forman parte de ella. Mi preferido era Las mil y una noches. Para leer, me quitaba mi cara de Imán y me ponía las gafas. Veía en el espejo una cara redonda y, a la luz de la lámpara, mi tez y mis dientes eran blancos y resplandecientes como los del rey Sharayar. Mi corazón era como el suyo, blanco y puro, rebosante de amor por las esclavas negras. Mi alma, al igual que su alma, era inocente y no comprendía cómo una mujer podía amar a un hombre que no fuera el marido con el que se había casado. Todo el cuerpo me temblaba de angustia cuando pensaba en la esposa de Sharayar, que se había acostado con su esclavo negro, y por la noche soñaba que mi esposa dormía en brazos de uno de mis esclavos negros, despertaba con un sobresalto y la veía durmiendo, sola en su cama, con su libro en los brazos y los ojos firmemente cerrados. Mi mente se tranquilizaba, mi corazón descansaba y una ola de confianza me inundaba y, al cabo de un rato, me levantaba de la cama con sigilo y, en la oscuridad de la noche, iba por mi esclava negra. Iba en su busca, lo mismo que el rey Sharayar.

Me paré bajo un árbol a respirar el aire puro, gozando de la sensación de estar solo, sin un guardia, y ser un perfecto desconocido para todo el que pudiera verme. Aspiraba profundamente el aire puro cuando vi pasar a un hombre gigantesco que transportaba una caja sobre la cabeza. Pensé que debía de ser un espíritu del mal o uno de mis enemigos del Hizb Al Shaitan y, alarmado, trepé velozmente a un árbol y me escondí entre sus ramas, lo mismo que cuando niño. El hombre dejó la caja en el suelo y se

sentó bajo el árbol, descansó un momento y empezó a abrir las cerraduras de la caja, una después de otra, hasta siete. Dentro de la caja había otra caja de la que salió una mujer. Era muy hermosa y oí que el hombre le decía: Mi adorada y amante esposa, quiero dormir un rato. El hombre apoyó la cabeza en el regazo de la mujer y se quedó dormido inmediatamente. La mujer levantó la mirada hacia el árbol en el que yo estaba escondido y susurró: Baja y no temas, porque este demonio que duerme en mi regazo no es un espíritu sino un hombre corriente. En cuanto bajé del árbol, ella se quitó del regazo la cabeza del hombre y la dejó en el suelo. Después, hizo conmigo exactamente lo que hace una esposa con su marido, y las cosas que me sucedieron eran las que podría esperar un marido virtuoso que se encontrara a solas con una ninfa del paraíso. Pero, antes de que yo me despidiera, ella sacó del bolsillo una bolsita de la que extrajo un collar formado por noventa y nueve anillos y me dijo: ¿Sabes qué es esto? No tengo ni idea, respondí. Los dueños de estos anillos son los hombres con los que he hecho lo que acabo de hacer contigo sin que se enterase mi marido. Me pidió el anillo, y cuando lo hubo unido al collar, dijo señalando a su marido: Este hombre me raptó en mi noche de bodas y me metió en una caja que puso dentro de otra caja que cerró con siete cerraduras y sepultó bajo tierra. Pero él no sabía que, cuando una mujer quiere hacer algo, nada del mundo podrá impedirselo.

Mi cuerpo empezó a temblar y el alma se me cayó a los pies. Me despedí de ella y corrí a palacio tan de prisa como pude, y encontré a mi esposa en la cama con su amante. Le corté la cabeza con la espada, lo mismo que había hecho el rey Sharayar. Después fui en busca de mis antiguas esposas y también les corté la cabeza, una tras otra, con la misma espada. Después de aquello, todos los meses, en luna llena, me casaba con una virgen, tomaba su castidad y después le cortaba la cabeza con una espada. Esto hice durante veinte años, hasta que la gente ya no pudo soportarlo más y las muchachas abandonaban el hogar y escapaban, de modo que llegó el día en que no quedó ni una sola muchacha a la que llevar a la cama. Entonces, en la noche de la Gran Fiesta, llamé a mi Jefe de Seguridad y le dije que buscaba a una esclava que fuera virgen y que tenía que ser la más hermosa que se hubiera visto en nuestros tiempos. Y,

para asegurarme de que quedaba claro lo que deseaba, le leí una lista de las cualidades que deseaba en la doncella, extraída directamente de la herencia cultural que siempre había tenido en gran estima. Dije que debía tener el talle esbelto, el pecho opulento, las pestañas negras y espesas, la cabeza pequeña, las nalgas grandes y el aliento perfumado, ser diestra en el arte del amor e intacta. Quería que tuviera cuatro cosas tan blancas como la leche: el rostro, la raya del pelo, los dientes y el blanco de los ojos; cuatro cosas tan negras como la noche: las pestañas, las cejas, los ojos y los cabellos; cuatro cosas rojas: la lengua, los labios, las mejillas y la carne bajo su piel blanca; cuatro cosas bien torneadas: las piernas, las muñecas, las caderas y el vientre; cuatro cosas grandes: las sienes, la frente, los ojos y los pechos; cuatro cosas pequeñas: la boca, la nariz, las aberturas de los oídos y ese otro orificio que es lo que en las mujeres se busca más que ninguna otra cosa.

El Jefe de Seguridad escuchaba en silencio y, cuando el Imán acabó de hablar, estaba pálido como un muerto. Por primera vez en su vida, se sentía inclinado a creer en la reencarnación y se dijo: En verdad, éste debe de ser el espíritu de Sharayar que ha venido a habitar en el cuerpo del Imán, o el espíritu del Imán que habita en el cuerpo de Sharayar. Guardó silencio, la cabeza inclinada, contando con los dedos los requisitos que exigía el Imán, hasta que oyó las cuatro cosas que debían ser pequeñas: la boca, la nariz, los oídos y la otra abertura que es lo que más se busca en las mujeres. Y entonces levantó la cabeza y dijo: Pero, mi señor Imán, esa esclava que describes no podrá encontrarse por menos de noventa mil dinares, y el Tesoro del Estado está vacío, sin contar la deuda exterior... Pero el Imán lo interrumpió, llamó al guardián de las arcas, y el guardián dijo: Si Alá quiere, las arcas están en buen estado. Y preguntó con cargo a qué apartado del presupuesto debía tomarse la suma. El Imán inquirió cuáles eran los apartados del presupuesto para los que no quedaban fondos, y el guardián respondió: Todos los apartados, salvo el reservado para asuntos amorosos, y agregó: Mi señor Imán, el amor es algo que nadie puede definir, porque nadie lo conoce y, al mismo tiempo, es conocido de todos. Si es serio, debe tomarse a la ligera y, si se toma a la ligera, puede ser serio, y Dios es el único que lo sabe.

Entonces el Imán llamó a su Gran Escritor y le preguntó cuál era la definición del amor en nuestra herencia cultural, y el Gran Escritor dijo que el amor es lo que mueve lo que está quieto y detiene lo que se mueve. Dijo que no estaba entre las cosas reveladas por la religión ni entre las cosas prohibidas por la Shariah, y agregó que era remedio para todos los males, situación placentera, enfermedad ansiada cuya cura no produce alegría y en la que no se busca el conocimiento. Hace que el hombre desee lo que antes desdeñó, cambia lo complejo en simple, permite dar y recibir con dulce gozo. El ser humano abriga sus llamas en el corazón como un fuego en una habitación cerrada. Si golpeas su pedernal se inflama, si lo descuidas se extingue. Si no es una piedra angular de la religión, por lo menos es la esencia de toda la fe.

El Imán lanzó una rápida mirada de admiración al Gran Escritor, deslumbrado por sus vastos conocimientos y por su dominio del patrimonio cultural, y en aquel momento entró el Jefe de la Oposición Oficial, que se quedó con la cabeza inclinada, escuchando en silencio, lo cual era insólito en él, y esperando la ocasión de revelar los otros aspectos de la cuestión. Casi al final, consiguió intervenir, para decir que el amor es un vapor nocivo que se sube a la cabeza desde un esperma congestionado, después de una cena pesada, contaminada por la radiación nuclear. Es una de las trampas de Satán que hace estragos en la carne, produce ahogos y palpitaciones y arrastra a los hombres como nosotros a un pozo sin fondo. Es una infección mortal que empieza como un juego y termina en la ruina, y siempre que Dios ha enviado a este mundo a uno de sus profetas, ha temido que fuera seducido por las mujeres, porque cuando el órgano del hombre se levanta, la mitad de su mente se oscurece. La erección del órgano viril es una auténtica catástrofe, ya que, una vez provocada, nada puede detenerla, ni la razón de la mente, ni la fe en Dios. El amor es como la guerra, que avanza y retrocede con furia asoladora, se lanza al combate y se retira a la desbandada. Las mujeres se acercan al amor con cara de ángel y huyen de él con la astucia del diablo. Utilizan la magia para convertir a un hombre en gato o en cordero que se arrastra sobre el vientre, y no hay hombre que haya montado a su mujer sin que ella le gritara: Me has matado.

En este momento, el Imán, presa de gran agitación, exclamó: Mátala, y mío será el pecado. Pero el Jefe de la Oposición dijo con voz serena: ¿Hay en las arcas suficiente para los dos, oh mi señor Imán? ¿Y mi parte en el amor? El guardián de las arcas guardó silencio, pero el Jefe de Seguridad preguntó rápidamente a su vez: ¿Y yo, mi señor Imán? ¿Qué hay de mi parte en el amor? Había un cierto brillo en los ojos del Gran Escritor cuando los abarcó a todos con una mirada. Al fin, el guardián de las arcas rompió el silencio, como si hubiera decidido que había llegado el momento de hablar. Sólo hay para el Imán y otro hombre al que él elija, dijo, pensando que el Imán lo elegiría a él, porque, como reza el dicho, el agua no puede rehuir al sediento. El Imán los miró como si fuera difícil elegir entre los cuatro pilares de su gobierno, no deseando ofender a ninguno de ellos. Su vida estaba en manos del Jefe de Seguridad. Sus arcas, en manos del guardián. La democracia, en manos del Jefe de la Oposición Oficial y el patrimonio cultural, en manos del Gran Escritor. De manera que la única forma de resolver el problema era hacer que los cuatro renunciaran a su parte en favor del Imán, ya que, según la fe, él era el que tenía derecho a todos los placeres de este mundo y del venidero, podía disponer, en la tierra, de tantas esclavas como deseara y, en el paraíso, de setenta y siete ninfas, por lo menos. Nadie más gozaba de estos derechos, ya que todos los hombres menos él eran iguales ante la ley y cualquier intento de cambiar esto, para introducir lo que no existe, no es sino herejía, es caer en una trampa tendida por el diablo en persona.

Por lo tanto, el Jefe de Seguridad tomó los noventa mil dinares y fue por los mercados, y habló con tratantes y agentes, en busca de la esclava que reuniera los requisitos del Imán. Dio órdenes de que no se vendiera ninguna esclava que se cotizara a más de noventa mil dinares sin serle mostrada previamente. Pero el mercado estaba bastante flojo en aquel momento, porque, después de la derrota que el país había sufrido en la guerra, la mayoría de las esclavas y de las muchachas en general había emigrado a otros países en los que Dios había creado mejores oportunidades para sus encantos. El Jefe de Seguridad iba de casa en casa, buscando minuciosamente, acompañado por sus guardias que llevaban a sus perros de caza, pero no pudo encontrar ni a una sola virgen que se

ajustara a la descripción que le había hecho el Imán. Ya iba a darse por vencido y volver con las manos vacías cuando la vio correr, ligera como una gacela, con el perro a su lado, y saltó tras ella, seguido por los guardias y los perros de caza que jadeaban y tiraban de las correas. Sólo la vio un momento, de espaldas, cuando huía en la noche, erguida y esbelta como una lanza, su fina cintura acentuaba las curvas de su cuerpo, de modo que, vista de espaldas, su silueta tenía todos los atributos sagrados, heredados e imaginados que tanto estimaba el Imán. Él levantó los brazos al cielo dando gracias a Dios. Y ella ya no tuvo oportunidad de escapar, de huir del destino, porque la voluntad de Dios está por encima de todas las cosas, y la voluntad de Dios había decidido.

El Imán la vio entrar. Estaba en la cama, encima de su última esposa y jadeaba por el esfuerzo de la cópula. Sin vacilar ni un momento, pronunció el triple juramento del divorcio, musitando las palabras tan de prisa, que la mujer ya había sido legalmente repudiada antes de que él tuviera tiempo de retirarse. El Imán se puso rápidamente un par de pantalones nuevos y la vio acercarse, la espalda erguida como una lanza y la cabeza alta, seguida por el perro Marzouk. El animal le miró a la cara una sola vez y lo reconoció, a pesar de los muchos años transcurridos, porque los perros no olvidan ni la herencia del pasado ni los hechos de la Historia, y saltó sobre él y le mordió el pantalón, y tiró con todas sus fuerzas, repitiendo lo que ya había ocurrido otra vez. Y, puesto que no está permitido a los perros hacer que la Historia se repita, el Jefe de Seguridad lo agarró por el cuello y rápidamente le encadenó las patas. Y aquella noche, cuando todo estaba en silencio, cuando todas las cosas parecían dormir, incluso el viento, lo mató disparándole una silenciosa bala a la cabeza. Mientras tanto, el Imán la había tomado en sus brazos, estrechándola con fuerza, y le había dejado una sola noche de vida. Era la noche de la Gran Fiesta, en que la Luna vuelve a estar llena. Ella yacía en el suelo, su cuerpo desnudo bañado en luz, lo mismo que cuando nació. Podía ver la cara de su madre, cansada y blanca y, mientras estaba allí tendida, susurró para sí: Debo elegir entre

salvar mi vida o morir por mis hermanas. Tengo que liberarlas para siempre del tirano.

El Jefe de Seguridad, que miraba por el ojo de la cerradura, quedó estupefacto al verla rociar el cuerpo del Imán con agua de una taza de hojalata mientras decía:

Cambia tu imagen y conviértete en cordero ahora mismo, y al momento vio aparecer un cordero que estuvo balando con insistencia toda la noche. Pero, antes de que saliera el sol, ella volvió a tomar la taza de hojalata y dijo unas palabras. Luego, roció al cordero diciendo: Sal de tu forma presente y vuelve a ser lo que eras antes. De inmediato, el Imán volvió a ser el de antes.

El Jefe de Seguridad temblaba por lo que había visto por el ojo de la cerradura, porque significaba que ella conocía los secretos de la magia y la hechicería, lo mismo que sus hermanas que son mencionadas en los viejos libros. Sentía asombro por la habilidad de esta esclava para convertir al Imán en animal de cuatro patas, mientras que él no podía hacer nada para cambiar su propia imagen. Dio una palmada de consternación. Esto sólo podía ser la voluntad de Dios que se revelaba a través de la más débil de sus criaturas. Pero desechó rápidamente esta posibilidad y suplicó a Dios que tuviera piedad de él por sus heréticas ideas. Estas cosas sólo podían ser obra de Satán, y Dios sin duda estaba de parte del Imán y nunca permitiría que prosperaran. Al cabo de un momento, suplicó a Dios clemencia una vez más, pensando que también estaba mal entender las cosas de este modo, porque la voluntad de Dios estaba por encima de la de Satán, y Satán nada podía hacer sin la voluntad de Dios. Luego apretó los labios como si hubiera decidido no volver a pronunciarse, arrimó el ojo a la cerradura y siguió mirando.

EL IMÁN Y BINT ALLAH

Era la noche de la Gran Fiesta, y aquella noche me casaron. No tuve elección. Me pusieron una túnica de un blanco puro, como la de un ángel, o como un sudario que envuelve un cadáver y me llevaron al matrimonio con una cadena atada a la muñeca. Me vi desnuda en una cama de rico mármol con adornos dorados, como las tumbas de las reinas de tiempos antiguos, y en la cama recordé que no había visto a mi madre desde los días del hospicio, en que andaba en sueños buscándola. En mi sueño, oigo la voz de Dios que me llama, y se parece tanto a la voz de mi madre que no puedo distinguirlas. Corro hacia él y hundo la cara en su pecho, escondiéndome de los demonios y de los malos espíritus. Duermo toda la noche, y Dios está conmigo, y cuando despierto por la mañana siento a Jesucristo moverse dentro de mí con suavidad de terciopelo. Lo rodeo con los brazos por encima de mi vientre, lo levanto hacia el sol, para que Dios, mi pueblo y el Imán lo vean, y les sonrío, pero ellos no me sonrían. Sus ojos giran y giran bajo sus párpados, les cae el rostro de la cabeza y sus cabezas quedan en carne viva, sin cabellos, pero sus caras están cubiertas de espeso pelo negro, y la voz dulce y tierna de Dios se convierte en aullido de lobo que me acosa en mi sueño, mientras camino en la noche, buscando a mi madre. Detrás de mí oigo un estrépito como el que haría el diablo y los pasos de cientos o miles de pies que me persiguen, un ejército inmenso, y siento cientos o miles de manos que me señalan y que desaparecen sin dejar rastro cuando vuelvo la cara, porque tienen miedo de hacerme frente. Cada uno de ellos teme estar solo, y cada uno de ellos se siente fuerte sólo cuando lleva un instrumento de muerte bien sujeto en la mano. Avanzan en tropel, con las piernas arqueadas y ojos que bizquean hacia uno y otro lado. Conozco sus caras, una a una, las caras de sus jefes

y las caras de sus perros que tiran de las correas, y cada perro tiene cara de cordero durante el día y cara de lobo por la noche. Los jefes marchan delante, seguidos por los guardias y por los perros, y por los gatos, que se unen a ellos enseñando los dientes y arrastrándose sobre patas pequeñas y carnosas, sin huesos, y sus ojos brillan de lascivia y sus vientres están hinchados de un hambre pestilente como el aire estancado en una habitación cerrada.

Yo corría, y al correr vi a mi madre que esperaba cerca de la roca, en lo alto de la montaña que hay entre el río y el mar, con los brazos extendidos hacia mí. Casi llegué a donde ella estaba, casi alcancé la seguridad de sus brazos, a salvo de todo peligro, pero al llegar arriba me paré un momento a llenarme los ojos de la belleza del paisaje, de la paz y del sosiego del lugar en que nació. Cuando me paré, admirada y enamorada, me hirieron en la espalda y, antes de caer y olvidar una sola de las letras del alfabeto, me volví a decirles: ¿Matáis a la víctima y dejáis escapar al criminal? Y ellos dijeron: ¿Quién es el criminal al que te refieres? Yo señalé la cara que colgaba de lo alto de la columna que se alzaba hasta el cielo.

Lo vi de pie, tan desnudo como pueda estar un hombre, tan desnudo como el día en que su madre lo trajo al mundo. Me encogí bajo la sábana, como solía hacer de niña, en el hospicio, y dije: ¿Quién eres? Soy el Imán. ¿No conoces mi cara? No te conozco, dije. ¿No has visto mi cara antes de hoy?, me preguntó. Y yo dije, otra vez: No. ¿Cómo es posible?, dijo él. ¿No lees los periódicos, no miras las pantallas, no has visto los retratos que cuelgan de los arcos de triunfo, no compras sellos de Correos ni del arancel? ¿Qué son sellos del arancel?, pregunté. ¿No sabes para qué sirven los sellos del arancel, niña?, preguntó. Nunca he oído hablar de ellos, dije. Él se puso furioso y dijo: Tú no eres de este mundo, no eres de los nuestros y, si no conoces al Imán, no tienes nada que hacer en esta tierra y, si no tienes lealtad hacia tu tierra, no hay sitio para Dios en tu corazón. ¿Nunca has oído gritar a la gente: ¡Que viva el Imán, que viva nuestro país, gloria a Dios!?, Yo dije: Nunca he oído gritar esas cosas. Él dio una palmada de asombro. ¿Eres del Hizb Allah o del Hizb Al Shaitan?, preguntó. De ninguno de los dos, dije. Es extraño, dijo él. ¿Conoces por lo menos nuestra herencia cultural? No leo, dije. Aunque no leas, habrás oído hablar

de Las mil y una noches y del rey Sharayar, dijo él. ¿Quién es Sharayar? ¿No conoces al rey Sharayar, que tenía una esposa rubia como la miel, que lo traicionó con su esclavo negro? No lo conozco, dije. Entonces, ¿sabes por qué una mujer blanca prefiere estar con un esclavo a estar con su marido, a pesar de que su marido es rey y tiene la piel blanca? Porque lo ama más que a su marido, dije. Él dio otra palmada de asombro y dijo: ¿Puede una mujer amar a un hombre que no sea su marido? Sí que puede, dije. Pero ¿qué puede tener su amante que no tenga el marido? Amor, dije. Él rió con fuerza, haciendo tanto ruido como los tambores de la Gran Fiesta y movió los brazos como si quisiera abarcar el universo. Mi amor es tan grande que llena todo el mundo, y mi corazón es tan grande que en él cabe todo mi pueblo, dijo. Si tienes un corazón tan grande que en él cabe todo tu pueblo, no puedes llevar en él a una sola persona.

Él apoyó la cabeza en un almohadón dorado relleno de plumas de avestruz e hizo descansar el peso de su cuerpo en una alfombra persa en la que estaba bordada la Kaaba y, cada vez que la copa que tenía en la mano temblaba, un líquido ambarino se derramaba y llenaba el hueco de la piedra sagrada. Su cuerpo desnudo estaba cubierto de pelo, pero mi desnudez era tersa, sin más vello que el de la zona del pubis. Él puso sus ojos en mi cuerpo y dijo: ¿Por qué no te arrodillas a mis pies? Nunca me he arrodillado delante de nadie. Pero yo no soy un hombre cualquiera, dijo él, además todas las mujeres se arrodillan. Yo no soy una mujer cualquiera, dije. Entonces, ¿quién eres? Una mujer sin nombre, sin padre, sin madre, que no sabe leer ni escribir, pero que no te quiere y que lleva otro amor en su corazón.

La copa que tenía en la mano tembló de modo tan violento que derramó todo su contenido inundando la Kaaba, el sepulcro y la tumba del Profeta. El Imán se levantó de un salto, con los pies separados sobre la alfombra, el pelo de todo el cuerpo erizado y los huesos rígidos hasta la médula. Su lascivia estaba ahora en su punto culminante, pero el vigor de su mente había descendido a su nivel más bajo, porque nada inflama su deseo ni le enloquece más que una mujer que se niega a dejarse poseer.

Ahora nada podía extinguir el fuego que se había encendido en él, salvo una cosa, verla a sus pies y devorarla como un buitre devora la carne, dejando solo los huesos.

Estaba sentado frente a ella, royendo sus huesos, partiéndolos como caña de azúcar y chupando el tuétano. Ella lo contemplaba como miraría al cordero cebado para la Gran Fiesta que entra en la tienda del carnicero con los ojos hundidos en las órbitas por el miedo, porque en los ojos de él no había nada más que miedo, un terrible miedo. Por más que comía, no se saciaba y, por más que se protegía, no se sentía seguro. Ella le daba un hueso tras otro, el omóplato, la cadera y luego le dio el bazo. Él tenía el vientre lleno, hinchado como un odre, pero ella seguía dándole una pieza tras otra hasta que se oyó una explosión y el rostro de él cayó al suelo. Él abrió los ojos con sorpresa, como si no pudiera creer lo que le pasaba y ella le dijo en tono de chanza: Empieza como un juego y termina en la ruina, luego saltó y se alejó con paso ligero de gacela, seguida por el perro.

RECOBRO EL CONOCIMIENTO CUANDO SE ACABA EL ÉXTASIS

En la oscuridad de la noche, mi mano la buscó, y ella la atrapó entre los dientes, que eran afilados como los de un gato, y yo le dije: Tú eres mi gatita, así llamaba también a Katie, mi anterior esposa, que escapó de mí y se marchó al otro lado del mar con su antiguo amante dejándome solo en el otro mundo. Yo no soy tu gatita, dijo ella. Pues, si no eres gata, tienes casta de tigre. Entonces me mordió la mano con tanta fuerza que me la arrancó del brazo, y, cuando me hincaba los dientes, yo sentía placer con el dolor y le di la otra mano, y ella volvió a clavar los dientes y me la arrancó del brazo. Esto no es un juego, dije, y le di la pierna derecha, y ella la mordió un momento y luego me la arrancó. Y, cuando abrí los ojos, con la cara hundida en el suelo, la vi de pie delante de mí y al momento la reconocí por su cara pálida y delgada y sus ojos grandes y negros, tan grandes como para ocultar todos los crímenes de nuestro mundo.

Le dije: Eres Bint Allah. ¿Por qué te escondes detrás de otra cara y dentro de otro cuerpo? Pero ella no dijo nada, se quedó callada, y yo pensé: Este silencio significa que piensa mucho más de lo que permite la Shariah, porque la mujer fue creada de una costilla torcida, y carece de fe y de cerebro. Traté de acercarme a ella y asegurarme de que la cara que veía delante de mí era realmente la de Bint Allah, pero entonces descubrí que tenía una sola pierna y que no estaba de pie, y empecé a arrastrarme sobre el vientre hacia ella, que permanecía quieta y callada, y me dije: Ciertamente, es una hechicera, y me ha rociado con agua de una taza de hojalata mientras dormía y me ha convertido en lagarto o en cordero. Pero no tenía cara de hechicera. Le vi en los ojos un fulgor tenebroso, como el

de los ojos de los demonios y de los malos espíritus y entonces recité varias veces el versículo del Trono, para ahuyentarla, pero ella permanecía firme como una roca, con los labios sellados en un silencio dentro del silencio, y su silencio parecía vibrar en mis oídos como un estertor de agonía. Extendí la mano hacia ella, para que me la tomara, pero cuando miré vi desaparecer todo mi brazo. Entonces moví una pierna para acercarme a ella, pero también desapareció, y poco después todo mi cuerpo se desvaneció en el aire, llevando consigo todos mis deseos, de modo que nada quedó de mí. Entonces le dije: Toma mi mano en la tuya, muchacha, porque estoy cansado de este mundo y me siento indiferente a todas las cosas, y ya no deseo nada más que oírte llamarme padre.

Mis ojos se abrieron de asombro y dije: Pero mi madre me dio el ser sin padre. Ningún niño ni niña nace sin padre, y yo soy tu padre, el Imán, dijo él. Nunca te he visto y no te conozco. Mi padre es Dios, yo soy Bint Allah, dije. Calla, te cortarán la lengua, dijo él, furioso. Dios Todopoderoso no fue engendrado ni engendra hijos. Su voz salía de algún lugar muy profundo de su ser, como si estuviera dormido. Movía una mano invisible y hablaba con una voz casi inaudible. Estoy cansado de los deseos de este mundo, dijo, y lo único que ansío ahora es abrir el cráneo de esta mujer y exprimirla el cerebro, para que, al igual que todas las mujeres ideales, se convierta en un cuerpo invisible que no tenga más que vientre. Ante sus ojos tenía todavía la imagen de sí mismo que veía en el espejo, antes de que ella, con su magia, lo transformara en cordero preparado para ser sacrificado en la Gran Fiesta, y en sus oídos aún resonaba la voz que pronunciaba su discurso, mezclada con el sonido de los cohetes que subían al cielo, mientras él estaba en lo alto del estrado, rodeado de sus partidarios del Hizb Allah que se retorcían en una danza del vientre, para manifestar su alegría, y por los miembros del Hizb Al Shaitan que gritaban sus consignas con todas sus fuerzas. Él inclinó la cabeza del cielo a la tierra, apartando su mirada de los cielos porque creía que Dios lo apoyaría siempre y que el diablo también estaba de su parte. ¿Por qué iba, pues, a temer a los que sabía que no se opondrían a sus deseos? Sus ojos iban de

un rostro a otro, buscando sin cesar, y todos y cada uno de los que formaban la multitud empujaban con el codo al vecino, para ocupar un lugar delante de todo, cerca del Imán, pero él mantenía la cara apartada de los que forcejeaban y paseaba la mirada por las últimas filas de la muchedumbre, tratando de descubrir una cara delgada y pálida y unos ojos tan oscuros como la noche. ¿Quién es él o quién es ella, hombre o mujer, cuerpo humano o espíritu? Cerró los ojos para dormir, pero entonces descubrió que había dormido durante todo el rato, con un sueño más profundo que el de una tortuga, y que ya nada podía despertarlo, ni el sonido de unos disparos, ni estallido de los cohetes en el cielo.

EL GRAN ESCRITOR

Yo estaba en primera fila, bajo las luces brillantes, cerca del Imán. En mis oídos resonaban las aclamaciones de la multitud y los estampidos de los cohetes de la Fiesta que estallaban en el cielo. Nada me separa del trono, excepto el cuerpo del Jefe de Seguridad, que está a mi derecha y el cuerpo del Jefe de la Oposición Oficial, a mi izquierda. Estoy entre los dos como un eje sujeto a cada lado por una cuerda. Si la cuerda de la derecha se afloja, inclino la cabeza hacia la izquierda y, si la cuerda de la izquierda cede, doblo el cuello y dejo que mi cuerpo oscile hacia la derecha. Estoy de pie, con la espalda erguida, vestido con el traje nuevo que compré para la Fiesta. Es de lana importada de la más cara y su color es el marrón de los granos de café tostado, lo cual indica mi vinculación a la derecha; pero llevo una corbata roja para mostrar mi simpatía hacia la izquierda. En la mano sostengo la pluma, por el centro, como un bastón. Apoyo un pie en el suelo, a mitad de camino entre el Hizb Allah y el Hizb Al Shaitan, y procuro mantener un equilibrio estable.

No movería este pie ni aunque un terremoto hiciera temblar el suelo, porque, una vez un hombre ha conseguido asentar el pie en primera fila, no debe moverlo, ni aunque el cielo caiga sobre la tierra ni aunque el rostro del Imán se desprenda de su cabeza y rueda por el suelo, porque los pies son innumerables y no hay sitio para todos, y si un pie se levanta otro ocupa su sitio de inmediato. Cada pie oprime el talón del pie que tiene delante y cada codo se clava en el estómago que tiene a su lado, como un clavo se hunde en la madera, pero yo me mantengo firme en mi sitio, sin moverme hacia un lado ni hacia el otro, la cabeza en equilibrio sobre mi cuerpo, el cuerpo perpendicular al suelo y la cara, vuelta hacia el Imán, que mira en sentido opuesto.

Él nunca me mira, pero yo siempre lo miro a él. En el colegio era al revés, porque él mantenía los ojos fijos en mí y yo siempre miraba hacia otro lado. Yo era el primero de la clase y él era de los últimos y me seguía a todas partes. Dios Todopoderoso, Tú eres el único que puede cambiar todas las cosas. Tú has dispuesto que ahora él vaya delante de mí, pero juro por tu Nombre que en el fondo de mi corazón no me rebelo ni protesto por esta calamidad, porque hasta por el daño que nos causas tenemos que dar gracias, aunque tengo la convicción, oh Dios, de que Tú sólo haces el bien y que es Satán quien crea el mal. No obstante, te ruego que tengas piedad de mí por esta blasfemia, porque Tú eres el único creador y nadie excepto Tú puede crear. Pero ¿por qué, oh Dios, revelar el secreto de tu poder a través de la más débil de tus criaturas? ¿Por qué dar autoridad a quienes son incapaces de pensar, y privar de ella a los que piensan? Ésta es una gran calamidad que produce grandes males. Pero el mal que nos depara Dios es una prueba para nuestra fe, y nosotros no podemos sino acatar su voluntad y obedecerle. ¿Acaso el mismo Dios no ha dicho: Y nosotros os maldeciremos con el mal porque el bien de este mundo produce la tentación? No obstante, si el mal viene de Satán, es deber nuestro resistirnos. Pero ¿cómo podemos decir si viene de Dios o de Satán? En verdad juro, oh Dios, que no me opongo a tu sabiduría porque nadie sino Tú, oh gran transformador de las cosas, puede hacer mal del bien y bien del mal.

Antes yo tenía un cuerpo fuerte y un espíritu débil, pero ahora he madurado, y mi cuerpo se ha debilitado, mientras mi espíritu ha ascendido hasta los cielos. Mi esposa legal ha dejado de leer lo que escribo y se niega a acatar la Ley de la Obediencia^[18] y respetar la Shariah y constantemente discute conmigo sobre cosas sagradas. Se obstina en afirmar que tiene una cabeza sobre los hombros y que su cabeza es tan buena como la mía, herejía que nunca había oído en boca de mis esposas anteriores, legales o ilegales, permanentes o temporales. Ninguna de ellas se atrevía a levantar la voz más que yo y, cuando se reía, escondía la boca detrás de la mano y pedía misericordia a Dios. Si la pegaba, de acuerdo con las reglas del castigo de la Shariah, nunca se quejaba y, si me levantaba de la cama para ir en busca de mi amante, fingía dormir y, si dormía, se sumía en un sueño

más profundo. Pero esta última esposa mía mantiene los ojos muy abiertos y sus pupilas son tan negras como el rostro del diablo. Cuando ríe, echa la cabeza atrás con abandono, y ni yo puedo inclinarla tanto, y su risa es mucho más espontánea y tiene más alegría que la mía, de modo que sus carcajadas suenan como si expulsaran todo el aire acumulado en el vientre y los pulmones. Me hace sentir que hay dentro de mí bolsas de aire viciado que, a pesar de mis esfuerzos por librarme de ellas, han permanecido cerradas desde la niñez. Su risa provoca en mí más envidia que deseo, y la dejo desnuda en la cama y voy en busca de mi amante, que en vano trata de reavivar mi virilidad fingiendo que se entrega con completo abandono, como si yo la matara poco a poco.

Mi esposa insiste en que todo ello es señal de madurez, prueba de una nueva fuerza espiritual, la muerte del cuerpo y la resurrección del espíritu. Pero yo no estoy de acuerdo y le digo que no es más que una pérdida de fe en la religión y en un código moral; y es que todas estas mujeres han perdido la vergüenza y el sentido de la decencia. Al oír esto ella hace un ruido como si roncara y se vuelve de lado, dándome la espalda y mirando al techo con los ojos cerrados. Yo me quedo tendido unos momentos, me levanto y me pongo los pantalones. Cuando vuelvo a la cama, mi esposa ya no está. Me tiendo solo, de cara al techo.

En la pared, delante de mí, está colgado el retrato de mi padre en un marco. Su cara es como la mía, redonda, carnosa y colorada, señal de buena salud o de una tendencia al sonrojo. Tiene una nariz recta y seria como la mía, lo que demuestra que es mi padre y que mi madre le fue fiel. Mantiene la cabeza erguida, sin inclinarla ni a derecha ni a izquierda, en la postura que suele tomar mi propia cabeza. Hijo, la mejor línea a seguir es la moderación. Evita los extremos, solía decir, pero, cuando de mi madre se trataba, olvidaba toda moderación. Ella le pegaba de noche y él le pegaba de día. No obstante, decía: A las mujeres, hijo, tienes que pegarles a diario, si no quieres que ellas te peguen a ti, porque todos somos adoradores o adorados y no hay término medio. Pero mi madre solía decir: Para los hombres, hijo, nosotras, las mujeres, somos o esposas a las que respetan y no desean, o amantes a las que desean y no respetan, y no hay

término medio. Y, cuando decía esto, yo veía cómo una nube gris le cubría la cara.

Ella dormía de cara a la pared, mi padre, de cara a Dios y yo me acurrucaba en el espacio que quedaba entre los dos, como un embrión en un vientre. Todas las noches oía la voz de mi padre que leía el Libro de Dios antes de dormirse y recitaba tres veces el versículo del Trono para ahuyentar a los diablos y los malos espíritus. Cuando sentía que le pesaban los párpados, ponía el Libro de Dios cerca de la negra pistola que guardaba bajo la almohada. Su padre se la había regalado en la Gran Fiesta, cuando todavía era niño, y siempre que oía ladrar a un perro acercaba la mano a la culata de la pistola, que tenía escondida bajo la almohada, pero, cuando en su bajo vientre se levantaba la glándula del diablo, su mano derecha también iba hacia la pistola, mientras la izquierda buscaba el cuerpo de mi madre bajo el camisón. Mi madre no tenía más que ver brillar la pistola un momento bajo la almohada para empezar a desnudarse, retorciéndose bajo la sábana. A pesar de todo, antes de acostarse, rezaba una oración pidiendo a Dios clemencia y protección contra el mal y las tentaciones del diablo, hacía sus abluciones cinco veces con agua y jabón, se arrodillaba a rezar a Dios siete veces, se cubría la cabeza con un velo y, nada más cerrar los ojos, se sumía en el sueño profundo de los puros y los piadosos.

Yo también dormía con el sueño profundo de un niño, sin ver ni oír nada, sólo fantasmas y malos espíritus. El miedo se arrastraba hacia mí desde todos lados y penetraba en mi cuerpo como un aire frío, y yo me mantenía quieto en mi sitio, en medio de la cama, sin moverme ni hacia la derecha ni hacia la izquierda, para no tocar ni a mi padre ni a mi madre. Tenía miedo de los dos y, con el miedo, se infiltraba el odio en la cama y penetraba en mi cuerpo con el aire, de modo que, por muy cálido que fuera el abrazo de mi madre, yo procuraba evitar hasta el más leve contacto con ella, y, por mucho cariño que me demostrara mi padre, yo seguía sin amarlo.

Mi padre era el jefe de un culto religioso y solía hacer amuletos para las mujeres, que se sentaban con él en la oscuridad de la noche. Era una ocupación que había heredado de su padre, de manera que con la religión podía ganar el dinero que no conseguía criando gallinas y conejos. Solía

colgar las palabras de Dios del cuello de las mujeres y decoraba el amuleto con una cuenta azul suspendida de un hilo. Volvía a casa con carne y verduras del mercado, pero en los bolsillos traía piastras que olían a sudor de mujer.

Yo me encerraba a estudiar mis lecciones y, cuando se acercaban los exámenes, me acordaba de Dios y me postraba tres veces a cada oración implorándole que me ayudara a aprobar, y Dios siempre me respondía, y así, año tras año, iba pasando de clase en clase.

Así vivía, de éxito en éxito, sin saber qué quería decir la palabra fracaso. Los escritores caían en el olvido, pero yo sobrevivía incólume al lado del Imán. Escribía sin parar, sin leer nunca lo que escribía, contento de ver todas las mañanas mi fotografía en el periódico, con su recuadro. Pasaba cada día como un breve lapso de vida entre un sueño y el siguiente, y pasaba cada noche yendo de un nivel de sueño a otro, sentado con el Imán, brindando una y otra vez por nuestra vieja amistad. Después, muy tarde, íbamos a la Casa de la Alegría. En las fiestas y celebraciones, yo estaba a su lado mientras él tartamudeaba su discurso y el sol brillaba sobre su cabeza como el ojo abierto del cielo que irradiaba los colores del arco iris, y las multitudes lo aclamaban. Entonces mi mente pensaba que en este ancho mundo nuestro tiene que haber una voluntad más fuerte que la de Satán que me ha hecho unirme al Hizb Allah y gritar al unísono con ellos: Que viva el Imán.

Cuando estoy bajo las luces, miro en derredor, buscando en todas partes esa voluntad más alta que la mía, sin saber de dónde ha de venir, sólo que está fuera de mi ser y que quizá caiga de la cúpula del cielo o brote de las profundidades de la tierra, o de las calles, callejones y caminos, o de las casas, que son como tumbas envueltas en humo, o de las miradas de frustración de los que trabajan la tierra, o de las caras de los niños cubiertos de moscas, que tienen voz de trino, o de las banderas que flamean el día de la derrota, o de los cohetes que suben al cielo celebrando la Fiesta. Estoy cerca del Imán, con el pie plantado firmemente en el suelo, temiendo perder mi sitio si hago el más pequeño movimiento. Veo

el sol como un ojo muy abierto que vigila nuestras almas desde las alturas, y, cuando la cara del Imán cae al suelo, el cielo no cambia ni cambia la tierra, y las aclamaciones de la multitud siguen sonando lo mismo que antes y los cohetes estallan con sus colas de colores, y yo sigo echado a su lado con el rostro contra el suelo, como si no hubiera visto nada, como si no viera que el Imán es el mismo, que el nuevo Imán es el viejo, porque, aunque el cuerpo haya cambiado, la cara es la misma y él sigue tendido en el suelo cerca de donde yo estoy. Puedo ver una nube transparente que flota ante mis ojos como una bruma y puedo percibir el polvo en mi nariz. Mi cabeza ya no está en equilibrio sobre mi cuerpo ni mi cuerpo está perpendicular a mi cabeza. Mi pie ha sido expulsado y su lugar ha sido ocupado por otro pie, y mis ojos miran entre mis párpados primero a la izquierda y después a la derecha, pero no hay rastro de ninguno de los miembros del Hizb Allah ni del Hizb Al Shaitan ni del cuerpo del Imán. Estoy echado en el suelo, solo, y el sol me mira con su ojo llameante, y la tierra bajo mi cuerpo está fría, y la voz de mi padre suena en mis oídos como la voz del Imán. Miro en su dirección continuamente, pero él vuelve la cara hacia el otro lado y por mis venas corre el fracaso y hace gritar a mi cuerpo. Cierro los ojos, preparándome para el descanso eterno, aspirando el polvo con lentitud, muriendo sin prisa. De mi cuello cuelga la llave del paraíso, pero tengo mucho tiempo para saborear las dichas del Edén y mi mente se detiene en las imágenes de las setenta y siete ninfas, unas rubias y otras morenas, y no sé a cuál elegir. Hay en mi boca sabor a muerte, una amargura que se disuelve lentamente, con un fuerte aroma de placer. La bebo despacio, sorbo a sorbo, como un vino amargo al principio y dulce después. Ríe con una fuerte carcajada, abandonándome, venciendo por fin mis inhibiciones, expulso el aire del pecho y del vientre, y por primera vez mi voz suena en mis oídos más espontánea que la de mi última esposa. Ya no tengo dentro aire estancado de los días de mi niñez, ni envidia, ni deseos. He gustado los placeres de este mundo hasta la saciedad y ahora soy indiferente a ellos, y en mi rostro no hay nada más que una sonrisa angelical.

Lo llevaron a su última esposa en una caja adornada con borlas. Encima de la caja estaban su nombre, grabado en grandes letras, y su retrato, grande y con marco de oro. Había en su rostro una sonrisa virtuosa, y aquella imagen se grabó en la memoria de la esposa, porque revelaba la tristeza que había en el corazón de su difunto esposo. Ella la recordaría como prueba de su sensibilidad, de su capacidad para el sentimiento profundo, a pesar de que, durante su vida en común, le había oído reír y bromear continuamente y de que, en todos sus encuentros, tan pronto como ella lo rodeaba con sus brazos, él se escurría como un pez. Durante sus ausencias, los había unido la tristeza, lo mismo que antes el amor, y fueron pasando los años, pero ella seguía recordándolo y, cuando se encontraban, ella lo rodeaba con los brazos y él se escurría de su abrazo como un pez. En vano trataba de retenerlo. Sus manos salían del mar vacías, y todo lo que quedaba de él era su retrato en un marco y sus palabras impresas en los periódicos, palabras que ni él ni ella ni nadie, salvo el Imán, leía. Por la noche lo veía tendido de espaldas mirando a su hijo con ojos muy abiertos y gesto de duda, porque su nariz no se parecía a la de él, ni a la de su padre, ni a la de su abuelo. Y así con fuerza la naricita del niño, como si tuviera en la mano la prueba definitiva de la infidelidad de su esposa, y el niño abría los ojos con todo el miedo del mundo. Y, al ver brillar en la oscuridad los ojos de su padre como los del diablo, cerraba los suyos apretando los párpados con todas sus fuerzas. Una noche oyó que su padre preguntaba: ¿De quién es hijo?, y que su madre respondía: Es hijo del amor. Aunque era un niño, comprendió que aquel hombre no era su padre. Feliz con este pensamiento, cerró los ojos y durmió plácidamente hasta la mañana.

PRUEBA DE INOCENCIA

Estaba erguido, con la espalda recta y la cabeza levantada hacia el cielo bajo el sol. Tenía en la frente la marca de su fe en Dios, prendida en el pecho, la Estrella de la Victoria y, en sus oídos, las aclamaciones de la multitud, cien veces repetidas: Que Dios sea contigo. De pronto, mientras él pronunciaba su discurso, con el Jefe de Seguridad a su derecha y el Jefe de la Oposición y el Gran Escritor a su izquierda, el aire pareció explotar alrededor de él, su cabeza osciló y su rostro se desprendió, se dobló y cayó a sus pies. Los cohetes seguían estallando en el cielo, pero su cabeza ya no estaba erguida bajo el sol y su rostro había caído al suelo, de modo que el polvo empezaba a llenarle la nariz, pero el Jefe de Seguridad le miraba como si no hubiera pasado nada. Él abrió la boca, para hacer una pregunta rápidamente, antes de que se le olvidara lo que quería decir. ¿Qué le ha pasado al mundo? El Jefe de Seguridad abrió la boca y contestó: Nada, Excelencia, todo está en orden y Dios está contigo. Pero el cuerpo del Imán temblaba de furor y gritó: Al infierno conmigo, idiota, ¿no ves lo que pasa?

Y el Jefe de Seguridad, haciendo un esfuerzo, abrió los párpados, sacó la pupila y miró a la oscuridad hasta que la vio huir en la noche, ligera como una gacela. Oprimió los músculos de sus labios y dio la alarma, y la tierra pareció abrirse, y rápidamente acudieron todos sin excepción, los del Hizb Allah y los del Hizb Al Shaitan. Parecían venir de todas partes, abriéndose paso a codazos e insultándose, con los perros detrás, ladrando sin parar. Delante iba el Jefe de Seguridad, corriendo a toda velocidad, con una antorcha en cada mano, y los otros lo seguían, tratando de no quedar rezagados. No sabían por qué corrían, pero se había dado la orden, y cuando se da la orden no caben preguntas ni discusiones, y mucho menos

por cuanto que la discusión es un invento importado del extranjero, que no forma parte de nuestra tradición cultural, y el que nos trae lo que no existe en nuestra tradición está conspirando en favor del caos, y en nuestra religión conspirar es un delito más grave que matar. Sólo un hereje, un infiel, un traidor a la nación y al Imán se atrevería a discutir sobre estos asuntos, y, si fuera una mujer, el crimen sería aún peor, porque entraría en el terreno del vicio y el deshonor, porque el honor exige defender nuestro país, y defender nuestro país exige proteger la castidad y el honor de nuestras mujeres. Nada hay más importante que la propiedad del cuerpo de la mujer, porque los hombres nunca han de tener dudas sobre el origen de su descendencia. Todos han de saber quién es el padre de cada hijo, y los hijos legítimos deben separarse de los hijos de padre desconocido. Puesto que la paternidad depende del consentimiento del padre, a falta de este consentimiento, un niño no tiene derechos, y lo único que puede hacer es rezar, ayunar y arrepentirse de sus pecados, y, si es niña, su pecado es doble que si es niño y sólo tiene la mitad de los derechos que se le conceden a él.

Ella oía tras de sí botas con tacón de hierro, voces roncadas, jadeos y perros. Seguía corriendo sin saber por qué. La noche era oscura y a una luz lejana veía a su madre erguida, esperándola en lo alto de la cuesta, llamándola con su voz dulce: Bint Allah, ven, y abriendo los brazos con un viejo anhelo. Ya sólo las separaban tres pasos. Ella dio el primero y el segundo corriendo. Sólo quedaba el último, pero, al llegar a lo alto de la montaña, allí donde empieza otra vez el descenso, entre el río y el mar, se paró para llenar los pulmones de aire puro y de los olores del lugar en el que había venido al mundo y en el que se iría de él. Alzó la cabeza y aspiró profundamente. El cuchillo se hundió en su espalda y, antes de caer y olvidar el alfabeto, se volvió y dijo: ¿Cuál puede ser el crimen de una virgen que no ha sido tocada por mano de hombre? Y ellos dijeron: La muchacha que muere virgen va al paraíso, pero cuando nosotros te enviemos al otro mundo ya no serás virgen.

El Jefe de Seguridad, jadeando, se limpió el sudor con un pañuelo de la mejor seda, y la columna de hombres que lo seguía se limpiaron el sudor con pañuelos de peor calidad, y los perros que seguían a los hombres y que no tenían pañuelo se limpiaron el sudor con sus patas reseca y agrietada. Sonó en el silencio un ruido de cadenas como los gritos de la multitud el Día de la Victoria o la risa en una noche de bodas. El cuerpo encadenado de la muchacha se arrastraba por el suelo como un cordero que es llevado al matadero. El ojo del cielo, de un rojo encendido, miraba por encima del horizonte, los ángeles vestidos de blanco batían palmas con deleite, el Hizb Allah tocaba el tamboril y el Hizb Al Shaitan bailaba mientras ella yacía clavada al suelo con los brazos abiertos y las piernas abiertas, una pierna hacia la extrema izquierda y una pierna hacia la extrema derecha, y las piedras caían sobre la marca del diablo que tenía en el centro del cuerpo. Ella no se estremecía ni se movía ni volvía la cabeza. Estaba allí, tendida, con su cara delgada y pálida levantada hacia lo alto, con sus ojos grandes, un mundo de quieta negrura, su pupila, oscura como la noche más oscura, en las más vastas tinieblas, y con la mente clara, brillante, de un blanco cristalino, como la luna en las aguas del río.

En la oscura fosa cavada en la tierra, sus ojos permanecían abiertos, siempre viendo y, su memoria, siempre recordando la cara de una madre, eterna como la cara de Dios y, sus oídos, siempre oyendo la voz dulce que llamaba: Bint Allah, ven. Ella levanta los ojos para mirar al cielo y la cara de Dios desaparece en las nubes, y la cara de Satán la mira, cubierta de pelo, con su cabeza desnuda y roja bajo el sol. Oye preguntar al Jefe de Seguridad: ¿Cómo te llamas? Me llamo Bint Allah, dice ella. Tu mismo nombre ya es una herejía. ¿Quién te puso ese nombre? En el hospicio me llamaban Bint Allah y tenía una hermana que se llamaba Nemat Allah, pero murió siendo niña, y un hermano que murió en la guerra. ¿Has tenido tú una hermana que muriera siendo niña o un hermano que muriera en la guerra? ¿Cómo se llamaba tu hermano?, preguntó él, y ella respondió quedamente: Fadl Allah. Él asintió, se enjugó la cara con el pañuelo dos veces, pidió a Dios que tuviera piedad de ellos y dijo: Lo conozco, tengo

una foto suya en el archivo, pero su nombre no está registrado ni en el Hizb Allah ni en el Hizb Al Shaitan, y ello demuestra que no es de los nuestros, y el que no es de los nuestros sólo puede ser un engendro del diablo. Y ella dijo: Mi hermano murió mártir por su país y luchamos juntos en la misma trinchera, y con mis propios ojos le vi combatir al enemigo. ¿Qué dices?, preguntó él. ¿Estabas con él en la trinchera? Sí, dijo ella. ¿Los dos solos? Otro crimen. Porque, si un hombre y una mujer que no están casados por la Shariah se encuentran a solas en un lugar apartado, Satán estará allí. Pero él es mi hermano, dijo ella. Él es tu hermano de leche, y no está permitido que estéis juntos. En el hospicio no teníamos ni madre ni nodriza, sino que bebíamos la leche del mismo búfalo. Búfalo o madre es lo mismo, dijo él, porque ambos tienen pechos para amamantar. Él es tu hermano de leche por decreto del Imán y tu castigo es morir lapidada. Soy inocente. Aún soy virgen, nadie me ha tocado. Te examinaremos para comprobar tu virginidad, porque, sin una prueba fehaciente, no puedes ser absuelta.

EL JUEZ

Desde la oscura y honda fosa en la que me encontraba, vi salir a la luz la cara del juez. Lo reconocí de inmediato y, antes de que tuviera tiempo de desaparecer, le dije: Eres el Imán. Soy el juez, no el Imán. ¿Cómo puede el criminal asumir el papel de juez?, pregunté. Yo soy el que hace las preguntas y no tú, respondió él, e inmediatamente después se extinguió la última luz, y era tan oscura la noche que tan negro estaba si abría los ojos como si los cerraba. El aire fresco era como las olas de un mar invisible y sus palabras caían en mis oídos pesadamente, como gotas de oro fundido.

Estaba ante mí con una faja negra sobre su carne desnuda, su cabeza calva relucía, su cara estaba cubierta de pelo, y sus ojos, hundidos en el fondo de sus órbitas. ¿No reconoces mi cara?, preguntó. Sí; es la cara del Imán, dije. No soy el Imán, soy el juez. ¿No ves que soy el juez?, preguntó. Como nunca he visto a un juez, no puedo decirlo. ¿Nunca has visto mi fotografía en los periódicos? No compro periódicos, dije. ¿Por qué no compras periódicos? El precio de un periódico me alimenta de pan durante tres días. Pero una persona civilizada no vive sólo de pan, dijo él. ¿No te interesa la cultura? ¿Eres una mujer o un animal?^[19] El precio de un búfalo es más alto que el de una mujer, respondí, y un hombre puede tener cuatro esposas pero sólo un búfalo. Cuando era niña, como no tenía madre y estaba en el hospicio, me crió un búfalo, y tenía una hermana que murió siendo niña y un hermano que murió en la guerra. ¿Has tenido tú una hermana que muriera siendo niña o un hermano que muriera luchando en la guerra?, pregunté sin respirar.

El Imán murió luchando y el Profeta murió luchando, y Jesucristo murió acosado por sus enemigos, y yo nunca he dejado de librar las

batallas que libran nuestros profetas, dijo él. En la última sesión, el Imán me nombró juez y me ordenó que enseñara a la gente todo lo que había aprendido de él siendo niño. El espíritu humano vive cuatro fases diferentes, pero en ninguna de esas fases gusta de vivir en la herejía y en el pecado como Namrud y Safrutz y Awizra'a,^[20] que esparcían la herejía en el tiempo del Profeta. Yo vi a Dios en mis sueños mucho antes que cualquiera de los miembros del Hizb Allah o el Hizb Al Shaitan tuvieran un atisbo de Él y he visto al Profeta en la noche de la Revelación^[21] que precede a la Gran Fiesta. En realidad, he visto a todos los profetas, desde Adán, Noé, José y Aarón, pasando por David, Salomón y Zacarías hasta Jesucristo. Estaba delante del Profeta con la cabeza alta pero el alma encogida de humildad dentro de mí. Y bajó Gabriel, que la paz sea con él, en forma de ángel y en sus alas me llevó lejos, para que pudiera ver hasta el fin del mundo, más allá de lo que ha visto nadie. Cerré los ojos, y cuando los abrí me encontraba en el más alto reino de los cielos, donde está el árbol de las espinas,^[22] desde el que se domina la infinita extensión del universo. Allí oí que Dios me llamaba, diciendo: Juez de los jueces, aparta la niebla que te nubla los ojos, para que se renueve tu vista, se renueve tu rostro y se renueve tu espíritu. Al momento, mi memoria se hizo clara como el cristal y comprendí que yo era el alma misma del Imán, que no era otro que el Imán en sus fases anteriores y que Dios me había revelado todos los secretos del universo, de las ciencias y de la medicina, a fin de que pudiera reconocer una enfermedad y prescribir el remedio, distinguir al que dice la verdad del que miente, la voz de Dios de la voz de Satán, a la mujer fecundada de aquella cuyo vientre está vacío, a la virgen de la que no lo es, el sexo del niño antes de nacer, al padre legítimo del ilegítimo. Ahora también podía tratar a las mujeres que sufren dolores menstruales, hambre de sexo o la desmesurada lascivia, y en verdad a cada mujer revelo una parte de mis secretos, proporcional al bien que ella me depara y a la caridad que hace por el amor de Dios. Porque los que dan generosamente serán recompensados y si me das una parte de lo que Dios te ha concedido, yo te diré si eres virgen o no y si el hijo que llevas en tu vientre, varón o hembra, es fruto de la virtud o del pecado.

La cara de la mujer palideció como si de pronto toda la sangre hubiera huido de ella. Juro que soy virgen y que nunca me ha tocado un hombre, dijo. Si en mi vientre hay un hijo, sólo puede ser Jesucristo, porque en sueños he recibido varias veces la visita de Dios. Y él gritó: Silencio. Mereces que te corten la lengua. Quítate la ropa para que pueda examinarte, porque yo soy el que puede saber si alguien te ha tocado, sea hombre o espíritu, porque hay malos espíritus que van a las mujeres en la oscuridad de la noche. Quítate la ropa y no temas.

Al desnudarse, ella temblaba y le crujián los dientes. Se tendió en la mesa. En la pared, sobre ella, se veía la gran mano de él, una sombra negra y enorme con cinco dedos. Dos brazos invisibles se extendieron y le ataron las manos y los pies a las cuatro columnas de mármol blanco de la mesa, y el frío le recorrió los huesos de la espalda, mientras estaba allí tendida, desnuda, mirando al techo. Él la miró en silencio, corrió la cortina de la puerta y la habitación quedó más oscura que la noche. Casi la tocaba, pero ella no podía verlo, y él seguía a su lado sin moverse, mientras ella escuchaba al mundo y el mundo miraba en silencio.

De pronto, ella sintió que dos manos se arrastraban sobre su cuerpo tendido en la mesa, y trató de salir de debajo de la pesada manta de la noche, pero su cuerpo estaba atado con cuerdas. Le oyó exhalar el aire una vez, dos, tres... y a cada espiración ella moría un poco más, como los muertos que están en el depósito. Pero las llamas que desprendía el cuerpo de él crecían y crecían como cuando se echa leña seca al fuego. Ella estaba tendida con los brazos abiertos en súplica a Dios, pero las llamas eran cada vez más altas, como si él no pudiera dominarse, al igual que el dios de la guerra y la devastación que hace nuevas víctimas para su placer. En la penumbra, por una pequeña grieta abierta en las profundidades de la tierra, ella vio salir una mano, primero, el dedo gordo, que no tenía uña, luego, el meñique, con una uña muy larga, después, la palma de la mano, lisa y sin pelo y por fin el dorso, cubierto de una piel áspera y oscura, con tortuosas venas azules y puntos negros, como pecas viejas o raíces secas de pelos muertos y caídos. Oyó la voz de él que le pedía que expulsara el aire de su pecho, y a cada respiración ella sentía que su cara tocaba la pared, se acercaba lentamente a la sombra y volvía la cara hacia ella, pero en su

interior no hallaba fuerzas para mirarla. Le parecía un gigante que girara sobre sí mismo para volver hacia donde ella estaba tendida, y la mano invisible reaparecía y le pellizcaba la nariz o un pezón, no estaba segura, y luego volvía a oírse el jadeo y saltaba una lengua de fuego que crecía y se contraía, se retorció y bailaba y le quemaba la carne.

Ella estaba tendida en la oscuridad y tenía en el cuerpo un profundo desgarró que le llegaba hasta el hueso, y debajo de su cuerpo había una cinta de sangre roja. Oía las canciones de la Fiesta, las voces de los ángeles que se elevaban en un himno de alabanza, el repique de las campanas de las iglesias y el canto de los gallos que anunciaban el amanecer. Entonces vino la llamada a la oración, el sacrificio de las víctimas en los patios en los que estaban atadas y las aclamaciones de la multitud multiplicadas mil veces por los micrófonos: Gloria a Dios, a la nación y al Imán. Él estaba en el estrado, pronunciando su discurso. A su derecha, el Hizb Allah, a su izquierda, el Hizb Al Shaitan y, en la tribuna del harén, las esposas legales, encaramadas a sus altos y puntiagudos tacones y rodeadas por las mujeres de las sociedades benéficas, las madres modelo, las viudas de los mártires, los hijos de Dios con túnicas de percal blanco, los colegiales con uniformes de explorador, las muchachas de la Casa de la Alegría con vestidos de danzarinas tañendo con los dedos pequeños discos de cobre al compás de una melodía. Los cohetes de colores que celebraban la Fiesta subían al cielo y en la tierra el redoble de tambores se mezclaba con el lamento de las flautas, las aleluyas de alegría, los gritos de dolor y las detonaciones secas de un arma de fuego.

Pero el clamor de sus oídos es como un silencio que ella no puede oír, y el desgarró de su carne es una herida que sangra sin dolor. Ella deja su cuerpo allí tendido, se va de él sin pesar y se pone en pie. Camina por la tierra sin cuerpo, como un espíritu como o un sueño, moviéndose de un lado a otro con pies que no rozan el suelo. Su cara es pálida y delgada, con ojos muy abiertos, pestañas espesas y pupilas negras y alerta. Su mente es como el agua del río, pura, fluida y cristalina.

Vi a las mujeres cerca de la puerta exterior. Vestían túnicas negras y formaban largas colas, esperando turno para comparecer ante el juez. Se empujaban unas a otras y se peleaban por entrar cuanto antes, porque, al contacto de su mano bendita, la enferma se cura, la esposa estéril concibe y la embarazada da a luz, la culpable se hace inocente, la soltera se casa, la paralítica camina, la que está en la cama se levanta, la sana enferma, la loca recobra el juicio y la cuerda es curada por Dios de toda razón. El ojo abierto se cierra y el ojo cerrado se abre, porque él es el juez y Dios, a petición del Imán, le ha revelado todos los secretos de las ciencias, de las leyes y de la medicina y por cada medida de secretos que él revela a una mujer, ella debe dar a cambio una medida de buenas obras.

Recordé que ya había pagado antes de entrar a verle. Había una caja colgada en un lugar oscuro, a fin de que cada mujer pudiera pagar sin ser vista. La voz del pregonero recorría la fila de las mujeres que estaban en la puerta susurrando: Pagad, siervas de Dios, porque, por la voluntad de Dios, el que hoy da mañana recibirá no sólo en el paraíso sino también en este mundo, del Banco de la Fe,^[23] bajo el patrocinio del Imán nuestro señor. Alá es el Supremo. Es el Magnánimo que da al rico, y toda la riqueza es suya, y con ella nos provee. La riqueza es del Dios de los dos mundos, y no obstante Él pide caridad y préstamos a la gente: «El que hace a Dios un buen préstamo será recompensado con creces.» Contribuid, siervas de Dios, a los fondos del Banco de la Fe, bendecidos por Dios, y se os pagará más del cincuenta por ciento, porque nosotros negociamos con oro y no tememos la quiebra. Venid, hombres y mujeres de buena fe, porque con Dios el interés alcanzará el setenta por ciento. Pagad en secreto, que nadie os vea, porque la caridad hecha en secreto aplaca la ira de Dios y cura al enfermo. La mujer estéril tendrá hijos y la paralítica andará. Fátima, la hija del Profeta, ungía de perfume los dinares que daba en caridad y cuando le preguntaron por qué respondió: He oído decir al Profeta que un dinar dado en caridad pasa por las manos de Dios antes de ir a los pobres.

Me aprieto el cinturón al vientre, no como ni bebo, entrego piastra tras piastra en las manos de Dios, cierro los ojos y me duermo con el sueño

profundo de los niños.

Abro los ojos en la oscuridad y oigo a Dios que me llama con la voz de mi madre, cálida y suave como su pecho. Corro hacia ella y la veo desde lejos, de pie en la oscuridad, esperándome, con los brazos abiertos. Aún tengo que dar un paso más para arrojarme en sus brazos, pero dejo de correr un momento para recobrar el aliento, y ellos me apuñalan por la espalda. ¿Por qué? No lo sé. Me vuelvo a mirarlos antes de que se me olviden las palabras o las letras del alfabeto y les digo: ¿Por qué me atacáis si doy a Dios todo cuanto tengo? Y ellos dicen: Hemos especulado con oro y el Banco de la Fe ha quebrado, porque tú eres hija del pecado y nos has traído la mala suerte, y Dios nunca nos hará victoriosos ni multiplicará nuestros beneficios hasta que seas borrada de la faz de esta tierra.

LA QUEJA

Yo pregunté: ¿A quién puedo quejarme? ¿A quién puedo recurrir en demanda de justicia? Y ellos dijeron: Al Imán, que es nuestro jefe. ¿Puedo quejarme a él de él?, pregunté. Todos nos quejamos a él de él, dijeron. Quejarse, si no es a Dios, es humillarse,^[24] dije. Doblé la queja que había escrito y me la escondí en el pecho, para que nadie la viera, pero los espías del Imán lo advirtieron, porque sus espías estaban en todas partes. Preguntaron: ¿Qué escondes en el pecho? Nada, dije. Me descubrieron el pecho y encontraron la queja doblada, que había escrito de mi puño y letra. La cogieron con fuerza y dijeron: Ya tenemos la prueba concluyente de tu gran delito. ¿Cómo te atreves a poner por escrito y de tu puño y letra tus quejas contra Dios? Yo dije: Es una queja contra el Imán. ¿No sabes que el Imán es el representante de Dios en la tierra y que todo el que se opone al Imán se opone a Dios? No lo sé, dije. ¿Cómo que no lo sabes? ¿No lees los periódicos? ¿No vives en este mundo? Yo no leo vuestros periódicos ni vivo en vuestro mundo. Eso es otra herejía, un nuevo crimen. Todo el que nos trae algo que no tuviéramos ya, causa daño y conspira para crear el caos, y conspirar es un crimen mucho más peligroso que matar.

El juez dictó sentencia de muerte contra ella y dijo que había cometido tres crímenes: conspiración, crimen contra el honor y herejía. Antes de ejecutar la sentencia y rezar la oración de los ausentes por su alma, le preguntaron en tono dulce: ¿Qué deseas antes de decir adiós a este mundo? Y ella dijo: Deseo un juicio público y una defensa legal. Y ellos dijeron: Tenemos una oposición legal, pero nunca hemos oído hablar de defensa legal. Se marcharon y volvieron arrastrando consigo al Jefe de la Oposición Oficial. Él se situó frente a ella, con un turbante blanco en la

cabeza, símbolo de su devoción a la causa de la justicia. Se había prendido en el pecho una estrella roja, el emblema oficial del Hizb Al Shaitan. Estoy a tu disposición, le dijo con voz dulce. Ella le miró a los ojos y dijo: Soy inocente de todo, de crimen, de padre y de madre... Pero él la interrumpió: ¿De padre? Sí, de padre, dijo ella. Él meditó un momento, luego asintió lentamente y dijo: Esto es en verdad una calamidad y sólo puede haberte sido enviada por Dios con un fin, porque el versículo dice: «Os hemos enviado la calamidad del mal, porque el bien puede ser causa de tentación.» ¿No conoces este versículo?, preguntó él. No, dijo ella, no lo conozco. Es un versículo muy conocido, el trigésimo quinto versículo de la Sura^[25] de los Profetas. ¿De verdad no lo habías oído nunca?, dijo él con voz de vivo asombro. No lo conozco, insistió ella. Debes aprendértelo de memoria antes de morir. Sólo así podrás ir al cielo y no al infierno.

Él metió la mano en el bolsillo de su caro pantalón del mejor tejido y sacó un papel y una pluma estilográfica con capuchón de oro. Sostuvo la pluma entre las yemas de sus dedos, tan finos como los de las esposas legales, y escribió con claras letras negras: Os hemos enviado la calamidad del mal, porque el bien puede ser fuente de tentación. Luego puso el capuchón de oro en la pluma, con tres vueltas de rosca, y la guardó en el bolsillo de su caro pantalón, hecho lo cual sus dedos reaparecieron tan suaves y tan blancos como siempre. Luego volvió a hablarle con su voz dulce y le dijo: Repite este versículo tres veces antes de las comidas y tres veces después de las comidas y, si Dios quiere, te verás en el paraíso.

Ella sostenía el papel como un niño se aferra a una paja en el mar turbulento de la vida, y recitaba el versículo de día y de noche hasta que se lo aprendió de memoria. Por una rendija de la puerta, podía ver cómo cavaban en el suelo una fosa para ella y luego la ataron con cuerdas de cáñamo, pero ella seguía recitando: Os hemos enviado la calamidad del mal, porque el bien puede ser fuente de tentación. Los oídos del Imán, que estaban en todas partes, la oyeron recitar, y lo que oyeron sus oídos lo puso furioso. ¿Hasta cuándo recitas las palabras de Dios cometes errores?, dijo ¿Qué errores? ¿No es un versículo del Corán?, pregunté. Todos los errores pueden ser perdonados, excepto los relacionados con las palabras de Dios, dijo él, porque son más graves que cualquier otro error. Pero ¿qué

error he cometido en el versículo? ¿No sabes las palabras correctas?, preguntó él. Las palabras correctas son: «Os hemos enviado la calamidad del mal, porque el bien puede ser una tentación», y tú dices: «Os hemos enviado la calamidad del bien, porque el mal puede ser una tentación», y has cometido una falta grave contra Dios, porque las calamidades que Él nos envía sólo pueden ser malas, no buenas. Pero yo no sabía qué decía el versículo, dije. ¿De dónde sacaste las palabras equivocadas?, preguntó él. Me las dio el Jefe de la Oposición Oficial, dije. Mientes. El Jefe de la Oposición Oficial nunca podría cometer un error con las palabras de Dios.

El Imán pulsó el timbre con la yema del dedo y el Jefe de la Oposición Oficial apareció inmediatamente con el turbante blanco en la cabeza y la estrella roja en el pecho. Sí, mi señor, dijo. Y el Imán le preguntó por el versículo. Pero el Jefe de la Oposición negó tener algo que ver con aquella mujer. Yo sólo hablo con mujeres virtuosas, dijo. Y todos sin excepción le creyeron, tanto los del Hizb Allah como los del Hizb Al Shaitan, y ninguno quiso creer lo que decía la pecadora. Entonces ella sacó del pecho el papel que él había escrito y se lo enseñó, pero ellos dijeron que no era su letra y que ahora había cometido otro crimen, que era el de falsificar los versículos del Corán y falsificar documentos oficiales. Juro que él escribió este papel delante de mí con su pluma estilográfica que tenía capuchón de oro, dije. ¿Cómo? ¿Qué has dicho?, preguntaron. ¿Una pluma estilográfica con capuchón de oro? La vi con mis propios ojos, dije. ¿Acusas al Jefe de la Oposición Oficial de malversación? No le acuso de nada, pero... ¿No sabes que fue nombrado por decreto del Imán y que si pones en entredicho su reputación es como si pusieras en entredicho la reputación del Imán?, dijeron. De eso no sé nada, pero me gustaría decir... ¿Qué puedes tener que decir, después de lo que ya has dicho con esa lengua que es la causa de todos los rumores y que, según la Shariah, habría que arrancar de cuajo?

Pero sus oídos habían dejado de oír lo que decían los hombres. Se había quedado quieta, con los ojos brillantes como estrellas en un cielo negro y la cabeza levantada hacia Dios. A su lado estaba sentado su perro Marzouk, también con la cabeza en alto, erguidas las orejas para oír sus voces, alerta la mirada para observar sus caras y poder reconocerlos, y después, cuando viera al Imán, ladraría furiosamente, le mordería el

pantalón y no lo soltaría. Tiraban de él con todas sus fuerzas, pero él no cedía. Le dispararon por la espalda varias veces, y cayó al lado de ella. Entre sus dientes encontraron un trozo del caro pantalón del Imán, y por el tacto se notaba que era de la mejor lana.

LAS SUPERPOTENCIAS

Levanté la mirada al cielo y alcé la mano a la multitud que rugía y ahora es cuando oigo disparos de arma de fuego. Veo cómo mi cara cae de mi cabeza desnuda y rueda bajo el trono. La hundo en la tierra, para esconderla a los ojos de los que me rodean y rápidamente la sustituyo por la otra cara que tiene las facciones del Imán. Luego trepo al estrado, de prisa, sin darles tiempo de verme caer y después levantarme. Pero el mundo que ahora me rodea ya no es el mismo de antes. Ya no veo en mi pecho las medallas y condecoraciones, ni la Estrella de la Justicia prendida en mi túnica con un alfiler, ni el sello real en el dedo corazón de mi mano. Ni uno solo de mis partidarios permanece detrás de mí, ni se ve a miembros del Hizb Allah ni del Hizb Al Shaitan. Hasta mi esposa legal ha desaparecido sin dejar rastro.

Estoy solo, no hay nadie, y en todo lo que alcanza la mirada la tierra es un desierto de arena. A lo lejos, cerca del horizonte, veo ahora un río y, detrás del río, una montaña verde. Entonces me digo: Debo de haber pasado a otro mundo y lo que veo a lo lejos es el paraíso. Siempre he tenido la boca seca y desde que era niño he sufrido una gran sed. Estoy seguro al ciento por ciento de que entraré en el paraíso, tan seguro como lo estoy de la existencia de Dios. Llevo en el bolsillo una carta de recomendación del Profeta y varios bonos de penitencia del Banco de la Fe. Todos estos papeles saqué de los bolsillos cuando estuve delante de Radwan, el portero, que la paz de Dios sea con él. Pero, como era analfabeto, no pudo leer lo que estaba escrito en los papeles. Le dije que yo era el Imán y rápidamente le hice uno de mis famosos discursos, pero, como él no sabía árabe, no entendió nada y me tuvo mucho rato en la puerta, con la cabeza expuesta al sol abrasador. Le pregunté cómo era

posible que mis discursos no le impresionaran, cuando en todo el mundo la gente se interesaba mucho por lo que yo decía, y movió la cabeza afirmativamente de un modo que indicaba que no me había comprendido.

En aquel momento, a lo lejos, vi venir una mujer, la miré a la cara y pensé que era mi madre, pero cuando estuvo más cerca descubrí que no era mi madre sino mi primera esposa. Le supliqué que intercediera por mí ante Radwan, pero ella dijo: La única que puede hacer algo por ti es tu nueva esposa. Entonces le dije: Por favor, ayúdame a encontrarla. Entonces vi venir al pregonero de la ciudad que gritaba: Gente del otro mundo, bajad la mirada al suelo, pasa la esposa del Imán. Y vi a una mujer de piel clara con facciones de extranjera que tendría la edad de mi hija. Se parecía a mi esposa legal, de modo que la saludé diciendo: Cuando estaba en el mundo, escribí muchos discursos que empezaban: «En el nombre de Dios», y terminaban: «Alabado sea el Profeta», por lo que merezco entrar en el paraíso. Pero ella, señalando el crucifijo que llevaba sobre el pecho, me preguntó: ¿No había en el Corán ninguna mención de Jesucristo ni de la Virgen María? Y entonces le dije: Te ruego que intercedas por mí ante ellos.

Ella, con una seña, me indicó que la siguiera y yo me así a la cola de su yegua. Observé que la yegua, para evitar las calles abarrotadas y los semáforos de la tierra, se elevaba por los aires y que tenía un ala de acero a cada lado del cuerpo y una cabeza cónica, como la de un cohete. Y dije a mi esposa: ¿Qué es esto?, y ella respondió: Alá te ha regalado un avión para sustituir la vieja yegua. Así que me senté en primera fila, al lado del Jefe de Seguridad. Por una rendija de la puerta, vi la cara del piloto. Era redonda, carnosa, blanca y con puntos negros, como pecas, y hablaba con acento extranjero. Cuando vino a saludarnos, le di una cordial bienvenida, como hago con todos los representantes de las Grandes Potencias. Me ofreció caviar en bandeja de plata y una botella del mejor vino, y cuando fue hora de despegar oí su voz cerca del techo del avión recitar versículos del Corán y rogar a Dios que salvara al avión de caer a tierra. Por la misericordia de Dios, el avión despegó sin novedad y entonces oí música y lo que parecía un chasquear de dedos de mujer que seguía el ritmo. Levanté la mirada e inmediatamente reconocí su cara. ¿Gawaher? En aquel

tiempo yo era todavía joven, inocente y atrevido, y Gawaher vivía en la Casa de la Alegría, donde yo la visitaba a menudo.

Mientras pensaba en estas cosas, el avión se estremeció bruscamente, nos abrochamos los cinturones, y la voz que sonaba cerca del techo se puso a recitar otra vez versículos del Corán y a suplicar a Dios que salvara al avión de estrellarse contra el suelo al aterrizar. Sentí que las ruedas del avión rodaban suavemente por un terreno verde, liso y blando como la más fina hierba y me dije: Hemos llegado al paraíso. Pero mi esposa legal dijo: No; todavía no, porque no puedes entrar en el paraíso, a menos que Cristo interceda por ti y pagues todas las deudas que dejaste en el mundo. El hombre de las pecas negras preguntó: ¿Aún no has pagado tus deudas? Dadme un año más, les dije, pediré a Dios que demore mi muerte otro año, hasta que haya pagado mis deudas. Y le ofrecí una copa de vino, para brindar por nuestra amistad, pero él la rehusó y, con su acento extranjero, dijo que el alcohol está prohibido y que le habían pedido que arrojara todas las botellas por las ventanillas del avión. Y yo le dije: Pero, *khawaga*^[26] ¿por qué prohibir lo que Dios autoriza? Mira al paraíso y verás ríos de vino y hermosas ninfas rubias como la miel. Él miró por encima de la valla, pero no vio nada. ¿Dónde está el paraíso del que me hablas, mi señor Imán?, preguntó. Espera, le dije, la paciencia es buena cosa, y nadie debe apremiar a Dios. Por su voluntad, entraremos los dos en el paraíso. Tú ve delante y yo te esperaré en el avión, dijo. Despegaremos a las seis, hora del meridiano de Greenwich y recuerda que te estaré esperando, por si, no lo permita Dios, te ocurriera algo. Mi esposa legal me tomó del brazo y fuimos a ver a Cristo. Ella le habló al oído en una lengua que no entendí. Él asintió y dijo que intercedería por mí, luego nos exhortó a seguir el camino recto y estrecho de Dios, pero cuando puse el pie en él, no pude avanzar ni un centímetro. Mi esposa legal me miró y dijo: Aquí he de dejarte en las buenas manos de Alá y su Profeta. Y se marchó y me dejó temblando de pies a cabeza, pero entonces vi correr por el camino recto y estrecho a una mujer negra que me tomó de la mano antes de que llegara a caer. Inmediatamente reconocí su cara, porque había sido mi esclava antes de que Dios me abriera las puertas de la buena

fortuna. Huí de su lado una noche, poco antes de que ella trajera al mundo a mi hija.

Tú fuiste el primer y único amor de mi vida, dije. Y eché a andar a su lado, inclinándome hacia la izquierda cuando ella trataba de sostenerme por la derecha y doblando el cuerpo hacia la derecha cuando ella me sujetaba por la izquierda, hasta que los dos estuvimos exhaustos por el esfuerzo. Entonces le dije: Gawaher, si quieres ayudarme, lo mejor será hacer lo que dice el refrán popular: «Mujer, si ya no sabes qué hacer, llévame a *zahafuna*». ¿Qué quiere decir a *zahafuna*?, preguntó ella. Quiere decir que has de pasar las manos por encima de los hombros del otro, asirlo por las dos manos y levantarlo apoyando su espalda en tu vientre. ¿No has oído nunca lo que dicen los *gagluls*^[27] de este mundo?: «Mi situación ha avanzado tanto hacia atrás que ahora ando para atrás a *zahafuna*.» No he oído hablar ni de *gagluls* ni de *zahafuna*, dijo ella, pero sean lo que fueren, te llevaré al profeta Mahoma. Y el profeta Mahoma, que la paz sea con él, nos dijo al vernos llegar: Te doy a esta mujer negra. Llévala contigo para que te sirva en el paraíso. Pero, cuando llegamos a la puerta del paraíso, Radwan me dijo, mirándome con severidad: ¿Tienes pase? Y yo dije: No. Pues sin pase no se puede entrar en el paraíso, dijo él.

Me quedé esperando mucho rato bajo el sol abrasador, hasta que sentí la cabeza como un horno, y ya era casi la hora de que despegara el avión, cuando vi que cerca de la puerta había un sauce. Le pedí que me diera una de sus hojas, que yo llevaría al Profeta para que en ella me extendiera un pase, pero él dijo: No puedo dejar salir nada del paraíso si no es con permiso de Su Altísima Majestad. En cuanto Él me vea, me reconocerá, porque en el mundo siempre estábamos juntos. Yo tenía muchos partidarios en el Hizb Allah e innumerables amigos dentro y fuera del país, y muchos eran reyes y presidentes y grandes jefes, y cuando morí todos vinieron al entierro. Fue realmente impresionante. ¿No viste la fotografía en Newsweek? No sé qué es Newsweek, dijo Radwan. Pues, si no sabes qué es Newsweek, desde luego no conoces ni a los grandes hombres del mundo ni a las Grandes Potencias.

LA VIGILIA DE LA MADRE

Los sonidos reverberaban como un silencio profundo cuando yo estaba con la cabeza desnuda bajo el sol abrasador. Sentía en el pecho un dolor agudo, como una herida o un agujero que se abriera en mi corazón. La puerta del otro mundo aún estaba cerrada, mientras el primer, segundo, tercer y cuarto mundos seguían, sin mí, poco más o menos lo mismo que siempre, y el hombre que recibía las aclamaciones de la multitud en el estrado ya no era yo sino otro. Los cohetes de la Fiesta aún subían al cielo y el portero del Paraíso aún examinaba mi pasaporte mirando mi fotografía a través de los cristales oscuros de sus gafas, mientras me hacía preguntas y más preguntas. Le expliqué que llevaba una recomendación del Profeta y que quería ver a Alá. Me preguntó si estaba citado y le dije que no pero que, si Él me veía, me recibiría de inmediato. Preguntó si el motivo de la visita era oficial o privado. Oficial, respondí. ¿Cuál es el asunto oficial que te trae aquí? Guardé silencio, sin saber qué contestar. Los asuntos oficiales no están considerados secretos, murmuró él al cabo de un rato, mirándome de soslayo a través de sus gafas oscuras, con lo que me recordó al Jefe de Seguridad cuando se metía en asuntos que no eran de su incumbencia.

[1]

Nuevamente, me dejó de pie ante la puerta mucho rato, descolgó el teléfono y se puso a cuchichear largamente con una mujer que estaba al otro extremo del hilo, soltando grandes carcajadas de vez en cuando y procurando utilizar siempre pronombres masculinos al dirigirse a ella. Yo guardaba silencio, ya que no quería ponerlo de mal humor. Cuando hubo terminado, al verme todavía allí, dijo: ¿Aún estás aquí? Te lo suplico,

déjame entrar a hablar con Él, dije. ¿Por qué te empeñas en hablar con Él?, me preguntó. Quiero pedirle que demore mi muerte un año, dije. Nada menos que todo un año, exclamó. Desde luego, exageras; digamos un mes o un par de meses a lo sumo. Maestro Radwan, dije, un mes no basta para rearmar al ejército, pagar nuestras deudas y devolver la moral a nuestro pueblo después de la derrota. No pido un año porque me atraigan todavía los placeres de la vida o las pompas del mundo. Lo necesito para servir a Dios y a la causa de la nación.

En aquel momento sonó el teléfono y él inició una conversación con otra mujer, pero ahora su tono era áspero y perentorio y en seguida colgó, de lo que deduje que debía de ser su esposa legal. Antes de que el teléfono pudiera volver a sonar, dije: Espero tus instrucciones, maestro Radwan. Ahora se había enfrascado en la lectura de los papeles que tenía encima de la mesa. Levantó la mirada, me contempló a través de los cristales oscuros de sus gafas durante un buen rato y dijo: Pásate mañana. Pero mi experiencia con los guardias de seguridad vino en mi ayuda. Saqué algo del bolsillo y se lo di diciendo: Lleva este doble regalo a tu Amo y ruégale que me reciba hoy, porque me espera el avión y no tengo tiempo. Él se guardó el regalo, miró el reloj y dijo: Tienes sólo cinco minutos para tomar el avión, de modo que vale más que te vayas inmediatamente, pero si me dejas tu dirección, te enviaré una notificación por correo. Le lancé una mirada de duda, pero recordé que nuestro maestro Radwan no podía mentir, y me retiré. Si me lo prometía, lo haría. De modo que le dejé mi dirección y me fui al aeropuerto, pero en mi interior tenía la certeza de que nunca me enviaría nada.

Yo estaba al borde de la desesperación, y aflojé el paso, porque ya no me importaba perder el avión. Vencido por el cansancio, me dejé caer y, en cuanto apoyé la cabeza en el suelo, me quedé dormido. Por ello, no oí aterrizar ni despegar el avión. Desperté, convencido de que no podía esperar nada, que Radwan no me enviaría la carta a pesar de sus promesas y, aunque lo viera llegar con una carta en la mano, no debía esperar que fuera para mí. Y, si resultaba que era para mí, debía considerarlo un simple accidente debido a un error de cálculo de Dios, de manera que, si Radwan venía con la carta, en lugar de alargar la mano para tomarla, debía decirle

que siguiera su camino, ya que la carta no estaba destinada a mí sino a otra persona. Ya no podía imaginar a Dios escribiendo una carta para mí, porque sabía que no lo merecía, y este pensamiento me hacía sonreír con serena conformidad, indiferente a todo, incluso a la idea de ver a Dios. Me decía: Dios, lo único que necesito realmente es una justa retribución, ni más ni menos, ya que yo fui el que tuvo el valor de proclamar la firme intención de aplicar las leyes de la Shariah y hacer cuanto estuviera en mi mano para asegurar que tus preceptos se cumplieran íntegramente, incluida la aplicación del máximo castigo por adulterio y robo y el vertido de todas las bebidas alcohólicas a las aguas del río. Ninguno de los que tratan de congraciarse Contigo, que susurran palabras dulces en tu Oído y lanzan miradas significativas en dirección a Ti, ha sido lo bastante audaz para adoptar la posición que yo adopté, ni uno solo te ha defendido como yo te defendí ni ha aplicado tu Shariah como yo la apliqué.

Con estos pensamientos, puse la cara entre las manos y de mis ojos empezaron a brotar lágrimas, por lo que no oí la voz fuerte e imperiosa que decía detrás de mí: Levántate con los brazos por encima de la cabeza. Me abstuve de volverme, porque comprendía que nadie me hablaría en tono tan imperioso si no tuviera un rango superior al mío. Me puse en pie inmediatamente, con las manos en alto, esperando que me llegara el golpe por detrás, pero la voz me ordenó que me volviera. Me era difícil creer que alguien que tuviera a su enemigo de espaldas le diera la ocasión de volverse y hacerle frente, ya que el asesinato es más fácil por la espalda que por delante. Esta orden de volverme sólo podía significar desprecio, y si el desprecio hacia un hombre corriente es el peor de los insultos, ¿cómo afrontarlo cuando el objeto de desprecio es el Imán en persona? Me mantuve firme, rehusando volverme de cara a la voz. Era mejor acabar como un Imán asesinado que convertirse en un Imán disminuido, por lo que mantuve los pies firmemente asentados en el suelo y los brazos en alto, y luego me lancé al suelo de cabeza con una sonrisa de valentía en el rostro, como el guerrero al que poco importa la vida ni sus deseos mundanos y que está preparado para hacer frente a la muerte en todo momento.

El murmullo de hojas de árboles y el croar de ranas fue como música celestial en mis oídos, y la brisa nocturna era refrescante y olía a mar. Yo estaba tendido, firme como una roca, inflexible, negándome a moverme, a correr y a jadear. Tenía mucho tiempo, porque ya no había en mi vida nada que fuera importante ni insignificante, nada que temiera perderme. Ya no sentía dolor ni desesperación, nada me importaba, no pensaba en el Hizb Allah ni en el Hizb Al Shaitan, ya no veía imágenes desfilar por mi cabeza, salvo la de mí mismo de niño, mamando del pecho de mi madre una leche tibia y dulce. Entonces me atraganté, no podía respirar, abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua, agitando las manos y los pies. Mi cara se ponía morada, me asfixiaba, iba a morir de un momento a otro, dejando al mundo sin Imán, sin un representante de Dios en la tierra que cuidara de los asuntos de nuestro mundo. Pero mi madre me dio una fuerte palmada en la espalda, haciéndome expulsar la leche de los conductos del aire o el aire de los conductos de la leche, haciendo que la sangre me volviera a la cara y el conocimiento a la cabeza y al ver su cara ante mí recobro la memoria de repente y recuerdo que no la he visto en veinte años.

Me pongo en pie, cubro con la mano la herida para hacer que deje de sangrar y echo a andar por el viejo camino que conozco bien y nunca confundiré. Llamo a la vieja puerta de madera oscura de su casa, que se abre con chirrido de noria. Oigo la planta de su pie pisar el suelo detrás de la puerta y su voz, que nunca confundiré con otra, llega de lejos a mis oídos. ¿Quién es? Soy yo, digo, y oigo latir su corazón, jadear su aliento y temblar su áspera mano que abre la puerta. Sus lágrimas son una bruma blanca en sus ojos, sus párpados no tienen pestañas y su espalda está vieja y encorvada. Han pasado veinte años. Entonces tenía las pestañas espesas, negras y largas y la espalda derecha como una lanza. Me rodeó con sus brazos, y sus lágrimas mojaron la cara lana de mi traje oficial. Veinte años, hijo, veinte años desde la última vez que te vi, dijo. He tenido mucho que hacer, madre, muchos problemas que resolver, todos tan difíciles que sólo Dios, alabado sea, puede encontrar solución. Estás tan pálido que parece que no has comido una comida decente en veinte años.

Ella fue a la cocina moviéndose con el paso leve y la espalda derecha de antaño. Sus pies corrían sobre el suelo de piedra como si su cuerpo se hubiera hecho ligero. Salió de la cocina con los ojos rebosantes de felicidad, mirándome a través de oscuras pestañas y llevando en la mano una bandeja con bollos, miel y leche fresca de la mañana. Se acercó al viejo diván de la ventana, donde yo me había sentado, lo mismo que cuando era niño y miraba las estrellas, y veía a Dios que me contemplaba desde las nubes con la cara de mi padre. Oía el latir de su corazón, veía el brillo de sus ojos y sentía el temblor de sus manos que hacía tintinear los platos en la bandeja. Sólo tenía que dar tres pasos más, y su corazón palpitaba y palpitaba de felicidad, y el mundo era un carrusel en el que estaba montada, y ya no faltaba más que un paso, y yo la veía tratar de mover la pierna, pero no podía. A un paso de mí la vi caer. Quise alargar la mano para sostenerla, pero no pude moverla. Extendí los brazos tratando de abrazarla, pero la distancia parecía haber aumentado entre nosotros como si hubiéramos estado moviéndonos en sentido contrario.

LA ÚLTIMA ESPOSA CONOCE A LA HIJA ILEGÍTIMA

Yo no tenía prisa por ver cómo se lo llevaban en la caja. Estaba muerto, sí, pero tenerlo allí me daba la posibilidad de mantener un diálogo con él. Cuando vivía nunca hubo diálogo entre nosotros, a pesar de que él escribía artículo tras artículo sobre la comunicación por el diálogo. Él estaba siempre callado o no paraba de hablar, no tenía término medio. Sólo se oía y sólo se veía a sí mismo, y siempre como una foto en el periódico, con recuadro, o en una tumba de mármol. Con la mano derecha sostenía la pluma y, con la izquierda, la cabeza, como si tuviera que proteger el cerebro; pero, a pesar de todo, la escritura no llegaba, ni con dolor ni sin él, como la menstruación que se resiste a fluir. En el verano se sentaba a beber vino y a comer alubias con pimienta, y en el invierno se tumbaba al sol a bostezar hasta que se libraba de los vapores que lo embargaban y recuperaba el conocimiento. Se sentaba a su escritorio, en el último piso del edificio más alto de la ciudad, y revolvía papeles y miraba fotografías en las que aparecía él cerca del Imán, en las reuniones al más alto nivel, en las sesiones especiales del Consejo Asesor y el Parlamento, en las fiestas y conmemoraciones, en los concursos de las reinas de belleza o de las mujeres mártires modelo, en los desfiles de modas, o en la entrega de premios a los miembros del Hizb Allah o el Hizb Al Shaitan el Día de las Letras y las Artes. O aparecía en primera fila en los actos públicos, bajo las miradas de admiración que le lanzaban desde la tribuna del harén las respetadas esposas de las personalidades de Estado, viudas de mártires, madres modelo y presidentas de sociedades benéficas, reunidas para la ocasión en torno a la esposa del Imán. Los brillantes que cubren su blanca

mano refulgen al sol cuando le hace entrega del Premio de Literatura y Certificado de Moral y Buenas Maneras, mientras multitud de manos pequeñas y carnosas baten palmas agitándose alrededor como una bandada de palomas, y los cuerpos rechonchos, vestidos de fúnebre negro, oscilan sobre altos tacones, y los corazones que laten bajo las costillas parecen repetir: Dios, la nación, el Imán.

El teléfono de su mesa nunca dejaba de sonar. Cuando suena el teléfono, él se vuelve de espaldas a mí, descuelga y se pone a cuchichear al hilo durante horas y horas. Cuando cuelga, dice: No es lícito que una esposa legal visite por sorpresa a su marido en su despacho, como hace el Jefe de Seguridad. Yo me río de buena gana y le digo: No era mi intención sorprenderte, pero no es lícito que una esposa legal se abstenga de visitar a su marido legal cuando va a ver a su amante. Él se da la vuelta en su sillón giratorio para encararse conmigo con todo su cuerpo y, cuando levanta los ojos para mirarme, veo brillar en ellos la lascivia. Cuanto más deseo a otro, más me desea él. Siento sus ojos fijos en mí, pero miro hacia otro lado. Por la noche, trata en vano de poseerme, y entonces toma la pluma para escribir, pero no puede, y cuando abre el periódico por la mañana, encuentra el mismo artículo, publicado por centésima o milésima vez. Su cara enmarcada en el recuadro es su vieja cara, tan vieja como Adán, que en paz descansa. El fracaso lo invade por todos los poros como un sudor que fuera en dirección contraria, y veo cómo se debate contra él como una mosca en una fuente de miel. Se seca la cara con un pañuelo y me sonrío como si lo abrumara la tristeza. Entonces dice: Sufro de escritura como el que sufre de una enfermedad, y la escritura mata lo mismo que el amor. Pero yo respondo: No mata escribir. Nada mata sino la falta de verdadero conocimiento, ni mata el amor sino la falta de amor.

Lo veo mirarme con ojos de envidia. En el fondo de su ser, confía en que le vuelva el conocimiento para poder escribir, y desea amar como amo yo, para que retorne a él la vida que lo ha abandonado. Su sonrisa se fija, y advierto que ha escondido la tristeza en el corazón hasta la muerte. Antes siempre le oía reír a carcajadas y lo creía invulnerable a la tristeza. Lo dejo solo en su despacho para que escriba, pero no escribe, y por la mañana veo que su artículo llena una página del periódico con su foto en

la cabecera dentro de un recuadro, y la miro, pensando que es su cara nueva, pero veo que es la vieja y que nada ha cambiado.

Levanté la cabeza y vi su cara pálida y delgada, con unos ojos negros que brillaban como estrellas. ¿Quién eres?, le pregunté. Soy su hija, dijo ella. Yo soy su esposa legal, y él no tenía hijas, dije. Abandonó a mi madre y se negó a reconocerme como hija suya. Entonces eres su hija ilegítima, dije. Sí, dijo ella, y cuando lo hubo dicho mis ojos retrocedieron ante sus ojos hasta chocar con mi cuerpo, sacudiéndolo violentamente, de modo que mi cerebro se estremeció y entonces recobré el conocimiento y el sentimiento, y comprendí que él era un cuerpo en una caja y que ella era una joven virgen, y que ella y yo éramos iguales en muchos aspectos, porque ella se apoyaba en dos pies y no en cuatro, lo mismo que yo, y tenía dos brazos y dos manos y cinco dedos en cada mano, y me tendía la mano y descubría el pecho ante mí sin temor. De modo que le tendí la mano a mi vez y nuestras manos se encontraron sobre el cuerpo de él tendido en la caja y cuando nuestras manos se encontraron mi corazón tembló y ella oprimió mi mano con firmeza, y yo sostuve la suya, que era pequeña como la de una niña, del tamaño de mi palma, y cálida, tan cálida como mi cuerpo y como mi corazón. Entonces nuestros brazos siguieron a nuestras manos, y el abrazo fue tan estrecho que no había espacio entre nuestros cuerpos. Y yo dije: ¿Dónde estabas y cuándo naciste, y vives todavía? Ella guardaba silencio y me miraba con unos ojos tan grandes que en ellos cabía toda la tristeza del mundo. Luego, lentamente, se acercó a la ventana y miró al universo con los brazos abiertos, como si llamara a Dios, o a una madre, o a un padre. Su mirada se posó en el retrato que estaba puesto en el marco tallado en la caja, luego se alzó al cielo, por encima de los arcos de triunfo, las cúpulas de las iglesias y los minaretes de las mezquitas y bajó a la tierra, a las calles, las casas, las tiendas en las que la gente bebía vasos de zumo de caña y los niños vestidos de fiesta que soltaban globos de colores que subían al cielo, flotando al sol acompañados por los gritos infantiles y arrastrados por la brisa fresca del río hasta encontrar la brisa fresca del mar. Las voces de los niños recorrían

el cuerpo de la muchacha como carcajadas, y abrió los brazos para abrazar sus voces y abrazar al sol, como si fuera su madre.

Yo la observaba mirar por la ventana. La oía jadear como el que ahoga los sollozos o contiene la risa, y su jadeo persistía, como si hubiera estado corriendo durante mucho tiempo y no pudiera parar. Oía latir su corazón mientras ella mantenía la mano sobre la herida abierta en su carne, debajo del pecho izquierdo. Su cara estaba blanca, casi exangüe, sus ojos, secos, sin una lágrima, sus pupilas, negras, brillaban como agujeros que miraran desde el cielo nocturno. En un susurro de hojas movidas por el viento, le oí decir: Cuando sentí el cuchillo en la espalda no grité. Me vuelvo, tratando de ver de dónde ha venido. Al cabo de un rato, me levanto, oprimiendo la herida con la mano para contener la sangre y camino con la espalda erguida, alzando la mirada al sol. Recorro las calles, entre hileras de ventanas cerradas y puertas cerradas, y me paro ante la única puerta que está abierta. En un letrero se lee: Casa de la Alegría. Entonces me dije: Es la puerta que conduce a Dios. Pregunté por mi madre, porque no la había visto desde el día en que nací, y me dijeron que Dios se la había llevado. Pensé: Si encuentro a Dios, encontraré a mi madre, y eché a andar en sueños con los brazos extendidos delante de mí, buscándola en la oscuridad de la noche. Yo nunca había visto a Dios cara a cara, salvo en sueños, pero en el hospicio me llamaban Bint Allah, y cuando miraba por encima del alto muro veía la cúpula de la iglesia y la luz del minarete de la mezquita. El guardián de la mezquita me dijo que Dios no tenía ni hijos ni hijas, y el guardián de la iglesia me dijo que Dios era Padre, Hijo y Espíritu Santo y que nadie había oído hablar nunca de Bint Allah.

Nunca había visto a mi padre, y pensaba que era Dios, pero después me enteré de que era un Gran Escritor en la corte del Imán, que tenía hijos, dinero y buena reputación, y que no tenía enemigos, ni en el Hizb Allah ni en el Hizb Al Shaitan, y que todos lo querían, tanto amigos como adversarios, porque hacía una vida sencilla y ascética, muy parecida a la de Cristo, salvo que la compartía con su última esposa, a la que sólo tocaba el jueves por la noche, y el viernes por la mañana iba a rezar sin hacer sus abluciones, arrodillándose detrás del Imán con gran piedad y devoción. Después de la oración, todavía arrodillado, inclinaba la cabeza

primero hacia la derecha, para expresar su lealtad y obediencia al Hizb Allah y después hacia la izquierda, para saludar al Hizb Al Shaitan, y pedía la misericordia de Dios tres veces antes de postrarse, y después de repetir la misma oración otras tres veces se levantaba ligero como un recién nacido, limpio de todo pecado. Dejaba la casa de oración andando detrás del Imán con paso lento y con la cabeza inclinada, murmurando continuamente versos del Corán y repitiendo los noventa y nueve santos nombres de Dios mientras pasaba las cuentas de su rosario y, precedido por el Imán, recorría el estrecho pasillo que, al igual que la senda estrecha y recta de Dios, conducía al cuarto del vino de palacio. Allí bebían copa tras copa, brindando por su vieja amistad y evocando recuerdos de su juventud, de cuando solían visitar juntos la Casa de la Alegría.

AMOR ILÍCITO

Un jardín frondoso rodeaba el cuarto del vino de palacio y alrededor del jardín había una alta pared de barrotes de hierro. Había en el jardín un perro lobo de la mejor casta, importado del extranjero, que por la noche tenía un ladrido tan amenazador que a palacio no se acercaba nadie más que bandidos, demonios y malos espíritus. Durante el día, desaparecían en tumbas o en casas que eran como tumbas y sólo salían por la noche, y el Imán se sentaba bajo las suaves luces rojas con una copa de vino en la mano. En el mismo sofá, al alcance de su mano, estaba su amigo de toda la vida y, entre los dos, un almohadón de plumas de avestruz que ocultaba el Libro Santo de Dios escrito en letras de oro y un revólver de la mejor calidad, con silenciador. Cada vez que el perro ladraba, la mano del Imán, como si se moviera sola, iba a la culata del revólver, y el corazón del Gran Escritor latía violentamente bajo sus costillas, porque sus suaves dedos nunca habían sentido el contacto de algo que no fuera la pluma. Desde niño tenía miedo a la oscuridad y no sabía lo que era tener enemigos. Sus amigos del Hizb Allah y del Hizb Al Shaitan eran numerosos, y él daba generosamente de lo que Dios le había dado. Alimentaba la amistad con dinero, y la gente le llamaba el Escritor Generoso, pero su esposa decía que era avaro en casa.

La noche de la Fiesta llegaba con las manos vacías, en lugar de llevarle un regalo, y al marcharse por la mañana olvidaba dejarle dinero para la casa. Volvía de noche, muy tarde, con los bolsillos vacíos, sin conocimiento y con olor a vino y a sudor de mujer en el aliento. Las esposas legales mantenían los labios apretados y ni una se atrevía a abrir la boca, porque se exponía a oírle pronunciar el triple juramento de divorcio, tumbado de espaldas, con la boca entreabierta y los ojos

entrecerrados, y después la verían salir de la casa con su hatillo, y llegaría la esposa siguiente, con el miedo al divorcio en el corazón, como un miedo a la muerte. La gente lo sabía todo de su marido, pero ella siempre era la última en enterarse. Oía rumores y se negaba a creerlos, expulsaba de su vida todas las ilusiones o las ahogaba, temiendo revelárselas a sí misma y convertirlas en verdades que no pudiera negar. Sus labios estaban siempre cerrados, nunca abría la boca, y, a pesar de todo, el juramento cayó sobre ella como el destino, y llegó la siguiente esposa con un temor en el corazón tan profundo como el temor de Dios. Nunca decía una palabra, nunca se permitía ni la más pequeña ilusión, pero el divorcio llegaría sin razón y entonces le tocaría el turno a la cuarta esposa, tal como autoriza la Shariah. Es joven, lleva la cabeza erguida. Su cuerpo es esbelto y ligero, y ella yace esperando su destino como una leona, con los ojos abiertos y negros como un demonio. Ha leído libros, conoce la historia de los reyes y la herencia cultural, incluida Las mil y una noches y los escritos sagrados. Conoce a Dios y al diablo, el paraíso y el infierno, no teme a la muerte ni tiene prisa por ver el paraíso, porque en el paraíso no hay lugar para las que no son vírgenes.

Él fue a pedir su mano con el contrato de matrimonio en la mano y con su cara de virgen. Le enseñó su retrato, una ampliación en un marco, escondió su avaricia detrás de generosidad y su temor, detrás del amor, pero, lo mismo que su padre, se acostaba con otra mujer y se olvidó de su madre hasta la hora de su muerte. Su madre alimentaba otro amor, aparte el de guisar y tener esposo. Escondía hojas de papel debajo de la cama, escribía cuentos y los reunía uno a uno en un libro. Fue su primer y último libro, porque después de casarse sus dedos no volvieron a tocar la pluma. Por la noche, cuando su padre se iba a dormir, ella abría el cajón de abajo del escritorio, palpaba con las yemas de los dedos las tapas del libro y las letras de su nombre grabadas, como si escondiera una joya preciosa. Miraba en derredor, temerosa de que alguien la viera, y sus ojos tropezaban con los de su hijo de pocos meses que, muy abiertos en la noche, como el ojo de Dios, observaban lo que hacía. Y entonces ella volvía a dejar el libro en el cajón, lo cerraba con llave y se echaba en un extremo de la cama, cerca de la pared, con su marido en el otro extremo y

el niño entre los dos, boca arriba, con los ojos cerrados, fingiendo dormir. Por la mañana el padre le pegaría porque la víspera no había estudiado las lecciones. Al igual que su madre, ocultaba su amor a escribir sobre las cosas que sentía, y seguía estudiando ciencia, como si la ciencia y el arte estuvieran reñidos, y aprendía las palabras de Dios grabándolas en su memoria, ganándose el amor de su padre y perdiendo su arte. En la oscuridad de la noche, sentía cómo el oído de su padre escuchaba atentamente los latidos de su corazón, tratando de detectar la palpitación, la gota de arte que hubiera podido penetrar en él con la leche de su madre.

LA AMANTE

Cuando él estaba en la caja, sonriendo de oreja a oreja, ella vino de la Casa de la Alegría, a verlo por última vez. Cuando la vio inclinarse sobre él, la miró y ella descubrió en sus ojos un tenue fulgor de amor. Una última fantasía desesperada que no conducirá a ninguna parte, se dijo ella. Su amor por las mujeres fue siempre como las luchas que sostuvo en vano contra la derrota. Sus esposas legales estaban allí cuando entró ella, andando erguida, con su abundante cabellera recogida en un pañuelo blanco con lentejuelas negras en el borde. Desvió de él la mirada y se volvió hacia las esposas legales, que estaban puestas en fila, con sus rechonchos cuerpos enlutados, las manos carnosas sobre el corazón, los pies calzados con zapatos de tacón alto, las piernas juntas y los ojos saltones como los de las ranas en el río o los peces en el mar. Sus labios se abrieron de pronto para preguntar: ¿Quién eres? Ella alzó la cabeza con un orgullo desconocido para una esposa legal y dijo: Soy Gawaher, su amante. Sus cuerpos se balancearon sobre sus altos tacones, y el conocimiento que estaba dormido despertó, porque vieron en sus ojos negros el brillo acerado que pregona la verdad y que les hirió en el corazón. Y preguntaron con un solo susurro: ¿La amante de quién? De todos ellos, dijo ella, desde el Imán hasta el guardián del minarete de la mezquita.

Sus ojos se abrieron de miedo, y escondieron el miedo detrás de las manos, cruzando los brazos sobre el pecho, cerrándose como un molusco en su concha, y dijeron, con un solo jadeo: Eres el diablo y tu castigo es la muerte. Después huyeron y sus tacones golpeaban el suelo con un ruido seco, como el de los cohetes que estallaban en el aire. Sólo quedaron con ella dos mujeres: la hija ilegítima y la esposa legal, que estaban cogidas de

la mano y, al cabo de un momento, la amante extendió las manos hacia ellas y las tres se abrazaron, y sus seis brazos se estrecharon con fuerza sobre el cuerpo que yacía en la caja. Del rostro de él se borró la sonrisa, y sus facciones parecieron evaporarse, dejando una cara que no se parecía a la del Imán, ni a la del Gran Escritor, ni a la del Jefe de Seguridad, ni a la del Jefe de la Oposición Oficial, ni a ningún miembro del Hizb Allah ni del Hizb Al Shaitan. No era la cara de nadie, o era la cara de todos ellos, fundida en una sola cara sin facciones, de manera que ya no era posible distinguir entre uno y otro, salvo por la insignia del pecho, la estrella del hombro o la gorra o el turbante de la cabeza.

En los espejos del universo se reflejaba la imagen de tres mujeres con la cabeza erguida y los ojos grandes y negros como agujeros en la noche, y el mundo las contemplaba en silencio.

GAWAHER

Desde la caja en la que yacía, sus ojos la miraban con amor. Ella le acarició la cabeza desde la frente hasta la nuca, y su mano se tensó en su cuello como un hilo de seda hasta que él empezó a jadear. Cuanto más se tensaba el hilo, más se reía él, y ella siguió apretando hasta que se puso lívido. Entonces aflojó los dedos y, lentamente, su mano bajó al pecho, donde empezó a jugar con la cuenta azul que él había llevado desde que su madre se la colgó al cuello y que nunca se acordó de quitarse. Jugeteaba con ella, apretándola con dedos que eran como las finas mandíbulas de un fórceps. Tu madre quería preservarte del mal de ojo y yo quiero preservarte del mal de oído, dijo, y le tiró de la oreja riendo de corazón, y echó hacia atrás su cabellera negra y espesa con un airoso movimiento de la cabeza.

Él aguzó el oído, tratando de captar palabras de amor, y ella le miró fijamente a los ojos, hasta que a él se le erizó la raíz del pelo, que tenía blanco y se teñía con alheña negra que le enviaba su madre en una bolsita de percal. Disolvía el polvo en agua y se pintaba el pelo una vez, dos, tres, hasta que quedaba negro como una noche sin luna, pero el pelo gris de su vientre y de su pecho revelaba su edad, y él se tocaba continuamente las arrugas de la cara con grandes ojos de asombro, porque le parecía que la vejez había saltado sobre él mientras dormía. Los ojos de ella se encontraron con los de él en el espejo y en seguida se apartaron, asustados, como si él tuviera una enfermedad que pudiera contagiarle con la mirada. En los ojos de ella, él veía tristeza por sí misma, porque ella era joven y estaba llena de vida y él era viejo y se moría. Él la rodeó con los brazos y lloró entre sus pechos diciendo: Estoy vencido, Gawaher, y ella lo rechazó con un movimiento brusco de la mano, porque en el fondo de su ser sabe

que él quiere infectarla de su impotencia. A cada encuentro se hace más evidente su fracaso y, no obstante, él no cesa de volver a ella, como el que sufre una adicción irresistible, como el alcohólico busca el vino, con una sed que no le deja ni vivir ni morir sin él.

Él nunca admitiría su derrota ante ella; porque, lo mismo que un adicto, sentía que a cada movimiento aumentaba su euforia, dándole una falsa sensación de victoria. Siempre que estaba con ella, observaba cómo se movía su cuerpo debajo de la ropa. Ella tenía en los ojos un brillo que era como el filo de una espada y que le inyectaba nueva vida como una aguja de acero. Él temblaba entre sus brazos como un pollo degollado, pero el cuerpo de ella estaba siempre quieto. Eres distinta de todas las mujeres, le decía. Eres una mujer que siempre está inconsciente de su cuerpo y consciente de su mente. Después, bostezaba, como si el sueño se hubiera abalanzado sobre él súbitamente y la miraba con ojos llenos de celos, porque estaba más celoso de su mente que de cualquier otra cosa y a veces hasta trataba de tomarla por la fuerza, de violarla, como si con la violación pudiera restablecer el equilibrio que se había perdido entre ellos, pero lo único que conseguía era hacer más patente su impotencia. Cuando la dejaba corría hacia una de sus esposas legales, escondía la cara entre sus pechos y lloraba como un niño. Su esposa, dormida todavía, lo tomaba entre sus brazos y al sentir su ardiente aliento en la nuca tenía la vaga sensación de que estaba perdidamente enamorado de otra mujer a la que no sabía cómo poseer. Así, en sueños, ella descubría que una mujer que no pertenece a nadie es adorada por todos los hombres sin excepción, ya que es la única que puede infligirles dolor, y, dormida, se decía: Los hombres sólo aman a las que les hacen sufrir.

LA MADRE Y LA HIJA

Se veía en el espejo, de pie, alta y esbelta. Tenía en la cabeza una aureola del color de la noche y sus ojos eran grandes y redondos como el disco del sol. Las curvas de su cuerpo estaban encendidas con los colores del arco iris que se tiende sobre la montaña verde que está entre el río y el mar. Abre los brazos para abarcar el mundo y mueve las piernas sobre la tierra que sus pies pisan al ritmo de una música. Las melodías de la mañana, al igual que la armonía de la noche, animan su cuerpo, tiene una mente que no conoce el reposo y un cuerpo que no para de bailar, y el aire que lo envuelve es la música que ama, y la música de su pecho es el aire que le llena los pulmones. Vuela por el espacio como un espíritu sin cuerpo, girando y girando en una danza exenta de muslos redondos y vientres arqueados, y cuando alza la cabeza al cielo lo captura, sin ser cautiva de nadie.

En su oído suena un golpe, seguido de un golpe, seguido de un golpe, tres golpes que ella conoce muy bien para olvidarlos o confundirlos. Entre las nubes asoma la cara pequeña, que ella conoce muy bien para confundirla con otra, que reconocería entre un millón. De la manga asoma una mano pequeña, muy blanca, sin una gota de sangre bajo la piel. El ojo es grande y negro como un agujero abierto en la noche. Esconde el pequeño cuerpo cerca de su pecho, y corre y corre sin parar, y a su espalda oye sonar tacones de hierro en el suelo, porque en la suela de cada zapato hay un casco de hierro y, en cada puño, una piedra o un instrumento de muerte.

Ella se esconde en el pecho de su madre, cerca del corazón, y su corazón palpita con cada latido del pulso de su madre, y aprieta con los cinco dedos el pulgar de su madre, y su madre corre y corre al amparo de

la noche antes de que llegue la luz del sol, y el sol remolonea, para dar una oportunidad a la madre, y también la luna se ha escondido y las estrellas se han ido a dormir y, por más que busques, no puedes encontrar en todo el mundo ni el más pequeño resplandor. El guardián ha cerrado la última puerta de palacio, recitando el verso del Trono al pasar el cerrojo, y el Imán duerme profundamente, lo mismo que todos los miembros del Hizb Allah y del Hizb Al Shaitan, y hasta el viento y los árboles se han dormido.

Ella mira en derredor, temiendo ser vista. Después de asegurarse de que todo está despejado, se la arranca del pecho y empieza a prepararle un suave lecho con la palma de la mano, apartando las piedras y los guijarros y esparciendo tierra blanda en el suelo, para dejarlo como el pecho de una madre y, cuando todo está preparado, la deposita con suavidad. La carita es una mancha blanca que asoma entre las mantillas y sus dientes crujen de frío, y la madre se quita el mantón de lana negra y envuelve el pequeño cuerpo. La manita toca el dedo de la madre y los cinco dedos se cierran con fuerza en torno a él. La madre le entrega el dedo un largo momento, mientras dura el suspiro que le recorre el cuerpo, porque había olvidado que venían tras ella y que se había acortado la distancia. Abandonó el dedo en la mano pequeña hasta el último suspiro, se quedó en pie, mirándola, hasta que la apuñalaron por la espalda, una cuchillada y otra, y entonces desvió la mirada de la niña, negándose a mirarlos, y ellos siguieron apuñalándola por detrás y traspasando su cuerpo. Pero su cuerpo seguía en pie, se negaba a doblarse y a caer, porque ya había caído antes, y cuando cae algo que ya ha caído sólo puede levantarse una vez.

Ellos le gritaban con todas sus fuerzas, pero ella seguía dándoles la espalda, porque sabía que, tan pronto como se volviera para encararse con ellos, huirían. No resistían mirarle a la cara, porque sabían que los conocía a todos y cada uno. Porque, desde el Imán, hasta los guardias y centinelas y los últimos esbirros, en uno u otro momento, todos habían acudido a ella en la oscuridad con una cara falsa. Pero, una vez en la Casa de la Alegría y en su cama, se quitaban las caras de goma, los bigotes y las barbas, los turbantes y los pantalones. Y ella era la única que los había visto sin la ropa, sin las insignias de los hombros, sin las estrellas del pecho y sin las

medallas prendidas del uniforme, y todos se parecían, y olían lo mismo, y hacían los mismos movimientos, porque siempre eran ellos los que hacían los movimientos, atacando o retirándose bruscamente, o levantando la bandera de la derrota y haciéndola ondear como una cresta de gallo, mientras los cohetes estallaban en el cielo y las aclamaciones de la multitud resonaban en todas partes. Y ella estaba de pie, medio desnuda bajo las luces, con su vestido de bailarina tañendo los discos de cobre con los dedos, y su cuerpo, caliente bajo el sol, envolvía su mente, fría como el filo de una espada, y sus ojos, abiertos, ardientes y rojos como el disco del sol en un día caluroso de verano, los miraban a la cara uno a uno, y ellos miraban al suelo, porque sabían que todos y cada uno tenía dos caras, una dulce y amable con lágrimas en los ojos y otra oscura como el demonio, con ojos redondos y saltones y la nariz afilada como una espada.

Ella cantaba con una voz que era pura música y su cuerpo, esbelto como el de una gacela, era puro amor. No le importaba si la cuchillada llegaba por detrás o por delante, y seguía danzando. No la preocupaba la idea de la muerte, y no era miembro del Hizb Allah ni del Hizb Al Shaitan, y no era hombre ni mujer, ni ser humano ni demonio, sino todo a la vez y aunque una parte de ella cayera, el todo seguía siempre allí para continuar la danza.

EL JUICIO

Mientras trataban de arrancarle la cabeza del cuerpo, descubrieron que sus raíces se hundían en el suelo a gran profundidad, y se sintieron tan asustados como cansados, escondieron el miedo detrás del cansancio y se sentaron a la sombra para proteger la cabeza del sol. Se enjugaron el sudor de la cara con el pañuelo y, debajo de la tela, sus rostros no tenían facciones, como si las hubieran borrado y nada podía distinguir una cara de otra, ni a una persona de otra, salvo la insignia de la gorra o del hombro.

Ella reconoció el hombro del Jefe de Seguridad que estaba frente a ella, secándose la cara con el pañuelo. Él le preguntó: ¿Tienes algo que decir antes de que ejecutemos la orden? ¿Qué orden?, preguntó ella. La orden dictada por el Imán, por la nación y por Dios, dijo él. Ella guardó silencio, sin molestarse en contestar a su pregunta. ¿No crees en el Imán, en la nación ni en Dios?, preguntó él. ¿En los tres a la vez?, preguntó ella. Sí, dijo él, o crees en todo o en nada. Y de nuevo ella guardó silencio, sin dignarse contestar su pregunta. Él escribió algo en el cuaderno con una pluma. El silencio indica que piensa, y pensar indica falta de fe. Volvió a secarse la cara con el pañuelo y preguntó: ¿Tienes algo más que decir?

Quiero decir que soy inocente y que no he cometido ningún pecado y que tengo una madre que es el sol e innumerables padres cuyas caras y nombres desconozco. No leo las letras de las palabras escritas en el papel y vivo en la Casa de la Alegría, pero en mi corazón hay tristeza. Lo que para vosotros es día para mí es noche y lo que para vosotros es felicidad para mí es tristeza. Vuestro placer es mi dolor y vuestra victoria es mi derrota. Vuestro paraíso es mi infierno y vuestro honor, mi vergüenza, mientras que mi vergüenza es honor para vosotros. Mi razón es locura a

vuestros ojos y mi locura es vuestra razón. Si mi cuerpo muere mi corazón vivirá, pero lo último que morirá en mí es mi mente, porque puede vivir con muy poco, y en mí muere todo antes que mi mente. Ninguno de vosotros ha poseído mi mente. Ninguno. Y cuantas veces habéis tomado mi cuerpo, mi mente estaba siempre muy lejos, fuera de vuestro alcance, como el ojo del sol durante el día, como el ojo del cielo por la noche.

Los vio, de pie, ante ella, formando una larga fila, dando palmadas de asombro. Y decían: No es bruja ni está loca. Y decían: Controla por completo su mente y lo que dice es la pura razón. Y su razón se les antojó más peligrosa que su locura, y decidieron condenarla a una muerte más rápida que la lapidación, para que no tuviera ocasión de decir más. También dispusieron que el juicio no se publicara en los periódicos y que su expediente fuera cerrado y sepultado por siempre en la tierra.

Notas

[1] Ley musulmana que permite la amputación de manos y piernas por robo. <<

[2] Jefe religioso, entre los musulmanes. <<

[3] Hija de Dios. <<

[4] Jefe religioso, representante de Dios en la tierra. <<

[5] Jurisprudencia religiosa musulmana. <<

[6] Criatura de Dios afortunada. <<

[7] Bendición o don de Dios. <<

[8] Bondad de Dios. <<

[9] Partido de Dios. <<

[10] Partido de Satán. <<

[¹¹] Refrán popular cuya primera parte significa que el tiempo (los días) vuelan incluso antes de que puedas sentirlos, es decir, que el tiempo es una ilusión. <<

[12] Según la tradición, cruzar las piernas delante de otra persona es señal de que uno se considera igual a ella y los mayores ven en ello una falta de respeto. <<

[13] Literalmente, «Mi señora que ha peregrinado a La Meca». Término respetuoso que se utiliza al hablar con la abuela o con una anciana con la que existe cierta confianza. <<

[14] La piedra negra de La Meca, alrededor de la cual los peregrinos tienen que dar siete vueltas. <<

[15] El responsable del pueblo. El jefe religioso. <<

[16] Ministro. <<

[17] La costumbre musulmana exige que cuando una mujer viaja vaya acompañada del padre, el hermano, el marido o un pariente próximo masculino. <<

[18] Regla que obliga a la esposa a volver junto a su marido si lo ha dejado sin obtener el divorcio. <<

[19] En alusión al búfalo. <<

[20] Demonios o malos espíritus imaginarios que se mencionan en sortilegios. <<

[21] La noche en que la luna llena aparece al final del mes de Thoul Higa indicando el primer día de la Gran Fiesta. <<

[22] El árbol con cuyas ramas se hizo la corona que pusieron a Jesucristo antes de que fuera crucificado. <<

[23] Referencia a los llamados bancos islámicos que hacen toda clase de especulaciones, manteniendo que no pagan interés sino beneficios, ya que, generalmente, el Islam prohíbe pagar intereses. <<

[24] Dicho popular. <<

[25] Literalmente, grabado, pero significa capítulo. <<

[26] Extranjero, término ligeramente despectivo. <<

[27] Nombre que se da en los cuentos populares a los fracasados o vagos.

<<